UNESCO

Una ventana abierta sobre el mundo

El Correo

Setiembre-Octubre 1968 (año XXI) - España : 36 pesetas - México : 6,00 pesos

JAPON

la evolución de un siglo

UNESCO ARCHIVES

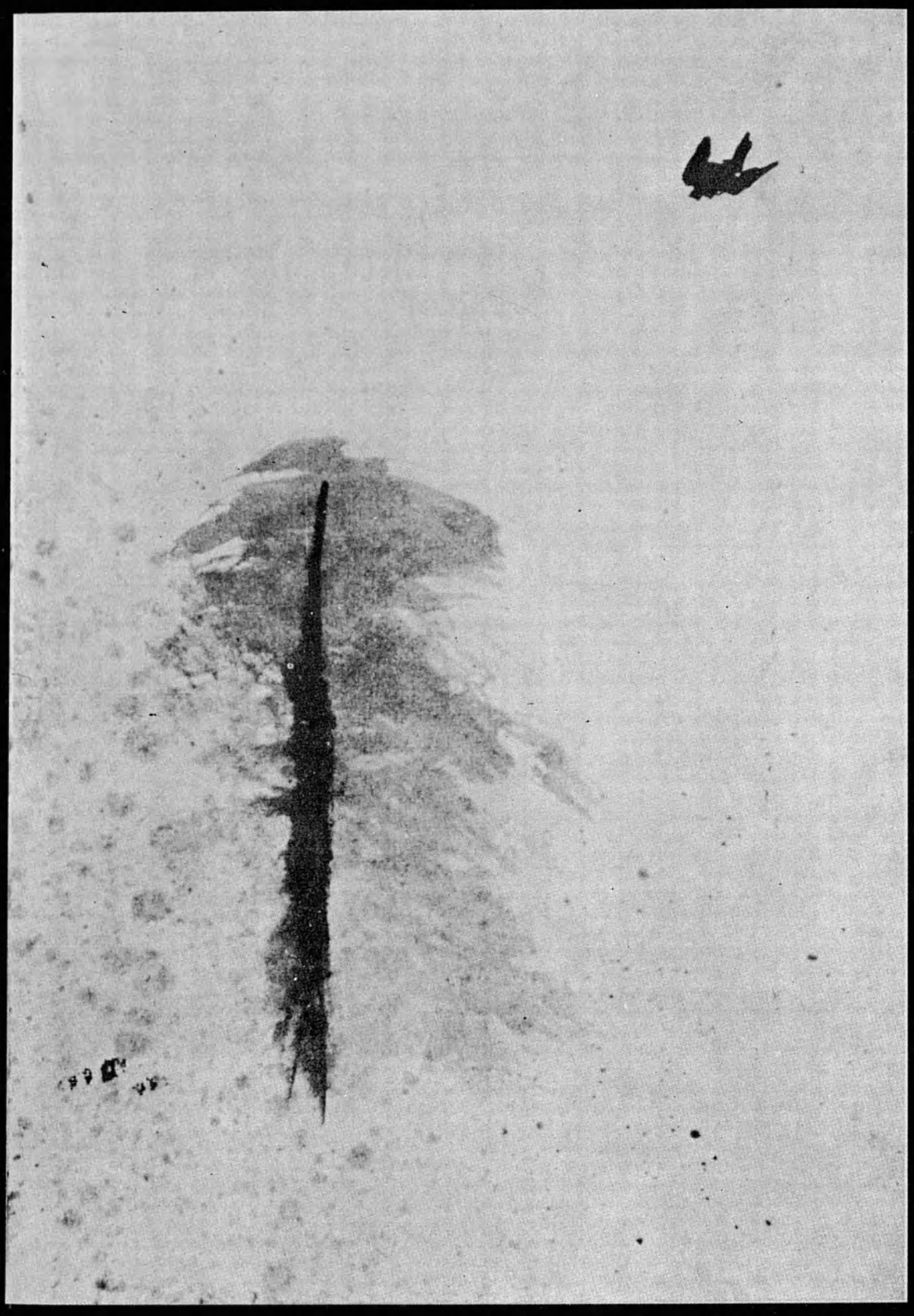


Foto © tomada de «Japanese Painting», por Kenji Toda
Charles E. Tuttle, Tokio

La lluvia

Ejecutado según la técnica de la mancha de tinta —a partir de una materia fortuita, el artista crea composiciones sutiles, dibujando formas y distribuyendo valores— este dibujo japonés del siglo XVI se llama "Lluvia". La obra se debe a un monje budista, Shugetsu, que fue primero samurai, viajó luego con su maestro espiritual por la China y murió a una edad avanzada en 1520. La economía de las formas, la poesía alusiva, la aireada organización del espacio son varias de las características de la pintura japonesa, que debía constituir toda una revelación para los artistas occidentales del siglo XIX y ejercer una influencia durable sobre el arte moderno (ver pág. 28).

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

28

El Correo

SETIEMBRE-OCTUBRE 1968
AÑO XXI

PUBLICADO AHORA EN 12 EDICIONES

Española	**Norteamericana**
Inglesa	**Japonesa**
Francesa	**Italiana**
Rusa	**Hindi**
Alemana	**Tamul**
Arabe	**Hebrea**

Publicación mensual de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7e

Tarifa de suscripción anual : 12 francos. Bianual : 22 francos.
Número suelto : 1,20 francos; España : 18 pesetas; México: 3 pesos.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De **EL CORREO DE LA UNESCO**", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, estas serán facilitadas por la Redacción toda vez que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

★

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7e

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Lucio Attinelli

Redactores Principales
Español: Arturo Despouey
Francés: Jane Albert Hesse
Inglés: Ronald Fenton
Ruso: Georgi Stetsenko
Alemán: Hans Rieben (Berna)
Arabe: Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés: Shin-Ichi Hasegawa (Tokío)
Italiano: Maria Remiddi (Roma)
Hindi: Annapuzha Chandrahasan (Delhi)
Tamul: Sri S. Govindarajulu (Madrás)
Hebreo: Alexander Peli (Jerusalén)

Documentación e ilustración: Olga Rödel

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.

1968
AÑO INTERNACIONAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

Páginas

4 **EL EMPERADOR MEIJI**
padre del Japón moderno
por Ki Kimura

12 **FUKUZAWA, ADELANTADO DEL SABER EN LA ERA MEIJI**
Copiando a escondidas un libro de física
por Yukichi Fukuzawa

15 **FOMENTO DEL SABER**
El gran manifiesto de Fukuzawa

19 **EL SECRETO DE UN TRIUNFO**
La enseñanza en el Japón
por Masunori Hiratsuka

24 **DEL CRISANTEMO A LA CALCULADORA ELECTRONICA**

28 **APORTE DEL JAPON A LAS LITERATURAS Y ARTES OCCIDENTALES**
por Earl Miner

31 **NUEVE GRANDES ESCRITORES**

32 **ROSTROS DEL ARTE DRAMATICO**

35 **OCHO PAGINAS EN COLORES**

44 **EL PAIS DE LAS DIEZ MIL MUÑECAS**

49 **TOKIO — 800 AÑOS DE HISTORIA**
por William H. Robson

54 **KENZO TANGE Y LA FUTURA MEGALOPOLIS**
por Sandy Koffler

62 **HOKKAIDO — UN NUEVO MUNDO SEPTENTRIONAL**

65 **LA JUVENTUD**
Promesa y problemas

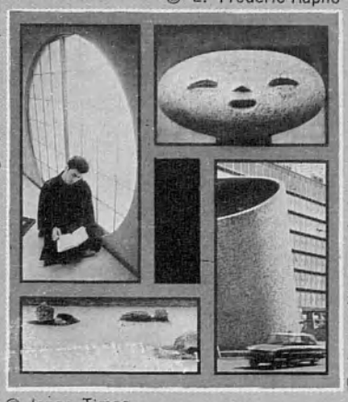
69 **EL IDEOGRAMA Y LA TELETIPO**
Evolución de la escritura japonesa
por Shin-Ichi Hasegawa

73 **LOS LECTORES NOS ESCRIBEN**

74 **LATITUDES Y LONGITUDES**

2 **TESOROS DEL ARTE MUNDIAL (28)**
La lluvia (Japón)

Nº 9-10 - 1968 M,C 68.1-238 E



© L. Frédéric-Rapho
© J. Lannois-Rapho
© Japan Illustrated
© Japan Times

Nuestra portada

Tradición y modernismo: las fotos de la carátula aluden a los dos rostros del Japón y la asombrosa metamorfosis vivida por éste desde el comienzo de la era Meiji, hace cien años. Abajo, a la izquierda, el célebre jardín de arena y piedra del templo Ryoanji en Kyoto, obra maestra de un arte milenario (véase asimismo la pág. 9); arriba, la hora del estudio en el tradicional «tatami». Arriba, a la derecha, escultura moderna realizada en el espíritu de las viejas «haniwas» (efigies funerarias); a la derecha, abajo, el audaz perfil de la chimenea de ventilación de un garaje subterráneo en Tokio (véase la pág. 5).

UNESCO ARCHIVES

«El Correo de la Unesco» dedica el presente número al Japón con ocasión de cumplirse el primer centenario de la Restauración Meiji, gran movimiento de reformas sociales e institucionales que permitió al país entrar en las corrientes contemporáneas y dio así nuevo impulso a su civilización.

EL EMPERADOR MEIJI
padre del Japón moderno

por Ki Kimura

El Emperador Meiji (1852-1912), cuya imagen aparece abajo, a la izquierda, fue el padre del Japón moderno. Desde el comienzo de su reinado los ómnibus tirados por caballos recorrieron las grandes arterias de Tokio, como lo atestigua una litografía de la época (abajo). A la derecha, una plaza de Tokio en nuestros días, con la perspectiva de un garaje subterráneo cuyas torres de ventilación hacen pensar en algún transatlántico fantástico. Arriba, el crisantemo estilizado que constituye el emblema de la conmemoración Meiji, obra de Tadashi Ohashi.

Fotos Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón

A principios de 1868, un joven que el mundo conocería más tarde como el Emperador Meiji del Japón irrumpió en la historia atravesando la barrera de ceremonia cortesana que por espacio de siglos aislara al trono japonés del resto del mundo. Hacía por entonces 200 años que el Japón era un coto cerrado, gobernado por los *shoguns* que habían hecho del Emperador un figurón. Pero este aislamiento que el Japón se impusiera voluntariamente tuvo un fin repentino a mediados del siglo XIX. Sitiado por el clamor de las potencias extranjeras, que querían que el país se abriera al comercio con el Occidente, y amenazado por otra parte por los señores feudales rebeldes, el décimoquinto de esos gobernadores militares o *shoguns* cadió el poder a la sucesión imperial.

Así fue cómo el joven Emperador Meiji y sus consejeros abrieron el Japón no solamente a las ideas y al comercio occidentales sino a todas las tempestuosas corrientes del siglo XIX. La Restauración Meiji, que se produjo hace exactamente cien años, fue como la rotura de un dique tras del cual se habían acumulado las energías y fuerzas de muchos siglos. Lo que al Occidente le había tomado cientos de años lograr, perfeccionar y desarrollar: la creación de una nación moderna, con modernas industrias, instituciones políticas modernas y una estructura social también moderna, el Japón se lanzó a conquistarlo en unas pocas décadas.

Los jóvenes «samurais» cambiaron su clásica vestimenta por el chaqué y el sombrero de copa y partieron a Europa y América a estudiar las técnicas occidentales de gobierno, industria... y guerra. En un verdadero esfuerzo de modernización, los revolucionarios Meiji levantaron el país a la altura de las potencias occidentales en menos de 40 años y sin sacrificar la cultura tradicional del Japón.

Lo que condujo finalmente a esta «restauración» comenzó en 1853, al año siguiente de nacer el Emperador, con la llegada de los «barcos negros» del Comodoro Matthew Perry a la bahía de Kurihama en misión diplomática y de comercio. Después de haber firmado Perry al llegar la primavera un tratado de amistad con el *Shogun*, Rusia, los Países Bajos y Gran Bretaña lograron concluir parecidos acuerdos. De este modo, Japón el eremita, aislado del mundo durante dos siglos, volvió a reanudar lentamente su contacto con el mundo de fuera.

SIGUE EN LA PAG 6

KI KIMURA, *que es a la vez historiador y novelista, se ha especializado en la llamada « era Meiji » y preside el Instituto de Estudios sobre la cultura japonesa de ese período. Entre sus muchas obras cabe citar un importante estudio sobre la influencia recíproca del Japón y de los Estados Unidos en la esfera cultural.*

Foto © « Japan Times »

Sociedad estable pero estática

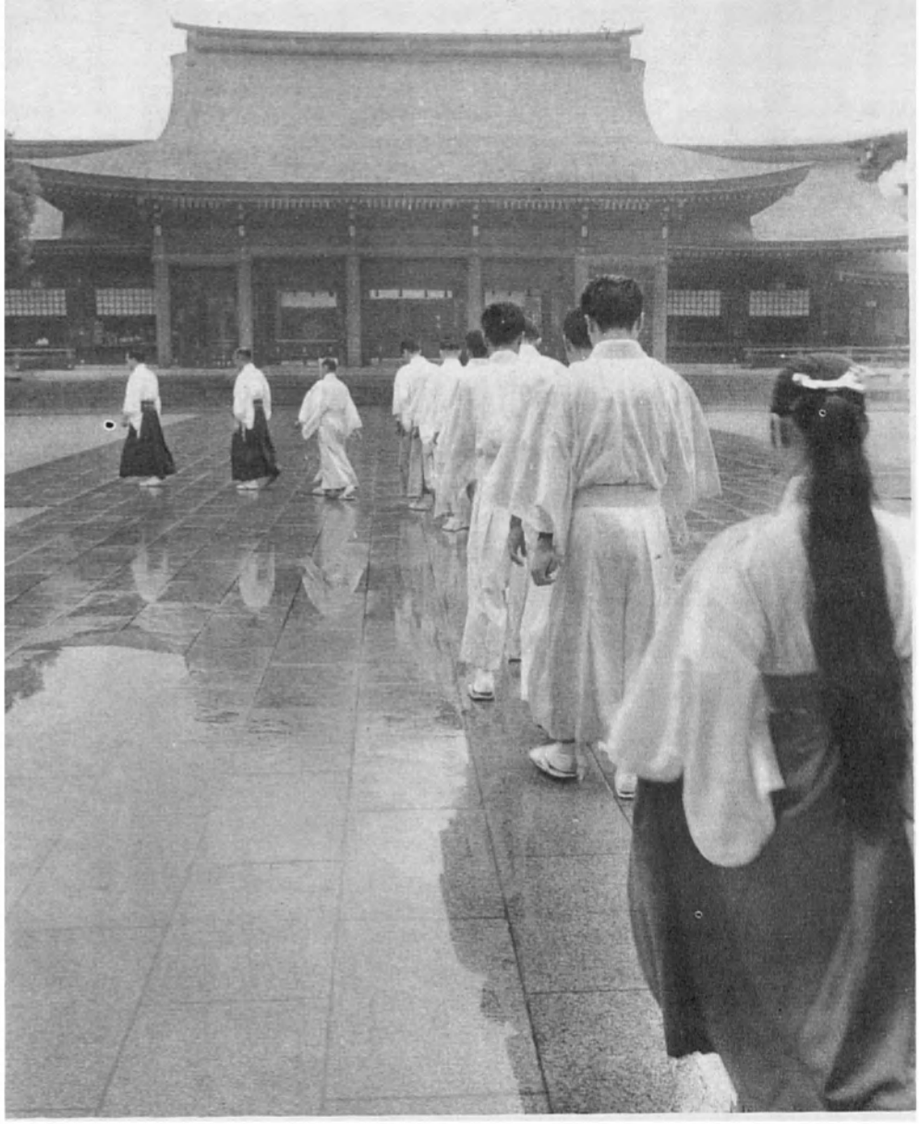


Foto © Kokusai Bunka Shinkokai

Al reabrir sus puertas a éste, el país se hallaba estancado por el sistema feudal que habia dividido rígidamente la sociedad en cuatro castas: la de los guerreros, la de los agricultores, la de los artesanos y la de los comerciantes. Tal era el alcance y la penetración de este sistema de castas que con él se obtenía un control absoluto de la vida de las gentes, fijándoseles reglas rígidas y severas de vida y de conducta. La clase social del individuo determinaba hasta el uso que hiciera éste del lenguaje.

El fundamento sobre el cual cobraban forma inamovible todas las relaciones entre superiores e inferiores, así como la obediencia de cada cual a una autoridad y el concepto que regía el comportamiento de amo y criado, era la ética de Confucio, que hacía hincapié en la práctica y cultivo de varias virtudes cardinales: amor filial, bondad, rectitud, decencia, inteligencia y fidelidad. Pero si la sociedad era estable, también era estática.

Además, el Japón de esos días era un Estado agrario empobrecido. Al final de la octava década del siglo, entre un 75 y un 80 % de la población trabajadora se dedicaba a faenas agrícolas. La ganancia anual de cada agricultor se calculaba en unos 65 dólares. En otras palabras, se trataba de un país sostenido por una clase rural que apenas se ganaba el sustento.

Desde la época de la visita de Perry y los primeros tratados los japoneses se mostraron interesados por mantener relaciones internacionales sobre una base de independencia e igualdad. Para ellos había el peligro de que las grandes potencias pudieran dominarlo: de esta sensación de peligro surgió una manera de pensar, no ya en términos de un clan, sino de un estado.

La confrontación de dos grupos: el que preconizaba una política de puertas abiertas y el que insistía en excluir a los extranjeros, fue encarnizada por un tiempo. Las dos facciones perseguían un mismo fin: el de conservar la independencia del país. Pero al darse cuenta los campeones del aislamiento de que sólo podría mentenerse esa independencia gracias al intercambio con los países extranjeros, hicieron causa común con el adversario.

También se planteó un conflicto en torno a la alternativa de que el Japón devolviera el poder político al trono o continuara con el sistema tradicional de los gobernadores militares, y también aquí el factor determinante resultó ser la independencia nacional.

En 1867 murieron tanto el Shogun como el Emperador Komei, padre de Meiji, y fueron sucedidos por Yoshinobu, nuevo gobernador militar, y por el joven Emperador Meiji. Yoshinobu era un hombre de visión amplia y un convencido de que la independencia del Japón fincaba en la unificación y modernización del país. A fines de 1867, espoleado por una coalición de feudos dirigidos por los fuertes clanes provinciales conocidos por el nombre de «Satcho Dohi». Yoshinobu rindió su autoridad al Emperador, poniendo así fin a 700 años de mando militar.

La reforma comenzó en febrero de 1868; el Emperador Meiji asumió la suprema autoridad ejecutiva e informó a los representantes extranjeros de que en todos los tratados vigentes su titulo debía reemplazar al del Shogun. Animado por sus consejeros, muchos de los cuales provenían de la casta guerrera de los «samurai», Meiji acabó con la disposición que prohibía la presencia de los extranjeros on Kyoto, la capital del país, y recibió a los representantes de las grandes potencias en una audiencia de Año Nuevo. También acabó con el edicto feudal que prohibía los viajes, trasladándose él mismo de Kyoto a Osaka para pasar revista a su escuadra.

En el primer año de la reforma el paso más categórico que dio el joven Emperador fue el de llamar a los nobles a palacio y prestar en su presencia el juramento de la carta constitucional por el que prometia formar una asamblea deliberante, hacer que todas las clases participaran en el gobierno del país y garantizar que en el futuro la justicia, y no la tradición, fuera el principio que guiara el manejo de su administración.

Ese mismo año el Emperador arrancó al Japón todavía más de su pasado al trasladar la capital de Kyoto a Edo y rebautizar a éste con el nombre de Tokío, o sea «capital del este». Los directores de la reforma dedicaron en un principio casi todas sus energías a crear una base económica sana para el nuevo Estado. Hubo que estabilizar el sistema monetario, imponer nuevas tasas, desarrollar la industria y abrir mercados nuevos a los productos del país. Requisito previo para el logro de todo ello era la abolición del sistema feudal que, con sus jefes autocráticos y los impuestos que cobraban en sus vastas posesiones, se oponía categóricamente al progreso económico. Ningún gobierno central podía unificar eficazmente al Japón mientras subsistiera ese sistema.

El feudalismo era un modo de vida desde el siglo XII, y los clanes muy fuertes. Pero tal era el espíritu que reinaba en aquellos momentos que los cuatro grandes clanes Satcho Dohi del oeste devolvieron sus posesiones al Emperador en 1869 y le pidieron que los reorganizara bajo un grupo uniforme de leyes. Otros clanes menos importantes se adhirieron al movimiento, y entre 1871 y 1872 las cuatro

EL CULTO DE UNA GRAN FIGURA

A Tokio, vale decir, la « capital del este », trasladó el Emperador Meiji en 1868 la capital de su país, que hasta entonces había sido Kyoto. En 1920 los japoneses edificaron el Meiji-Jingu a la memoria del gran reformador. Se lo visita de manera solemne, pero en los días de las grandes fiestas nacionales la muchedumbre (derecha) se arracima en él, en sus maravillosos jardines y en su galería de arte donde se exponen las obras de pintores modernos dedicadas a relatar los grandes acontecimientos de aquel reinado. A la izquierda vése el ceremonial matutino del Meiji-Jingu.

Foto © Japan Illustrated

clases: guerrero, artesano, agricultor y comerciante, quedaron abolidas.

El factor más importante para el desarrollo económico del Japón era el control riguroso e intregrado que pudiera ejercer el gobierno central. La fuerza en la decisión, la acción y la autoridad eran absolutamente necesarias para que plasmaran tres resoluciones difíciles tomadas en la primera mitad del reino de Meiji y que por largo tiempo habrían de reflejarse en la prosperidad del país.

En primer lugar, el gobierno resistió a la tentación de unirlo por medio de aventuras militares en el exterior. Seis años después de haber subido al trono el joven Emperador, hubo miembros de su gobierno que favorecían la idea de declarar la guerra a Corea luego de hacer fuego las baterías costeñas de ésta contra un cañonero japonés. Pese a que seguir ese curso habría unificado temporariamente al país, por ese entonces plagado de descontentos, la idea se rechazó en 1873, concentrándose las energías nacionales en la resolución de las problemas domésticos.

La segunda resolución trascendental fue adoptada en 1881: acabar con la inflación que en esos momentos hacía difícil fomentar la industria moderna y estimular la inversión de capitales. Haciendo caso omiso de la insatisfacción del público frente a esta medida, el gobierno de Meiji adoptó severas medidas fiscales con las que se logró detener la inflación en 1884, con el resultado de que las metas que el gobierno se había fijado en 1868 se alcanzaron en 1885, tal como estaba previsto.

La tercera resolución tenía que ver con el suministro de fondos para las industrias nuevas. Las autoridades eludieron una solución relativamente fácil como la de permitir inversiones de capital extranjero, arguyendo que ella podría poner al Japón en situación de dependencia frente a otras naciones. Las inversiones del extranjero se redujeron a un mínimo y los fondos requeridos por las nuevas industrias salieron de un nuevo impuesto a la tenencia de la tierra.

El Japón del período Meiji levantó su industria moderna apoyándose en la tradición. Las dos mercaderías clásicas de su exportación, la seda cruda y el té, se produjeron en mayor escala que nunca (hasta la Emperatriz, para fomentar la sericicultura, tuvo un criadero de gusanos de seda en su palacio) porque las divisas extranjeras que se podían ganar gracias a ellas ayudaban a crear nuevas industrias.

Con asistencia de los Estados Unidos de América, se empezó a explotar la isla virgen de Hokkaido, vasta extensión de tierra situada al norte del archipiélago japonés. Allí se cultivó la tierra intensivamente y allí comenzó la industria química nacional, que hoy en día es la segunda en importancia del mundo entero. También empezó allí la primera industria lechera en la historia del país, y en Hokkaido, igualmente por primera vez, se plantaron manzanos, que nadie había visto allí hasta entonces.

Después de ver la forma en que la libre concurrencia funcionaba en las naciones occidentales, los dirigentes del gobierno Meiji pusieron su fe en ella. Pero siglos de feudalismo habían dejado en el país poca tradición industrial y poca destreza en ese terreno, y los que disponían de dinero se anduvieron con pies de plomo cuando se trataba de arriesgar su capital en aventuras nuevas y algunas veces extrañas.

Para ayudar al desarrollo industrial se facilitó la formación de compañías por acciones, especialmente las dedicadas a los intercambios con el extranjero, las comerciales y las de transporte. El gobierno concedió subsidios a los negocios e industrias que constituían la clave del desarrollo buscado, y en los casos necesarios hizo favorables concesiones en lo que se refiere al pago de impuestos. Así surgieron fábricas modelo en las industrias del acero, del cemento, del vidrio cilindrado, del ladrillo refractario, de la lana y de la hilandería. Aunque se las creó con vistas al negocio inmediato, el fin primordial

SIGUE A LA VUELTA

Un monarca revolucionario

fue el de introducir en el Japón los métodos y las técnicas de producción típicos de Europa.

En todos sus esfuerzos por modernizar la industria, los dirigentes de la Reforma contaron con la ayuda y el estímulo del Emperador Meiji, que recorrió las islas pasando revista a los astilleros, las fábricas que recién se inauguraban y las poblaciones que surgían.

En otros terrenos las reformas fueron de profundos alcances: la educación se hizo obligatoria, se acabó con todas las restricciones que se oponían a los viajes de los japoneses al extranjero, se permitió el culto cristiano, se introdujo la vacuna, el servicio de correos y telégrafos y el barco de vapor, se procedió a la abolición de las torturas, se impuso la vestimenta de tipo europeo para los funcionarios (dando el ejemplo el Emperador, con su uniforme militar occidental) y se recurrió libremente al parecer de consejeros europeos y norteamericanos.

En el terreno de la enseñanza los esfuerzos fueron grandes. El gobierno sabía que para que el Japón fuera rico y fuerte había que elevar el nivel intelectual de la población. Ya se había despertado el apetito japonés de conocimiento bajo el régimen de los shoguns Tokugawa, época en que florecieron las escuelas particulares instaladas en los templos y en que el estudio de la ciencia occidental, principalmente en el terreno médico, se llevó a cabo gracias a Nagasaki, única ciudad abierta al comercio con el extranjero.

Antes de la reforma, la enseñanza había avanzado hasta el punto en que el 50 % de los varones y el 15 % de las niñas recibían alguna instrucción formal. En el Japón de Meiji se estableció una norma de igual oportunidad para ambos sexos, y para atraer a los estudiantes inteligentes procedentes de hogares humildes la enseñanza se hizo gratuita en las academias militares y las escuelas normales.

El estudio del pensamiento occidental se empezó a realizar con la plena aprobación del Emperador, gran lector de los libros de esa procedencia y especialmente del «Allgemeines Staatsrecht», de Johann Bluntschli, obra de ciencia política que en esa época se estudiaba en las universidades alemanas, francesas y británicas.

En 1890 el Emperador dio la orden de que los principios que debía guiar la enseñanza en el país se reunieran en un «Edicto Imperial sobre Educación» que conminaba a los estudiantes a honrar a sus antepasados, respetar a sus padres, ser leal a sus superiores y servir a su país. El éxito de esta política docente puede verse claramente en el hecho de que hacia 1885 el 42 % de los estudiantes de la Universidad Imperial de Tokío no tenían otros blasones que los de su capacidad (en 1878 ese porcentaje había sido de 25) mientras que, a fines de la era Meiji, la asistencia a la escuela primaria era del 95 %.

Una vez que se introdujo la instrucción a la manera occidental, el gusto del pueblo japonés por el estudio, junto con un nivel académico extraordinariamente avanzado si bien limitado a una esfera no muy amplia, creó las condiciones necesarias para una asombrosa diseminación de la educación en general y produjo académicos y expertos de calibre internacional. Estaba por ejemplo el Dr. Hideyo Noguchi, que empezó como hijo de un agricultor pobrísimo y acabó siendo un bacteriólogo especialista en enfermedades tropicales de fama mundial. Entre otros científicos distinguidos de la era Meiji figuran Jokichi Takamine, que sintetizó la adrenalina, Shibasaburo Kitazato, que aisló la bacteria de la gangrena, y Kiyoshi Shiga, que descubrió el microbio de la disentería.

La modernización del Japón se llevó a cabo para contrarrestar el choque con las ideas e innovaciones del occidente, y el gobierno central, con toda la fuerza que poseía, fue el principal responsable por las reformas, todas urgentemente necesarias. Pero hasta los que actuaban fuera de la órbita oficial — sin excluir los críticos de la misma — lucharon eficazmente por una renovación del país en todos los órdenes imaginables. Por ejemplo, Yukichi Fukuzawa, adelantado de la enseñanza, expresó su oposición al predominio oficial en la materia creando la primera institución privada del Japón por lo que se refiere a la enseñanza superior: la Universidad de Keio. Pese a ello, siempre lo preocupó la independencia del Estado y, como educador, luchó por el mejoramiento de éste al ampliar y profundizar las capacidades intelectuales de sus compatriotas.

Otro ejemplo de «oposición creadora» fue el de Emori Ueki, destacado político liberal que, mientras predicaba la libertad y la igualdad, criticando con ello el autoritario gobierno de Meiji, decía que todo aquel que no ampliara sus capacidades o utilizara debidamente sus talentos faltaba a su deber para con la nación. Colega de Ueki entre los liberales, Taisuke Itagaki fue infatigable en sus esfuerzos por convencer al gobierno de que creara una asamblea deliberante y en 1881 hizo proclamar un edicto declarando que se formaría un parlamento nacional en 1890 y que mientras tanto el gobierno se prepararía para realizar el cambio en el mejor orden imaginable.

En 1881 se envió al occidente a Hirobumi Ito, uno de los hombres de Estado que desempeñara un papel principal en el movimiento de modernización del Japón. Llevaba la misión de estudiar los gobiernos occidentales de Europa y América y decidir cuál de ellos habría de servir de modelo al Japón. Luego de sopesar los méritos de los sistemas británico, norteamericano y francés, eligió la constitución de la Alemania imperial como la que mejor podía adaptarse a las necesidades del Japón. En 1889 el Emperador Meiji promulgó la nueva constitución, que estipulaba la creación de una asamblea elegida por voto pero hacía al gobierno responsable frente al trono. Un año después se convocaba a la legislatura.

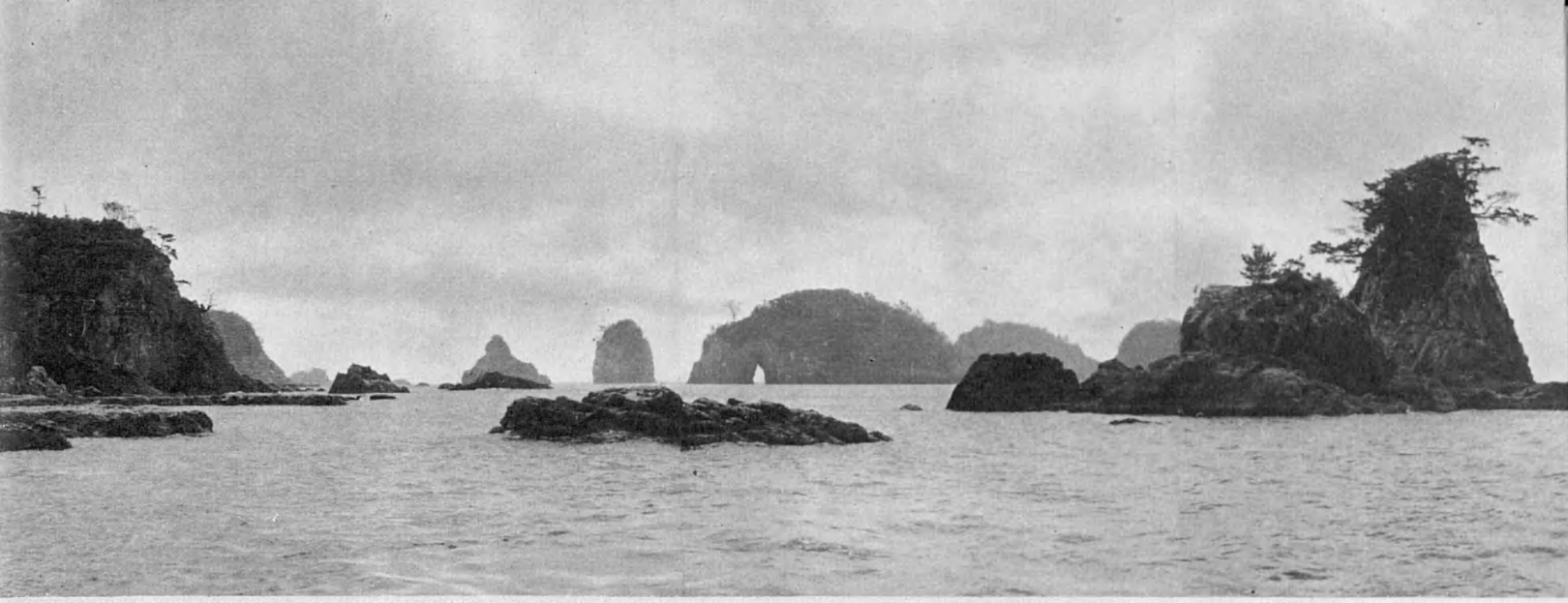
Paralelamente a su progreso gubernamental, social e industrial, los japoneses encararon la considerable tarea de convencer a los cofirmantes de sus pactos con el extranjero de que revisaran los términos de los mismos. Estos términos se habían fijado en condiciones muy distintas y favorecían a los extranjeros con derechos de importación bajos (cinco por ciento en la mayor parte de los casos) y con una dispensa legal por la que no se los podía llevar a los tribunales.

El lograr los nuevos términos que deseaba le llevó al Japón 11 años. La primera oportunidad la proporcionó Gran Bretaña al manifestarse de acuerdo con un nuevo tratado por el que se abolía la extra-territorialidad y se daba al Japón el derecho de fijar sus propias tarifas de importación. Pronto se celebraron tratados parecidos con otros países, fijando el Emperador el año de 1899 como fecha para que entraran en vigencia.

En todo este período se había logrado evitar las guerras con países extranjeros, pero entre 1894 y 1895 el Japón le declaró la guerra a la China invocando a Corea como motivo y derrotando a su adversario en el campo de batalla. En 1904 ocurrió lo mismo con Rusia, y las tropas japonesas penetraron en Manchuria.

Durante el resto del reinado de Meiji, Japón se movió en el círculo de las grandes potencias, consolidando su posición como componente vital de la política y el comercio internacionales.

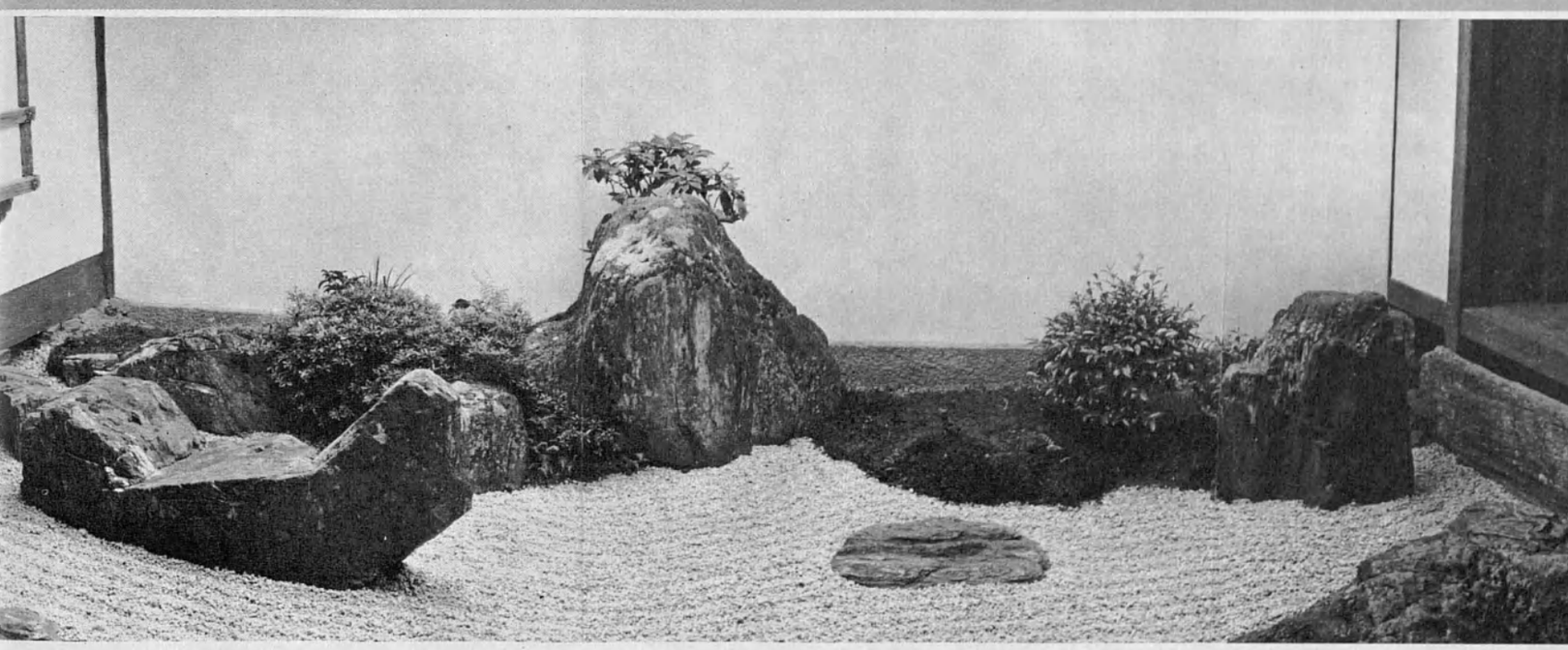
El 30 de Julio de 1912 murió Meiji. Tenía entonces 59 años. Bajo su férula el Japón había surgido al mundo, levantando la cortina ritual que lo separaba de él, y se había convertido en la primera potencia de Asia, a la par de las occidentales. La revolución presidida por el Emperador tuvo de notable el haberse desarrollado con el mayor orden y dentro de un control absoluto, y el de haber revalidado la monarquía en vez de destruirla: resultado debido principalmente a los esclarecidos hombres de Estado que dieron forma al nuevo Japón.

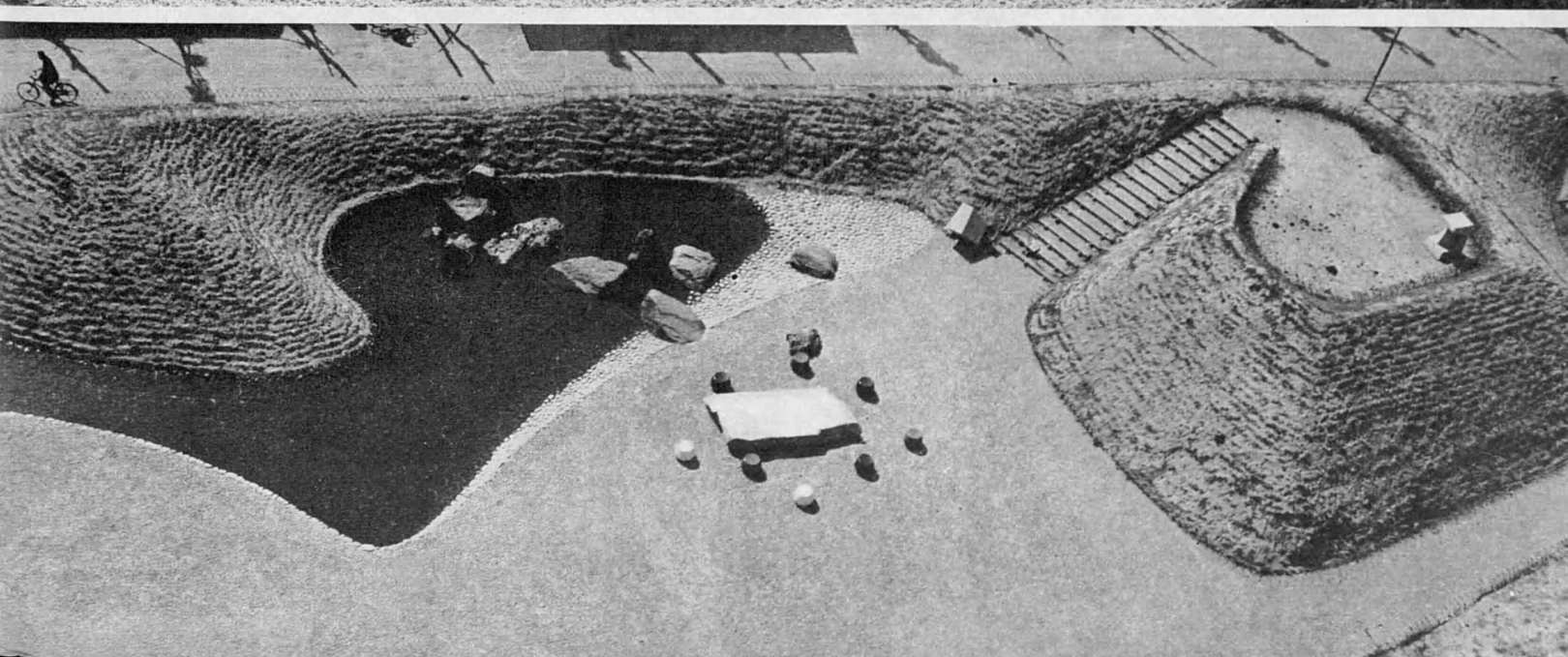


Fotos © Pierre Rambach

EL ALMA DE LOS JARDINES

El arte de la jardinería se ha llevado en el Japón a un extraordinario grado de sutileza. La evolución de que ha sido objeto en el curso de catorce siglos no ha alterado su espíritu, ya que sigue sugiriendo la naturaleza más que reproduciéndola, en lo cual se parece a la pintura japonesa. Arboles y plantas son raros en el jardín japonés, donde es la piedra la que modela el espacio. Una misma impresión de infinito se desprende tanto del paisaje costero de la isla de Honshu (arriba) como del jardín creado en una superficie reducida (abajo) otro archipiélago en un océano cuyas olas están hechas de pedregullo. Este jardín tiene el significado simbólico de la nave que sigue al bajar el curso de la vida humana. Otro ejemplo interesante es el jardín moderno de la intendencia de Takamatau, obra de Kenzo Tange (abajo): término de agua, playa de guijarros que evocan el mar, arrozales en terrazas.





EL ALMA DE LOS JARDINES
(cont.)

Religioso entregado a la meditación en uno de los tres jardines del monasterio de Daisen-in, en Tokio, considerados como una de las altas expresiones estéticas de la doctrina cuyo mensaje transmiten. Estos célebres jardines son creación del pintor Sô-ami, datan del siglo XVI y responden al estilo de «paisaje seco». El que se ve en la foto representa la muerte, y los otros dos la creación del mundo y la vida humana. Los montículos de grava no constituyen un mero ornamento sino un testimonio de la desaparición de la materia. Para los budistas, sin embargo, la muerte es fuente de vida.

Foto © Robert Gouy

Diez años antes de comenzar la era Meiji pintó «El gran puente bajo la lluvia» (derecha) uno de los más grandes paisajistas de la era Edo, que precediera a la famosa Restauración: Ichiryusai Hiroshige. (En la pág. 36 reproducimos a todo color otra de sus estampas.) Otro puente y otro siglo aparecen en la foto de la extrema derecha bien dibujados contra el cielo nocturno: el imponente puente de Wakato, símbolo del Japón moderno tendido a lo largo de los 2.063 metros que separan la isla más meridional del país, Kyushu, de la de Honshu.

FUKUZAWA

Un apóstol del saber en la era Meiji

COPIANDO A ESCONDIDAS UN LIBRO DE FISICA

por Yukichi Fukuzawa

A mediados del siglo XIX estalló en el Japón una enconada controversia sobre si se debería rechazar todo lo occidental o adoptar la ciencia y las ideas del Occidente. Entre los que apoyaron este último curso descolló Yukichi Fukuzawa (1835-1901) hombre de letras que tenía un dominio completo del chino, del holandés y del inglés, y cuyas visitas a Europa y los Estados Unidos de América le dieron un conocimiento directo de las costumbres e instituciones occidentales. Fukuzawa escribió copiosamente sobre todo ello por espacio de 30 años, y también se lanzó a publicar un diario que luego fue uno de los más importantes de Tokío, aparte de fundar una escuela que hoy se ha convertido en la Universidad de Keio. Sus trabajos y empresas están deliciosamente descritos en la «Autobiografía» que publicara en 1899, dos años antes de su muerte. A continuación encontrará el lector parte de un capítulo de este libro titulada «Cosas de estudiantes de la escuela de Ogata». La «Autobiografía de Yukichi Fukuzawa» se publicó en 1966, dentro de la «Colección Unesco de Obras Representativas» en la versión inglesa debida a Eiichi Kiyooka, nieto del autor, y editada en Nueva York y Londres por la Columbia University Press.

SENSEI Ogata era médico del Señor Kuroda de Chilkuzen, abuelo del actual hidalgo de ese nombre. No es que Ogata fuera a Chikuzen o a Yedo a atenderlo; pero entre los médicos de Osaka, era el que el Señor Kuroda prefería. Cada vez que éste pasaba por Osaka en su viaje anual a Yedo, Ogata iba a presentarle sus respetos a la residencia feudal de Nakano-shima, que constituía su cuartel general.

En el tercer o cuarto año de Ansei (1856-57) Sensei había vuelto un día de la visita oficial a su señor cuando mandó por mí para que lo viera en su habitación, donde me mostró un volumen impreso en Holanda.

— Hoy he visitado a Su Señoría y me ha mostrado este libro diciéndome que lo había adquirido recientemente. Enseguida le pedí permiso para hojearlo mientras dure su permanencia aquí —me dijo.

Yo devoré el libro con los ojos. Era un nuevo texto de física recientemente traducido del inglés al holandés por un tal Vanderbilt (?), y en sus páginas

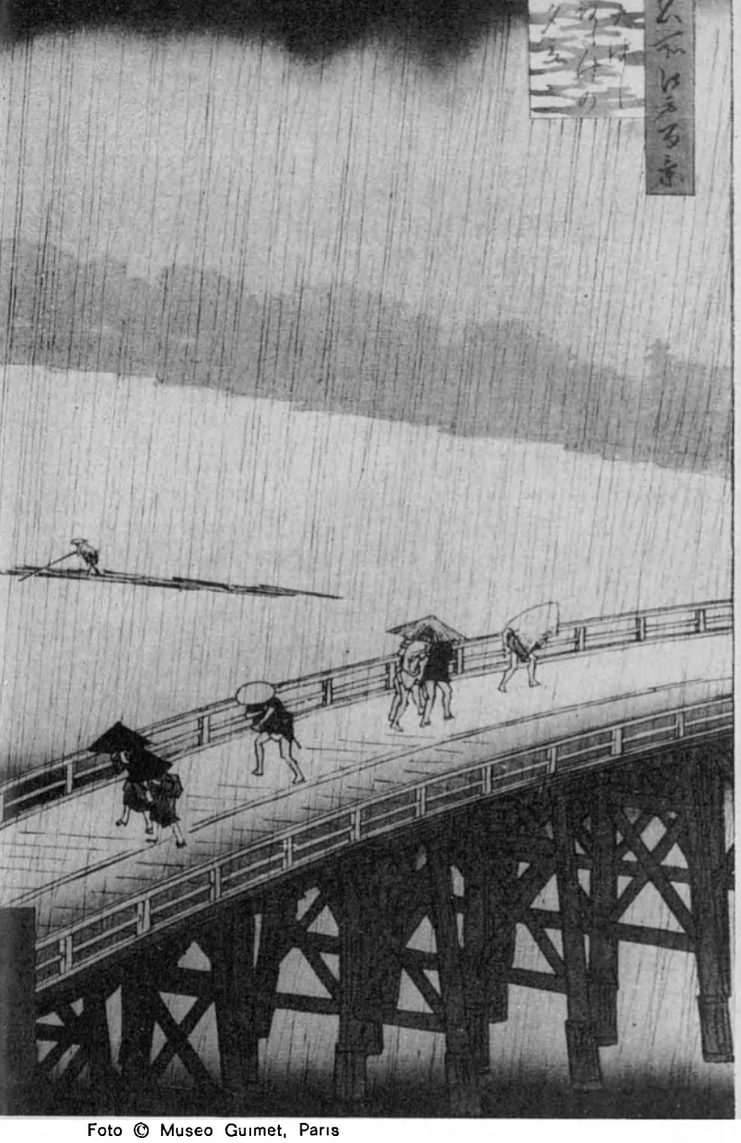


Foto © Museo Guimet, París

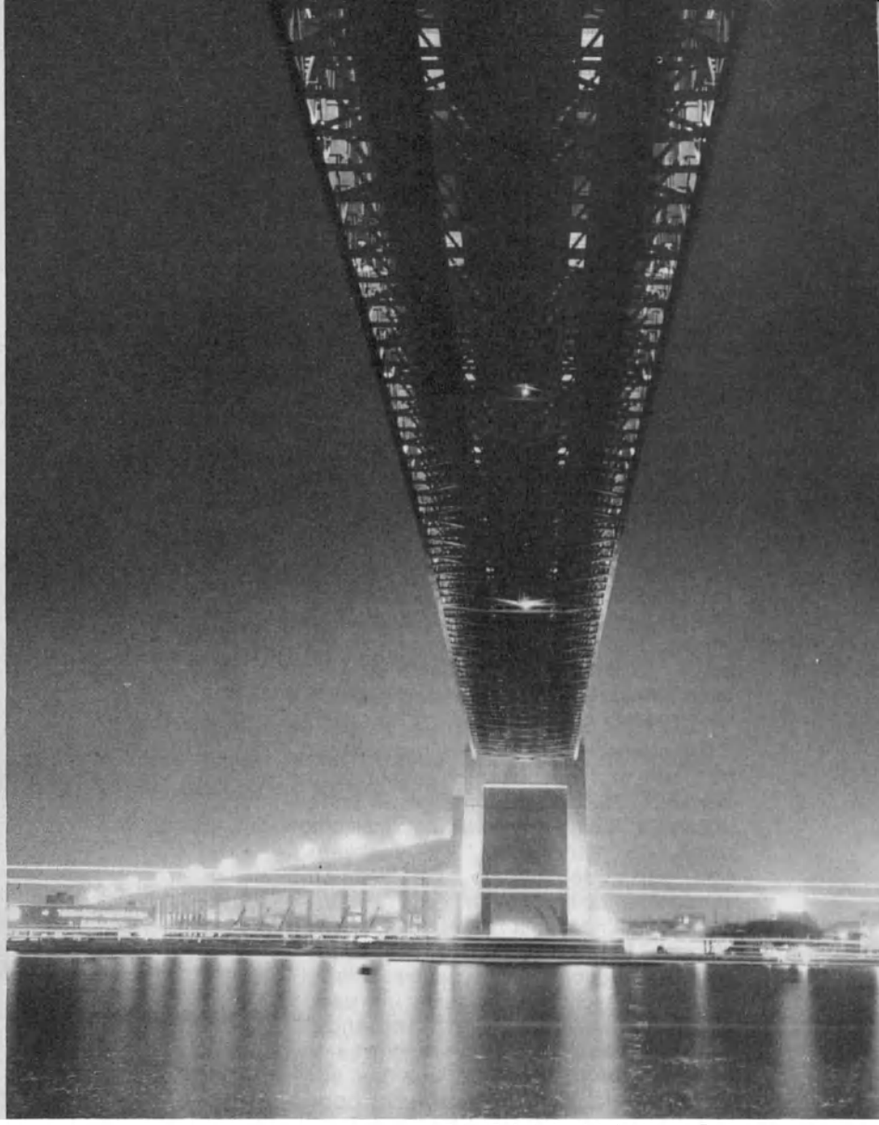


Foto Embajada del Japón en París

parecía haber muchas cosas nuevas para nosotros, especialmente el capítulo sobre electricidad.

Todo lo que sabíamos entonces de electricidad venía de menciones fragmentarias del tema en los textos holandeses. Pero ese libro nuevo, procedente de Europa, contenía una explicación completa basada en los recientes descubrimientos de Faraday, el gran físico inglés, y tenía hasta el diagrama de una pila eléctrica. A la primera mirada que le eché, me embargó una emoción profunda.

— ¡Es un libro estupendo!— exclamé. —¿Cuánto tiempo cree Vd. que podamos tenerlo en nuestras manos?

— Bueno —replicó Ogata— me dijeron que mi señor se quedará en Osaka dos días. Supongo que no tendrá inconveniente en que nos quedemos con el libro hasta que se marche.

— Me gustaría que mis amigos pudieran verlo también— le expliqué, y regresé con el volumen al dormitorio colectivo del colegio.

— ¡Miren esto!

Los muchachos se levantaron todos a una y se agruparon en torno a mí y al libro con la misma avidez que yo debo haber mostrado al ponerlo Osaka en mis manos. Dos o tres de los mayores, al hablar luego de la cuestión, decidieron junto conmigo sacar una copia.

— Miren— dijimos a los demás. —Echar un vistazo al libro— nada más que un vistazo—no servirá de mucho. Tenemos que copiarlo entre todos.

Pero ¡copiar un volumen de mil páginas! Decidimos hacer solamente el capítulo final, que trata de electricidad. Si hubiéramos podido destripar el libro y repartir el trabajo de copia entre los cuarenta o cincuenta «hombres de pluma fina» que había en la escuela, ésta habría podido guardar el texto completo. Pero no se podía ni pensar siquiera en someter la posesión del noble caballero a semejante masacre. De cualquier modo, trabajamos a todo vapor; los estudiantes hicieron bien las veces de copistas expertos. Uno leía en alta voz y otro tomaba el dictado: cuando se cansaba y empezaba a escribir con lentitud venía otro que ya estaba listo esperando con su pluma y el primero se iba a dormir, fuera de mañana, de tarde o de noche.

Así, trabajando las veinticuatro horas del día, inclusive las de las comidas, terminamos el capítulo en el tiempo de que disponíamos, y la sección sobre electricidad —cerca de trescientas páginas con los diagramas— quedó con nosotros en manuscrito. Finalmente lo leímos comparándolo con el texto por si había correcciones que hacer, mientras lamentábamos no haber tenido tiempo para las otras partes. Pero nos considerábamos afortunados por habernos quedado con él esos dos días, y al llegar el momento de la partida del Señor Kuroda uno a uno nos fuimos pasando el libro, y lo tocamos con afecto despidiéndonos de él como si nos separáramos de un pariente. Luego, al decirnos Sensei Ogata que el Señor Kuroda había pagado ochenta *ryo* por aquel ejemplar, nos quedamos estupefactos. El precio estaba tan lejos de lo que podíamos atrevernos a pensar, que nunca habría surgido en nosotros el deseo o la ambición de adquirir semejante tesoro.

SIGUE A LA VUELTA

FUKUZAWA *(cont.)*

La copia del libro del señor Kuroda cambió completamente la forma de abordar el tema de la electricidad en el colegio de Ogata. No vacilo en decir que mis condiscípulos se convirtieron en la gente mejor informada de todo el país por lo que respecta a la nueva ciencia. Y me atrevo a decir que a ese ejemplar del libro le debo mucho del conocimiento que me permite comprender algo de la industria eléctrica actual.

Muchos años después recordé el libro y quise volver a verlo. Con ese propósito fui varias veces a la residencia Kuroda —porque los tiempos había cambiado y yo era ahora amigo personal del hidalgo— pero siempre me respondieron que, desde el gran levantamiento de la Restauración (1868) el libro se había perdido. Siempre lo he lamentado, sintiendo su pérdida como se siente la separación de un viejo amigo.

El episodio basta, creo, para mostrar que los jóvenes que rodeaban a Sensei Ogata tenían como grupo tanta inquietud por la cultura extranjera como los estudiantes de cualquier otra parte del mundo. De vez en cuando venía alguno de Yedo a estudiar en la escuela de Ogata, pero ninguno la dejó con ese propósito: aquel de nosotros que se trasladaba a Yedo lo hacía para enseñar, no para seguir estudiando. Con frecuencia comentábamos esto entre nosotros y decíamos orgullosamente que los estudiantes de Osaka estábamos por encima de los demás del país. Pero no era posible que todos los buenos estudiantes se reunieran en Osaka y que ninguno fuera a Yedo; debe haber sido la situación reinante en el país la que creaba este contraste en el nivel cultural de ambas ciudades.

Foto © Louis Frédéric-Rapho

La era Meiji se vio precedida en el Japón por 700 años de feudalismo comenzados en 1192 al establecerse el «shogunato» con la gobernación de Yoritomo, que rigió al país independientemente de su Emperador, como debían hacerlo sus sucesores hasta 1868. En el curso de todos esos siglos se esculpieron innumerables estatuas del primer shogun. La tallada en madera que se ve en la foto de arriba data de un periodo avanzado de la era Edo, con la que concluyó el régimen feudal. Pero bajo la férula de los shoguns floreció el Zen budismo, cuya influencia en la vida cultural del Japón llevó a artistas y escritores a producir varias de las obras más refinadas en la historia del país.

En Yedo, aunque la renovación del intercambio con el extranjero estuviera aún en sus comienzos, las oficinas de gobierno y los muchos nobles feudales que vivían allí hacían constantes ofertas a quienes poseyeran conocimientos del o sobre el Occidente. Cualquiera que fuera capaz de leer libros extranjeros o de hacer una traducción de éstos se aseguraba, en consecuencia, el apoyo de tales protectores. Se daba incluso la posibilidad de que, de la noche a la mañana, un pobre estudiante de lenguas se convirtiera en un samurai ricamente pagado, con un sueldo de centenares de *koku*.

Osaka, por el contrario, era una ciudad de gente dedicada al comercio interno; difícilmente podía esperarse allí que alguien necesitara información sobre la artillería holandesa o las artes del Occidente. Por mucho que estudiáramos, por lo tanto, nuestro trabajo y nuestros conocimientos no tenían prácticamente nada que ver con el problema de ganarse la vida o hacerse de un nombre. Y no sólo eso, sino que los estudiantes de holandés eran mirados con desdén por la mayoría. Entonces ¿por qué nos esforzábamos tanto por aprender el holandés? Parecería que nos rompíamos la cabeza con aquellos difíciles textos extranjeros por el gusto de hacerlo y sin ningún propósito claro.

Sin embargo, si alguien hubiera podido mirar en el fondo de nuestro corazón, habría visto allí el placer indecible que constituía nuestro mayor consuelo. Los estudiantes teníamos conciencia del hecho de ser los únicos poseedores de la clave para el conocimiento de la gran civilización europea. Por mucho que sufriéramos de pobreza y por más raídas que fueran nuestras vestimentas, la amplitud de nuestros conocimientos y los recursos de nuestra mente no estaban al alcance de ningún príncipe o ningún hidalgo del país. Lo duro que resultaba nuestro trabajo nos hacía enorgullecer de él, sabiendo que nadie sabía lo que soportábamos. «En la dureza del esfuerzo hallamos placer; el mismo esfuerzo era ya un placer.» A quien pida un ejemplo puedo decirle que nuestra actitud era la misma del que toma una medicina amarga sin saber qué efecto esperar. La tomábamos sencillamente porque no había otro que pudiera hacerlo; y cuanto más amarga resultaba, mayor era el placer que sentíamos al tomarla.

EL GRAN MANIFIESTO DE FUKUZAWA

En 1872, Yukichi Fukuzawa publicó su «Fomento del saber», ensayo que apareció primero en forma de panfleto y que el público acogió «como el sediento recibe el agua». De ese primer panfleto se vendieron 200.000 ejemplares, cifra extraordinaria para aquella época. En los próximos cuatro años Fukuzawa siguió publicando una serie de diecisiete ensayos, llamados todos «Fomento del saber», que lo impusieron como pensador y director intelectual del nuevo Japón. Las ideas fundamentales de aquel primer ensayo —que publicamos a continuación— tienen tanta vigencia y fuerza para los hombres de nuestros días como tuvieron para los de 1872. Como dijera Eiichi Kiyooka: «Había otros hombres de letras que favorecían las ideas nuevas, pero Fukazawa los superó en fuerza y claridad de expresión, y sobre todo en talento para difundir sus ideas entre un vasto círculo de lectores. Puede decirse, sin temor a exagerar, que no ha habido en la historia del Japón un ensayo que se compare con éste en cuanto a la influencia que tuvo sobre los japoneses».

Fomento del saber

Se dice que «El Cielo no creó nunca un hombre que estuviera por encima de otro, ni viceversa». (1) Cuando un hombre nace, la idea del Cielo es que sea igual a los demás, sin distinción entre encumbrados y bajos o nobles y malvados, y que todos trabajen con el cuerpo y la mente, con la dignidad propia de los señores de la Creación que son, para tomar las cosas que hay en el mundo y satisfacer con ella su necesidad de vestido, alimento y vivienda, libremente pero sin estorbar a los demás, de modo que cada uno pueda vivir felizmente.

Pero si echamos una mirada amplia a este mundo de los seres humanos encontraremos sabios e ignorantes, ricos y pobres, hombres importantes y hombres de poca monta, con diferencias tan grandes como las que hay entre la nube y el barro. ¿Y por qué? La razón está clara. Se dice en el Jitsugokyô: «Si un hombre no estudia, no sabrá nada». Y un hombre que no sabe nada es un tonto. La distinción entre sabio y tonto es una cuestión de haber aprendido o no.

En la sociedad hay quehaceres difíciles y fáciles. Los que se dedican a los primeros están considerados como hombres de posición elevada, y los que hacen los segundos, hombres de posición humilde. Todos los trabajos que requieren el empleo del intelecto y causan preocupación son difíciles, y fáciles aquellos en que hay que poner principalmente los músculos en juego. A los médicos, los eruditos, los funcionarios de gobierno, los grandes comerciantes o los terratenientes que tienen a mucha gente a su servicio hay que considerarlos hombres importantes y de posición elevada.

La casa de un hombre así abundará en recursos, y los humildes lo verán elevado a un rango para ellos inalcanzable. Pero mirando al fondo de la cuestión, veremos que toda la diferencia está en haber adquirido conocimientos o no. El Cielo no hace distinciones entre los hombres. Ya lo dice el proverbio: «El Cielo no otorga riquezas al hombre, sino al esfuerzo de éste». Sólo los que luchan por aprender y son capaces de razonar tendrán riquezas y rango, mientras que los que nada saben serán pobres y humildes.

Tener cultura no significa saber palabras raras o leer libros clásicos y difíciles o gozar de la poesía o hacer

(1) La palabra «Cielo» no tiene ningún significado religioso en este ensayo. Hoy se emplearía el término «Naturaleza», que en 1872 no era todavía de uso general.

SIGUE A LA VUELTA

El respeto por la libertad ajena distingue la propia del capricho

versos, cosas que no tienen verdadera utilidad para el mundo. Estas son cosas que dan gran placer a la mente y que tienen sus propios valores, pero no por ello hay que reverenciarlas, como lo quieren los hombres de letras. Ha habido pocos especialistas en los clásicos chinos que fueran al mismo tiempo jefes de familia productivos, o comerciantes que supieran mucho de poesía y al mismo tiempo demostraran ser listos para los negocios. Los comerciantes y los terratenientes se preocupan cuando sus hijos se dedican en serio a la cultura, y piensan que a la larga la fortuna que han amasado se perderá.

Esta serie de conocimientos que no tienen valor práctico debe dejarse a otras épocas, y los mejores esfuerzos que uno haga, dedicarse a estudios más cercanos a las exigencias de la vida cotidiana, como el de las 47 letras del alfabeto, la redacción de cartas, la teneduría de libros, el ábaco y el uso de la balanza. Y si se quiere ir más adelante hay muchas materias que estudiar: la geografía es una especie de historia y de guía del Japón y los demás países del mundo; la filosofía natural es el estudio de la naturaleza y de la función de todas las cosas de la tierra; la historia es una cronología detallada y estudia las condiciones de todos los países del mundo, pasados y presentes; la economía explica la forma en que se dirige una casa, un país, el mundo; la ética da los principios naturales por los que debe guiarse la conducta del hombre y la forma en que se disciplina y en que actúa frente a los demás.

Para estudiar estas materias, conviene leer traducciones de libros occidentales. Para escribir, el alfabeto japonés es suficiente en la mayoría de los casos. Si se da con un joven dotado de una inteligencia especial, hay que hacer que aprenda las «letras escritas de un lado a otro» y que se dé cuenta de lo esencial de una materia, aunque más no sea; y de acuerdo con ello, que investigue los principios de las cosas que lo rodean, llenando así las necesidades de cada día. Este Jitsugaku es el conocimiento científico —o Verdadero Saber— para todos, conocimiento que todos deben adquirir, sin distinción alguna entre las clases. Sólo después de haberlo adquirido tendrían que poder seguir los hombres el camino del samurai, el del agricultor, artesano o comerciante, y emprender el cuido de su casa. Sólo así pueden alcanzar su independencia un hombre, una casa, y una nación.

En la búsqueda del saber, lo importante es conocer las propias limitaciones. El carácter de un hombre no tiene al nacer restricción ninguna: como adultos, un hombre y una mujer deben actuar con toda libertad. Pero haciendo hincapié solamente en ésta, sin pensar en las propias limitaciones, uno se ve expuesto a caer en la voluntariedad y en la disipación. Por limitaciones entiéndase la de adaptarse a la razón del Cielo y a la humanidad y la de alcanzar las propias libertades sin violar las ajenas.

La línea fronteriza entre la libertad propia y el capricho la señala nuestro respeto por la libertad de los demás. Por ejemplo, si uno gasta sus propios cuartos, parecería que tiene todo el derecho de dedicarse a la bebida y a las mujeres y abandonarse al libertinaje. Pero no es así, de ninguna manera. El libertinaje de un hombre puede ser la tentación de muchos y causar la degeneración de la sociedad y el quebranto de la educación. Aunque el dinero que gaste sea suyo, ese pecado es imperdonable.

Los problemas de la libertad y la independencia existen tanto para una nación como para un individuo. Desde tiempos remotos el Japón ha sido una isla muy al este del continente asiático aislada del extranjero, dedicada a vivir de lo que producía y acostumbrada a no sentir la escasez de nada. Pero desde que llegaron los norteamericanos en la Era Kaei, el comercio y el intercambio con el extranjero comenzaron y llegaron al grado que conocemos hoy en día. Después de abrirse los puertos del país ha habido disputas de todas clases entre los que favorecían la medida y los que reclamaban ruidosamente el cierre de los puertos y la expulsión de los extranjeros. Pero estos son argumentos que responden a un criterio cerrado, como el de la rana en el fondo del pozo, y no vale la pena detenerse en ellos.

Piénsese en el Japón y en cualquier nación occidental: todos viven bajo los mismos cielos, iluminados por el mismo sol; todos gozan de la belleza de una misma luna, comparten el mismo océano, respiran el mismo aire, poseen los mismos sentimientos humanos. En consecuencia, todo lo que tengamos en exceso tendríamos que darlo a esas naciones y tomar de ellas lo que les sobre, enseñándonos los unos a los otros y aprendiendo juntos, nunca avergonzados ni tampoco jactanciosos, satisfaciendo cada uno las necesidades de los otros y rezando mutuamente por la felicidad de todos. Según la razón del Cielo y la razón del hombre, una nación tendría que mantener intercambio con todas las demás, y aun cuando la razón se oponga a ello, inclinarse hasta ante los hombres de Africa:

El rango lo determina el talento, no la cuna

si tiene la razón en su favor, mantenerse firme en su desafío de los poderosos barcos de guerra de Inglaterra y los Estados Unidos, o cuando el honor del país está en juego, cada uno de sus habitantes sacrificar su vida para defender la gloria nacional. Tal debe ser el perfil de un país libre e independiente.

Pero algunos son como los chinos, que creen que no hay en el mundo otro país que el suyo y que cuando ven a algún extranjero lo llaman bárbaro, como si fuera un animal de cuatro patas, y lo desprecian y detestan, esforzándose por mantenerlo aparte sin pensar en la verdadera fuerza de su país, con el resultado de que los «bárbaros» les infligen luego muchas humillaciones. Todo ello indica que ese pueblo no conoce las limitaciones de una nación y es como el hombre que, por no conocer las limitaciones de la libertad, cae en los males del libertinaje.

Desde que volvió al sistema imperial de gobierno, el sistema que sigue el Japón ha cambiado mucho. En lo exterior se asocia con el mundo siguiendo los principios del derecho internacional, y en lo interior lleva a su pueblo a una comprensión de lo que son la libertad, la independencia, permitiendo que la gente humilde use un apellido y monte a caballo, medida que se puede considerar como la mejor de todos los tiempos. Puede decirse que el movimiento por el que se pone en pie de igualdad a las cuatro clases: la del samurai, la del labriego, la del artesano y la del comerciante, se ha iniciado aquí a pie firme.

De aquí en adelante, por consiguiente, no habrá entre los súbditos del Japón un rango innato; el rango que corresponda a un hombre lo determinarán sus talentos y la posición a que llegue por ellos. Aunque sea lógico demostrar respeto por un funcionario público, el respeto no se dirige al hombre en sí, sino al hecho de que ocupa la posición que tiene por sus dotes y administra las preciosas leyes nacionales para bien del pueblo. No es la persona la que se respeta, sino la ley encarnada en ella.

Todos recordarán que durante el régimen Shôgun se acostumbraba llevar el Augusto Tarro de Té por el camino de Tôkaidô. No sólo el Tarro de Té sino cualquier halcón de la casa de Shôgun era más preciado que un hombre cualquiera: al aproximarse un caballo de la casa, todos los viajeros se hacían a un lado del camino. Cualquier cosa —un trozo de piedra, una teja— parecía inestimable y digna de temor reverente al agregársele el calificativo «perteneciente al Shôgun». Aunque les disgustara actuar así, las gentes se habían acostumbrado a hacerlo. Pero tan humillante costumbre no provenía de la dignidad de la ley ni del valor intrínseco de esas cosas: era sencillamente un cobarde recurso del gobierno para hacer ostentación de su poder y poner trabas a la libertad del pueblo. Podría decirse que era una vana pretensión, no apoyada en nada sólido.

Al acabarse ahora con tan lamentables leyes y costumbres en todo el país, la gente podrá respirar con tranquilidad, y si hubiera la menor queja contra el gobierno, no quedarse callada sino buscar la manera correcta de formularla y discutirla, con calma y sin vacilaciones, frente a los funcionarios. Si la queja está de acuerdo con la razón del Cielo y la razón humana, se debería luchar por ello aun con riesgo de la propia vida. Así debe actuar un hombre que se llama ciudadano de un país civilizado.

Como dijera ya, un individuo y una nación son, según las leyes del Cielo, libres e independientes. Pero si la libertad de la nación está en peligro, no debe temer uno hacer frente a todas las naciones del mundo, y si su libertad de hombre está en peligro, no lo debería asustar el tener que vérselas con los altos funcionarios. Además, en el momento en que se establece la igualdad entre las cuatro clases que hemos citado, los hombres deberían sentirse seguros en el ejercicio de su actividad, siempre que sigan las leyes del Cielo. Pero como cada uno llega a una posición en la sociedad, tiene que tener la habilidad y las virtudes que esa posición requiere, y para tenerlas debe aprender la lógica de las cosas. Esto es algo que no se aprende si uno no se dedica al estudio de las letras; he aquí la causa de que sea tan urgente para todos adquirir los conocimientos indispensables.

Un examen de la situación actual nos hará ver que la posición del agricultor, el artesano y el comerciante ha adelantado en un 100 %, y que pronto estará al mismo nivel de la del samurai. Ya está abierto el camino para que los hombres de las tres clases que demuestren tener talento entren al servicio del gobierno. Los hombres deben reflexionar y darse cuenta de que ocupan ahora una posición elevada, y que en consecuencia deben comportarse en forma digna de esa posición.

Nadie más ofensivo y digno de lástima que el analfabeto. Pero en el extremo en que lo pone su ignorancia, pierde el pundonor, y si aquélla lo lleva a la miseria y el hambre, no cree que la culpa sea suya y, en

SIGUE A LA VUELTA

su envidia de los ricos, se asocia con otros como él para forzar una petición o entregarse a la sedición armada. ¿Qué se puede decir de hombres así; que no tienen pundonor o que no tienen leyes? La seguridad en que viven la deben a las leyes del país, y su casa la manejan según éstas, de las que aprovechan siempre que pueden. Pero, cuando así lo dictan sus apetitos, esos hombres violan dichas leyes. ¿No constituye esto un ultraje a la razón?

Ocurre a veces que un hombre que está establecido y tiene algunos recursos sólo sabe acumular dinero, y por lo que respecta a la educación de sus hijos resulta el último de los ignorantes. Los niños que no han aprendido nada son tontos, lo cual no tiene nada de extraño, y están prontos para hacerse perezosos y libertinos, haciendo que se vaya como humo la fortuna que hayan heredado. Para gobernar a hombres así no basta con la razón: la única manera de tenerlos a raya es recurrir a la fuerza. Dice un proverbio occidental: «A los tontos se los gobierna con mano dura.» No es que el gobierno sea duro de por sí, sino que los tontos lo hacen actuar así.

Si a nuestro pueblo se le da por hundirse en la ignorancia, el gobierno tendrá que actuar con más severidad de lo que hace. Y si se le da por el saber, por adquirir una comprensión de la lógica y avanzar hacia la civilización, el gobierno tendrá que inclinarse por la libertad y la indulgencia. La severidad o indulgencia de un gobierno son consecuencias naturales de la dignidad o indignidad de los gobernados. ¿Quién va a preferir la dureza a la tolerancia? ¿Quién no va a querer que su país se haga fuerte y rico? ¿Quién va a querer que el extranjero lo humille? Estos son sentimientos universales, comunes a todos.

Para los que no quieran servir a su país, no hay en la época en que vivimos problemas lo bastante urgentes como para hacerlos preocupar o sufrir físicamente. Por el momento, lo importante para cada uno es ajustar su conducta a un sentido humano de la vida y dedicarse en cuerpo y alma a aprender para tener vastos conocimientos y cultivar dotes dignas de la posición que ocupe. Con ella la tarea de gobernar se hará más fácil y la aceptación del gobierno por parte del pueblo más placentera. Cada hombre estará en su lugar, y todos cumplirán con su parte en la conservación de la paz nacional. Esta debe ser la única mira. El fomento del saber que preconizo tiene también una mira idéntica.

Foto © KBS, Tokio

La enseñanza en el Japón

EL SECRETO DE UN TRIUNFO

por Masunori Hiratsuka

«El Japón es un conjunto de islas situado en el Oriente, bien lejos de aquí. País oriental, el Japón tiene hermosas tradiciones culturales que le son propias y que ha conservado mientras lograba notables adelantos técnicos y una expansión económica tan rápida que al considerarla se ha hablado de «un milagro». Creo que para nosotros tiene mucho interés el estudio de la enseñanza que se practica en un país como ese.»

Así decía en 1957, dirigiéndose a los alumnos del Instituto Pedagógico de la Universidad de Londres, el profesor Joseph A. Lauwreys, uno de los especialistas internacionales más destacados en el terreno de la enseñanza comparada.

El Japón es un país pequeño, de una extensión menor a la de California, uno de los 50 Estados Unidos de América. Por sus cadenas de montañas la superficie que se puede destinar a la agricultura es apenas el 15% del total. Así y todo, cuenta actualmente con algo más de 100 millones de habitantes y es uno de los gigantes industriales del mundo de nuestros días.

La enseñanza moderna se ha extendido y desarrollado allí de una manera tan notable que la proporción de inscripciones en sus establecimientos de enseñanza superior ha llegado a ser una de las más altas del mundo. En cuanto a las clases de preparatorios, su proporción de estudiantes es la segunda más elevada del mundo. Desde 1920 la proporción de matrículas en las escuelas primarias supera al 99%.

En Asia, en Africa, en Europa, en la América Latina y en los Estados Unidos se me ha hecho con frecuencia la misma pregunta: «¿Cómo ha podido la escolarización hacer tantos progresos en un siglo solamente?» Se me ha pedido a veces que hiciera conocer nuestro «secreto». Lo que me interesa particularmente de esta pregunta es que quizá se exprese con ella la idea de que antes de 1872, fecha de creación del sistema escolar moderno, allí no había prácticamente nada en materia de enseñanza.

Siempre insisto en explicar en estos casos que el Japón es un país que ha respetado profunda y devotamente la enseñanza y la cultura y que antes de la Restauración Meiji contaba ya con un sistema que fue la base de todos los progresos futuros.

San Francisco Xavier, que hizo un viaje al Japón en el siglo XVI, dice en una de sus cartas que el Japón tenía en esa época dos universidades, y que los japoneses eran tan corteses como industriosos. Además de las dos universidades de que habla, había muchos templos budistas donde se impartía una serie de enseñanzas y cuyas funciones eran similares a las de las escuelas creadas en la Europa medieval en catedrales y monasterios.

Cuando hablamos de enseñanza moderna en el Japón conviene recordar la era Edo (1603-1868) que precediera inmediatamente a la Restauración Meiji. Bajo la férula de Ieyasu Tokugawa, fundador de ese «shogunato» feudal que rigió el Japón durante los 265 años del período Edo, el respeto por la enseñanza y la cultura se convirtió en el principio más importante del gobierno, quedando relegada la formación militar a un segundo plano; por primera vez en la historia del mundo, y con excepción de unos pocos disturbios sin importancia, pudo mantenerse la paz durante más de dos siglos; integrando los clásicos chinos y japoneses con el budismo se llegó a formar una cultura japonesa única; aunque dividida en cuatro clases sociales: las de los militares, los agricultores, los artesanos y los comerciantes, la población hablaba un mismo idioma en todo el país y dos religiones: el shintoísmo y el budismo, encontraban adeptos en todas las clases de la sociedad.

Lo más importante es que había escuelas que los niños de todas las clases podían frecuentar y donde se encontraban diversos tipos de recursos y facilidades para la enseñanza. Hacia el final del período Edo, el Japón tenía más de 50.000 terakoyas, establecimientos que consistían de una sola aula y un solo maestro, y que estaban diseminados por todo el país. Estas escuelas, donde se enseñaba a leer y escribir y las operaciones fundamentales de la aritmética, funcionaban sin ayuda oficial de ninguna especie. Para la clase de los militares —los señores— había unas trescientas escuelas de un nivel equivalente a los preparatorios de la actualidad y a los primeros años de la Universidad.

Había, por lo demás, establecimientos dedicados a otros tipos de enseñanza popular; escuelas de costura, diversas formas de preparación práctica para la vida diaria, aprendizaje de artes y oficios, y en los campamentos para los jóvenes organizados en invierno en las colectividades rurales y entre los grupos de peregrinos budistas y shintoistas había otras oportunidades de instruirse. Estas actividades educativas, concebidas para satisfacer las necesidades de la vida cotidiana, permitían que mucha gente recibiera cierta instrucción.

Todos los niños de las casas de los señores, la mayor parte de los habitantes de las ciudades y una importante proporción de los campesinos más prósperos sabían leer y escribir. Por esta razón, al crearse en el Japón un sistema moderno y encargarse el Estado en gran medida de la dirección del mismo, ya existían las bases necesarias a su desarrollo.

Los dirigentes del país en la época de la Restauración Meiji estaban firmemente resueltos a dar la prioridad a la educación en sus planes de modernización y desarrollo del país. Poco satisfechos con el sistema de enseñanza que imperaba entonces en el Japón, tenían los ojos puestos en el extranjero, donde buscaban sacar provecho de la experiencia adquirida en la materia por otros países. La idea fundamental del Edicto Imperial sobre educación : «buscar el saber, dondequiera que se encuentre» tuvo pleno efecto en el terreno de la instrucción. El Japón sacó partido de su examen de los sistemas de enseñanza practicados entonces en los Países Bajos, Inglaterra, Francia, los Estados Unidos de América y Alemania.

SIGUE A LA VUELTA

MASUNORI HIRATSUKA, *ex-director del Departamento de Educación de la Unesco, dirige actualmente el Instituto Japonés de Estudios sobre Enseñanza y preside la Federación Nacional de Institutos de ese mismo tipo. Decano de la Facultad de Enseñanza en la Universidad de Kyushu desde 1953, Hiratsuka es asimismo miembro de la Comisión Japonesa pro-Unesco.*

Foto Embajada del Japón, París

El primer día de escuela para los japonesitos de seis años de edad. El 99 % de los niños del país sigue nueve años de educación primaria y secundaria gratuita.

Foto © Paolo Koch-Rapho, París

Excursión a Nagasaki de las alumnas de un liceo o instituto. Frecuentemente se encuentra uno con grandes grupos de estudiantes que visitan los monumentos, museos y lugares históricos del país.

EL SECRETO DE UN TRIUNFO *(cont.)*

En esas condiciones empezó a funcionar, en agosto de 1872, el nuevo sistema escolar del Japón, del que el país puede enorgullecerse a justo título. Los creadores hacían especial hincapié en el carácter democrático de la enseñanza primaria: todos los niños, sin distinción de sexo, condición social o fortuna, debían ir a clase en el mismo establecimiento de primer grado.

La tendencia se había advertido un año antes al enviar el gobierno a cinco chicas a estudiar a los Estados Unidos. La menor de ellas tenía siete años. Fue la manera que las autoridades tuvieron de afirmar su convicción de que las mujeres desempeñarían un papel importante en la modernización del Japón. Ni que decir que fueron muchos los muchachos enviados al extranjero; todos ellos, sin excepción alguna, volvieron a su país a contribuir a la creación de un Japón nuevo.

El primer plan oficial para la ampliación y progreso de la enseñanza fue muy ambicioso. Se dio a conocer en setiembre de 1872. El Ministerio de Educación hizo saber entonces que había decidido dividir al país en ocho distritos universitarios, en cada uno de los cuales habría una Universidad y treinta y dos establecimientos de enseñanza secundaria. En cada distrito donde hubiera una de éstas habría a su vez 210 escuelas primarias. En otras palabras, lo que se proponía era crear 8 universidades, 256 liceos e institutos y 53.760 escuelas primarias.

En 1880 había 28.000 escuelas primarias con más de dos millones de alumnos (o sea algo más del 40 % de los niños que estaban en edad escolar). La proporción de matrículas, que en 1872 no alcanzaba más que al 5 %, pasó al 95 % en 1905, y en 1907 se extendió a seis años el período de escolaridad obligatoria. Actualmente ésta dura nueve años, y la proporción de alumnos que van a clase es del 99,9 %.

El sistema de enseñanza secunda-

en viajes que a veces llevan cientos de kilómetros. En los últimos quince años casi ha doblado el número de chicas que van a los colegios y universidades: el bello sexo constituye ahora el 17 % del cuerpo estudiantil.

Foto © «Japan Illustrated»

Colación de grados para 15.000 estudiantes de la gigantesca Universidad Nihón de Tokio, que con su cuerpo de 52.000 futuros profesionales es con mucho la institución de enseñanza superior más vasta del país. La ceremonia tiene lugar en el salón de actos de la Universidad (también el más grande del Japón) en el que caben 100.000 espectadores. Esta enorme sala fue previamente un gimnasio reservado para las luchas de sumo.

ria del Japón ha sufrido una evolución interesante. Desde 1886, a ejemplo de lo que ocurriera en Europa, esta enseñanza secundaria se ha ido convirtiendo más o menos en etapa preparatoria para los estudios superiores en vez de seguir siendo un complemento a la enseñanza primaria. Al mismo tiempo se creaban muchos tipos distintos de escuelas secundarias de artes y oficios, o de formación técnica y profesional, para satisfacer las diversas exigencias de una sociedad en plena evolución.

En 1941, el 20 por ciento solamente de los alumnos que salían de las escuelas primarias pasó a las secundarias a hacer cursos regulares de cuatro o cinco años. Pero no hay que sacar la conclusión que el 80 % restante no seguía sus estudios. Las estadísticas muestran que un 60 % ingresó en establecimientos de enseñanza primaria superior y un 10 % siguió cursos destinados a los jóvenes que no les llevan sino unas pocas horas por día. Es un 10 % solamente de los alumnos el que dejó de estudiar.

Por lo que respecta a la formación técnica y profesional, fueron diversas las posibilidades ofrecidas a los egresados de enseñanza primaria y de los estudios complementarios de ésta. Los jóvenes podían aprender un oficio o formarse en el desempeño de sus tareas en compañías privadas: y había también escuelas especiales (muy frecuentadas) donde se enseñaba corte y confección, cocina, dactilografía, peluquería y manejo de automóviles.

Antes de la segunda guerra mundial había gran variedad de instituciones dedicadas a la educación superior y abiertas a los alumnos que hubieran completado los seis años de educación primaria y los cinco de secundaria. En 1945, las Universidades habían llegado a ser 48, los institutos 33, las escuelas técnicas y de artes y oficios 309, las escuelas normales de tipos diversos 106, y había otras siete de tipo superior entre estas últimas. Pero el número de estudiantes

SIGUE EN LA PAG 23

Foto © H. Cartier-Bresson-Magnum, París

Un grupo de estudiantes contempla con atención la máscara funeraria de Tutankamón, cuyo reflejo se ve en la vitrina. La inestimable reliquia de la antigüedad egipcia constituyó la pieza más importante de la exposición «Tutankamón y su tiempo» que en 1965 atrajo al Museo Nacional de Tokio visitantes de todas partes del país.

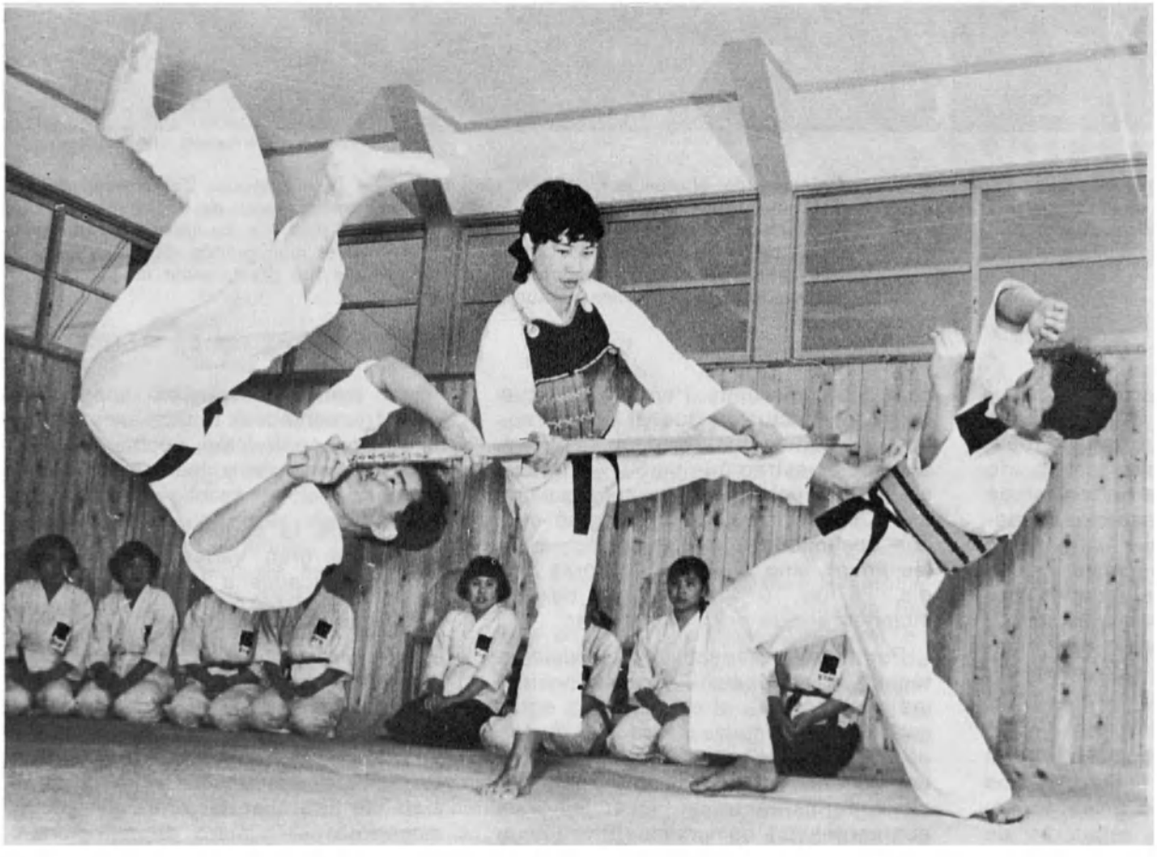


Foto © Holmes-Lebel, París

Los japoneses tienen tanto entusiasmo por el deporte como por la fotografía, y entre ellos el judo, el baseball, el basketball, el ping-pong, etc., gozan de gran popularidad. Cada vez el deporte tiene un papel más importante en los programas de escuelas y universidades. En la foto vemos a una estudiante ejercitando su destreza en el kenpo, arte de defenderse con un palo que por ello difiere radicalmente del judo, arte de defenderse a mano limpia y a fuerza de agilidad.

Las mujeres invaden la Universidad

que seguían cursos en todas estas instituciones ascendía solamente al 4 % del grupo de jóvenes de 17 a 21 años.

La enseñanza practicada en el Japón desde la Era Meiji ha contribuido en gran medida a favorecer la movilidad de las clases. Hay hombres de Estado y hombres de ciencia que venían de aldeas remotas. Si llegaron a las altas posiciones que hoy ocupan ello no ocurrió únicamente por sus propios esfuerzos, sino también por las oportunidades de aprender que se les ofrecían.

Un refrán de la gente de campo dice en el Japón que hay que educar bien a los hijos aunque para ello haya que vender tierras. Los japoneses han seguido manteniendo el respeto tradicional que tenían ya en el período Edo por la instrucción y la cultura. Para poder hacer estudiar a los niños de hogares humildes se han creado diversos sistemas de becas.

En 1947, época de situación social caótica y de tensiones económicas debidas a la guerra, se adaptó el nuevo sistema de enseñanza de «6-3-3» (seis años de escuela primaria, tres de secundaria (primer ciclo) y otros tres de secundaria superior o preparatorios, ampliándose a nueve años la duración de la escolaridad obligatoria.

Muchos consideraron temeraria esta decisión, tomada porque en la población del país existía la firme convicción de que no se podía reconstruir al Japón más que favoreciendo un sistema de enseñanza verdaderamente democrático. Para llegar a él fue necesario que un número enorme de gente se resolviera a hacer esfuerzos y sacrificios sin cuento.

Esos sacrificios me recuerdan una anécdota que merece citarse. En 1950, por invitación del Departamento de Estado norteamericano, hice una visita a los Estados Unidos para estudiar el sistema de educación superior adoptado por éstos. Estando en la ciudad tejana de Abilene dije, en el curso de una conversación, que el Japón había adoptado universalmente en todo el país el sistema de 6-3-3. Un profesor me dijo que no veía cómo podía haberse llegado a implantar una medida de esa índole en tan poco tiempo. Yo le dije que por lo menos en el Japón había sido posible: que toda la gente decidida a hacer esfuerzos sin cuento para la reconstrucción del país había convertido lo imposible en hecho concreto.

Aunque el sistema de 6-3-3 se estableció en el país por instigación de las autoridades de ocupación norteamericanas y bajo la dirección de éstas, la decisión no se debió únicamente a la presión que hacían en ese sentido. Ya alrededor de 1935 había, entre los consejeros del Primer Ministro, especialistas que consideraban ese sistema, tal como se lo practicaba en los Estados Unidos, como la forma democrática de enseñanza más avanzada del mundo, y que en consecuencia recomendaron que se lo adoptara en el Japón.

Al comenzar el funcionamiento del 6-3-3 una mitad de los estudiantes del primer ciclo de secundaria se inscribía, una vez terminados sus estudios, en el segundo ciclo (preparatorios), mientras que la otra mitad dejaba las aulas y se empleaba. Hoy los que cursan preparatorios son cerca del 75 % de los estudiantes.

La forma en que esta proporción ha crecido en los últimos años plantea problemas serios. La severidad de los exámenes de acceso a preparatorios ha hecho que los primeros tres años de secundaria se conviertan más en una etapa preparatoria de esos exámenes que una etapa intermedia entre la enseñanza primaria y la secundaria propiamente dicha, que abarca los años de preparatoria para la Universidad. En esa etapa intermedia hay que dar —y eso se ha venido haciendo hasta ahora— especial importancia a la observación del alumno y a la forma de guiar su personalidad y sus aptitudes.

En el Japón ha habido una tendencia a considerar que esas clases de preparatorios de un tipo académico general son, con raras excepciones, superiores a las de enseñanza técnica y profesional. Lamentamos reconocer que en el Japón se juzga generalmente la calidad de un maestro por el número de estudiantes suyos que entran en los establecimientos más famosos de enseñanza superior.

El Consejo Central de Educación, órgano de carácter consultivo, ha presentado ahora un informe sobre la reforma de la enseñanza en el segundo ciclo de secundaria (preparatorios para la Universidad). Luego de haber estudiado la situación en conjunto, el Consejo propone que se diversifiquen las materias estudiadas en ese ciclo; que para los alumnos que no asistan a las clases de éste, la enseñanza secundaria sea obligatoria por lo menos hasta los 18 años, y que se mejore y amplíe considerablemente la enseñanza que consume sólo parte del tiempo del estudiante, así como los cursos por correspondencia, las escuelas especiales y la educación de adultos.

El Consejo ha insistido particularmente en la necesidad de poner en juego todos los medios para que cada alumno pueda ver frente a sí posibilidades de enseñanza que correspondan a su personalidad y a sus dotes. El Ministerio de Educación y las administraciones locales se esfuerzan ahora por llevar a la práctica sus propuestas.

Dentro de la reforma operada en el sistema japonés de enseñanza después de la guerra, en 1948, se reorganizó una serie de establecimientos de enseñanza superior tranformándoselos simultáneamente en colegios donde los cursos de cuatro años hacían lugar especialmente a la enseñanza en general.

En aquellos colegios que fueran previamente Universidades se ofreció un curso de Master (dos años) y un doctorado (otros tres años más). En los últimos tiempos la enseñanza superior se ha mejorado y desarrollado con gran rapidez. A partir de 1955, el número de estudiantes que siguen estos cursos de colegio ha aumentado mucho más rápidamente de lo que se preveía, y la proporción de inscripciones es actualmente del 18% aproximadamente.

Una de las razones principales de este aumento es la elevación del nivel de vida, y otra el rápido crecimiento económico del país. Más importante todavía es una tercera razón: los que creen en el derecho democrático a una oportunidad igual para todos desde el punto de vista de la educación han estado enviando a sus hijos a los colegios y universidades.

En 1967 había en el Japón 369 universidades e instituciones de enseñanza superior, 451 colegios postsecundarios y 54 colegios técnicos. Se prevé que en los próximos diez años la proporción de inscripciones llegará a ser del 85% por lo que respecta a la enseñanza preparatoria y del 25 al 30 % por lo que respecta a la superior.

El número de chicas inscritas en los establecimientos de este tipo ha venido aumentando regularmente en los últimos años, fenómeno satisfactorio para una sociedad de tipo democrático. Antes de la guerra no se admitía a las mujeres en la Universidad Imperio de Tokío excepto en casos muy excepcionales. En la enseñanza de las chicas el papel principal lo desempeñaban las misiones cristianas y las escuelas privadas, de donde han salido la mayor parte de las mujeres de actuación destacada en el Japón. La mayor parte de los colegios de secundaria han abierto ahora sus puertas al sexo femenino.

Fuera de la enseñanza escolar de tipo clásico de que hablamos arriba, hay muchas clases de escuelas especiales donde las mujeres pueden aprender a cocinar, a hacer vestidos, y dedicarse a la decoración floral. Se ha popularizado la instrucción técnica para chicas en las empresas privadas que las contratan, así como la práctica de seguir cursos por correspondencia. Recientemente se ha prestado especial atención a la preparación de las futuras madres crean-

SIGUE A LA VUELTA

do cursos para ellas en todo el país, pero en este capítulo el Japón está muy atrasado frente a otros países.

El factor fundamental para el desarrollo de la enseñanza es, evidentemente, la formación de los maestros, y reconociéndolo así los poderes públicos le han acordado gran importancia. En 1943 se asimilaron las escuelas normales a los colegios de enseñanza superior. En 1948 se decidió que los maestros, inclusive los de enseñanza primaria, debían tener un título que certificara el haber seguido cuatro años de estudios universitarios, y al mismo tiempo se elevó las escuelas normales a la categoría de las universidades.

Con los progresos vertiginosos de la ciencia y la técnica, medios de información como la radiodifusión y la televisión han llegado a tener un lugar grande entre los métodos de enseñanza. Las transmisiones radiales para las escuelas hechas por la NHK (Sociedad Japonesa de Radiodifusión) han resultado muy útiles no sólo para reforzar los resultados de la enseñanza dispensada en las escuelas, sino también para difundir cursos de enseñanza secundaria por correspondencia y eliminar las diferencias de carácter regional por lo que respecta a la categoría de enseñanza y al nivel general de ésta.

En las escuelas japonesas, por lo demás, se hace un uso cada vez más generalizado de los auxiliares audiovisuales, que también han hecho lo suyo por mejorar la calidad de la enseñanza en todos los sectores de ésta.

Me gustaría, para terminar, señalar varios de los problemas fundamentales que se le plantean al Japón de nuestros días en materia de enseñanza. En primer lugar, se tiende por lo general a confundir la idea de enseñanza con la de la instrucción escolar. No hay suficiente interés por la educación que se recibe en el hogar, que tiene una enorme importancia, ni tampoco por la influencia, también grande, que el medio pre-escolar tiene sobre el niño.

En segundo lugar, se tiene un concepto limitado de las capacidades humanas. Se piensa casi exclusivamente en las facultades intelectuales y se deja de lado otras aptitudes tan importantes como ellas (técnicas, artísticas, sociales, como la capacidad de llevarse bien con el prójimo) y físicas. Por último, la valuación de las vocaciones se basa en esta equivocada concepción de los talentos del hombre. Es lamentable que no se aprecien en su justo valor la importancia y el papel que las diversas profesiones desempeñan en el conjunto de la sociedad.

Los dirigentes de la enseñanza en el Japón están tratando de crear ahora una educación realmente digna del nombre de tal y que se dispense teniendo en cuenta, como ya hemos dicho repetidamente, la personalidad, las aptitudes y las capacidades de cada estudiante.

DEL CRISANTEMO A LA CALCULADORA ELECTRONICA

El Japón ha llegado al cuarto lugar en el mundo en cuanto se refiere a producción de energía eléctrica. La foto muestra parte de una turbina gigante que puede llegar a producir 100.000 kilovatios de energía. Les turbinas japonesas funcionan en muchas partes del mundo: se las ha instalado en la central hidroeléctrica más grande del Asia, la de la represa de Bhakra en la India; en la central de la planta de Dez en el Irán, y en los Estados Unidos de América.

El Japón marcha a la cabeza del mundo por lo que respecta a construcciones navales, ocupa el segundo puesto en fabricación de automóviles y aparatos electrónicos y el tercero en la producción de acero. Es también el principal exportador de tejidos y máquinas textiles y fabrica el 20 por ciento de las fibras utilizadas en el mundo con ese fin. Y los 12 millones de toneladas que recogen sus pesquerías lo ponen mundialmente en un lugar importante por lo que respecta a esta industria.

Y sin embargo sólo el 18 por ciento de sus tierras son laborables, y contienen muy pocos recursos minerales: vale decir, que les falta la base sobre la que se levantan la mayor parte de los países industrializados.

¿Cuáles son entonces las causas del asombroso desarrollo del Japón moderno? Hay muchas causas, y la principal es la industriosidad e inteligencia de sus pobladores: pero tanta importancia como ella tiene la habilidad con que llegan a ponerse a la par de las culturas extranjeras sin perder su identidad como pueblo, su característica originalidad.

Al iniciar el Emperador Meiji su reforma y abrir las puertas al occidente, el rasgo de la cultura de éste que los japoneses adoptaron con mayor ahinco fue su ciencia, y con ella su técnica. La destreza y la imaginación con que se sirvieron de ambas les permitió hacer de su país,

Este artículo se basa en información tomada de «Science Policy and Organization of Research In Japan» (Unesco, 1967) de la serie «Science Policy Studies and Documents»; de «Society, Science and Technology in Japan» volumen IX-2 del "Journal of World History", publicación trimestral de la Comisión internacional para una historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad en las Editions de la Baconnière, Neuchâtel, Suiza, y de «Historical Development of Science and Technology in Japan» editado por Tuge Hideomi y publicado este año por la Kokusai Bunka Shinkokai (Sociedad Cultural del Japón).

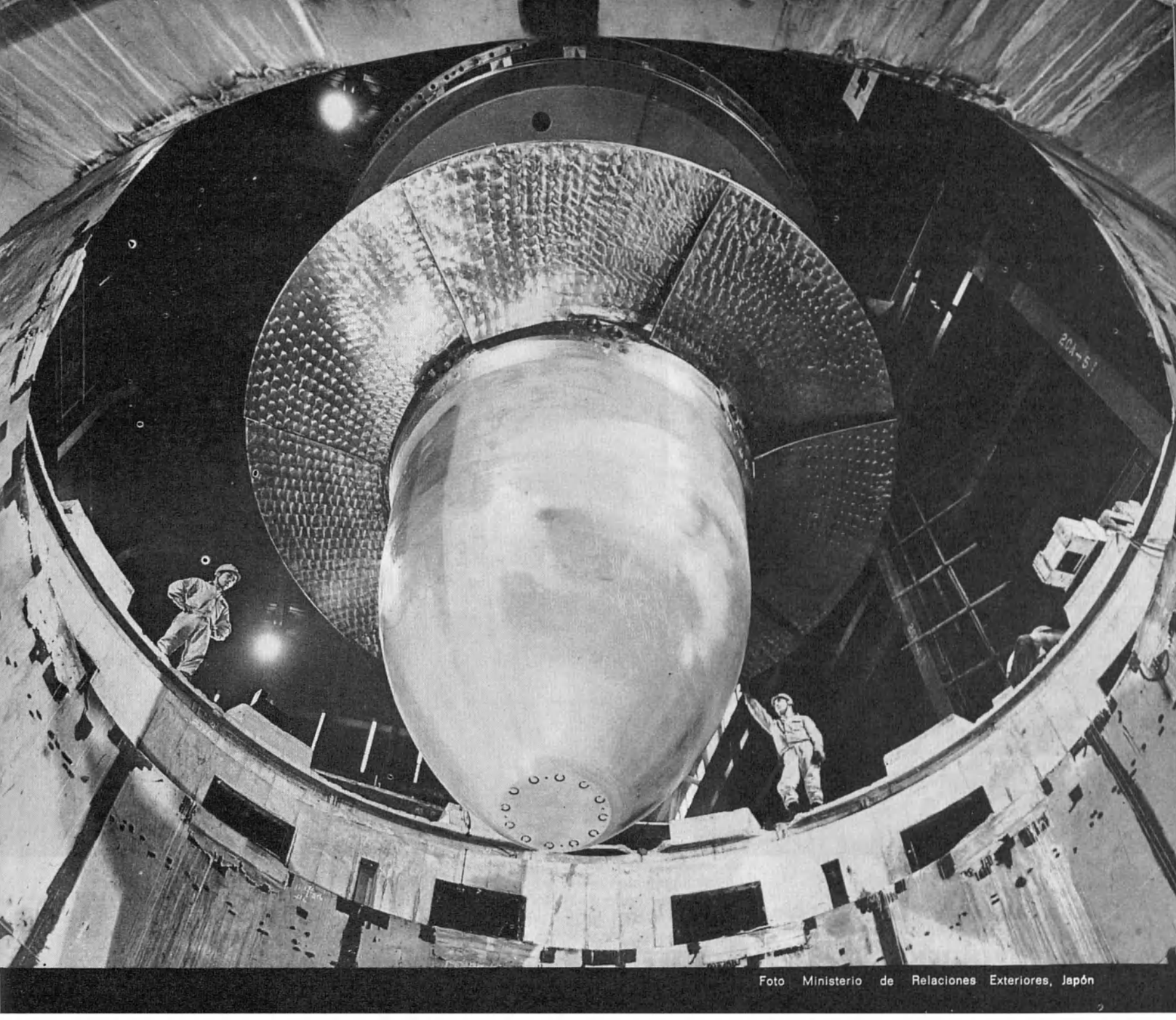


Foto Ministerio de Relaciones Exteriores, Japón

en sólo treinta años, la primera nación industrial de Asia.

Pese al aislamiento en que el gobierno feudal había mantenido deliberadamente a su imperio insular, la ciencia occidental había penetrado en el país en 1823, al abrir en Nagasaki una escuela de medicina y de botánica Ph. Fr. von Siebold, médico alemán al servicio de los holandeses, que eran los únicos autorizados a mantener contacto con el Japón.

Seis años más tarde se expulsaba del país a von Siebold por tener un mapa del país, cosa que entonces constituía un delito gravísimo para un extranjero. Pero ya estaba plantada la simiente, y Takano Choei, uno de los alumnos del médico, adquirió gran erudición en las ciencias occidentales y pudo propagar los nuevos conocimientos científicos con sus traducciones de los tratados europeos.

Al finalizar el régimen feudal (1853) se creó un instituto de estudios de ciencias «extranjeras» en que se enseñaba astronomía, geología, física, matemáticas y química, además de las lenguas occidentales. También se empezó a dar clases de ciencia en las academias militares y comenzó a funcionar la industria en forma de altos hornos, de hornos de reverbero y de hilanderías y fábricas siderúrgicas.

Los reformadores de la era Meiji, hombres de gran imaginación, consideraron, al acceder al poder en 1867, que la ciencia y la técnica iban a fortificar y dar nuevo impulso a su país «por la búsqueda del conocimiento en el mundo entero»; pero no se limitaron a importar libros sino que también trajeron al país para dirigir muchas empresas ingenieros del mundo occidental, a quienes atraían con sueldos muy altos (hasta 2.000 dólares mensuales) y con el desafío que representaba para ellos transformar un país medieval en país moderno.

Aunque hubo seis ministerios dedicados al fomento de la ciencia y la técnica, en los primeros años de la reforma el más importante fue el de Tecnología, gracias a cuyos oficios se instalaron ferrocarriles y servicios telegráficos, se construyeron faros y se dirigió la gestión de las minas y fábricas del Estado, promoviéndose igualmente la formación de ingenieros japoneses gracias a que el Ministerio se había encargado de la administración de la escuela de Tecnología fundada en 1871 y unida más tarde a la Universidad Imperial de Tokío.

La Universidad Imperial fue la primera del Japón en el sentido exacto del término, ya que allí no sólo se enseñaba sino que se hacían estudios e investigaciones especiales. Fundada en 1877, se transformó en el centro principal para la formación de científicos e ingenieros, predominando en un principio entre su cuerpo docente los profesores extranjeros (12 de los 15 que tenían cátedras de ciencias).

El estudio de varias disciplinas se hizo bajo la influencia de diversos países: Estados Unidos y Gran Bretaña en matemáticas, física y química; Alemania en medicina, y los tres, en

SIGUE A LA VUELTA

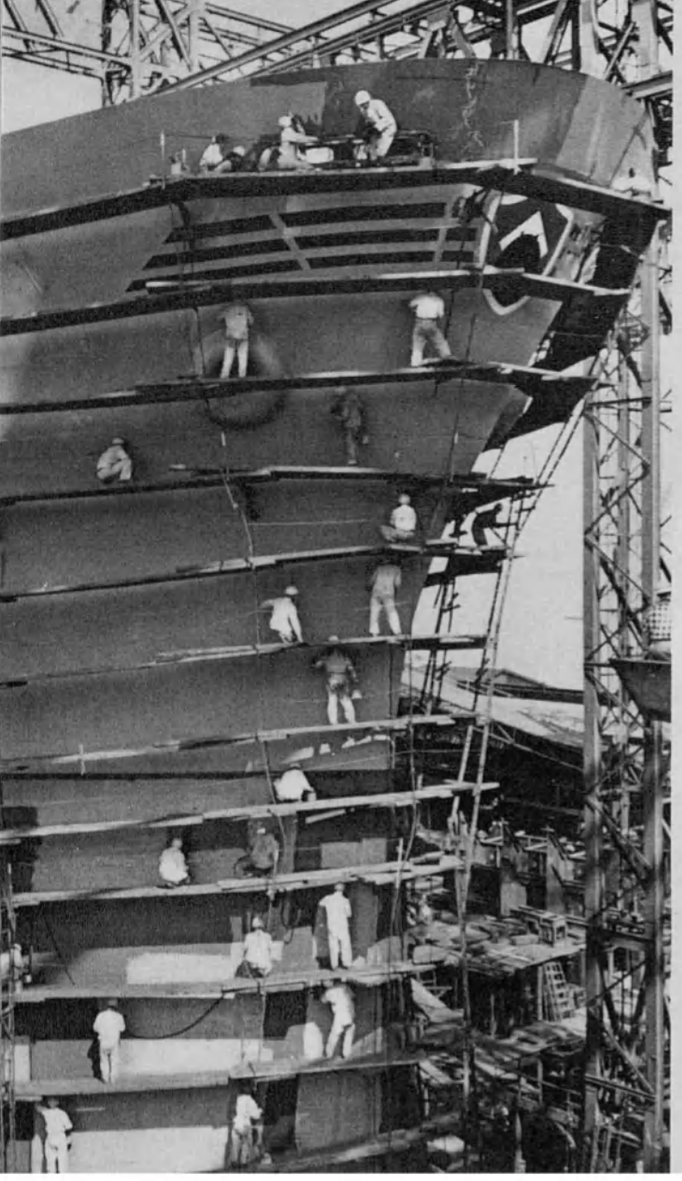


Foto Embajada del Japón en París

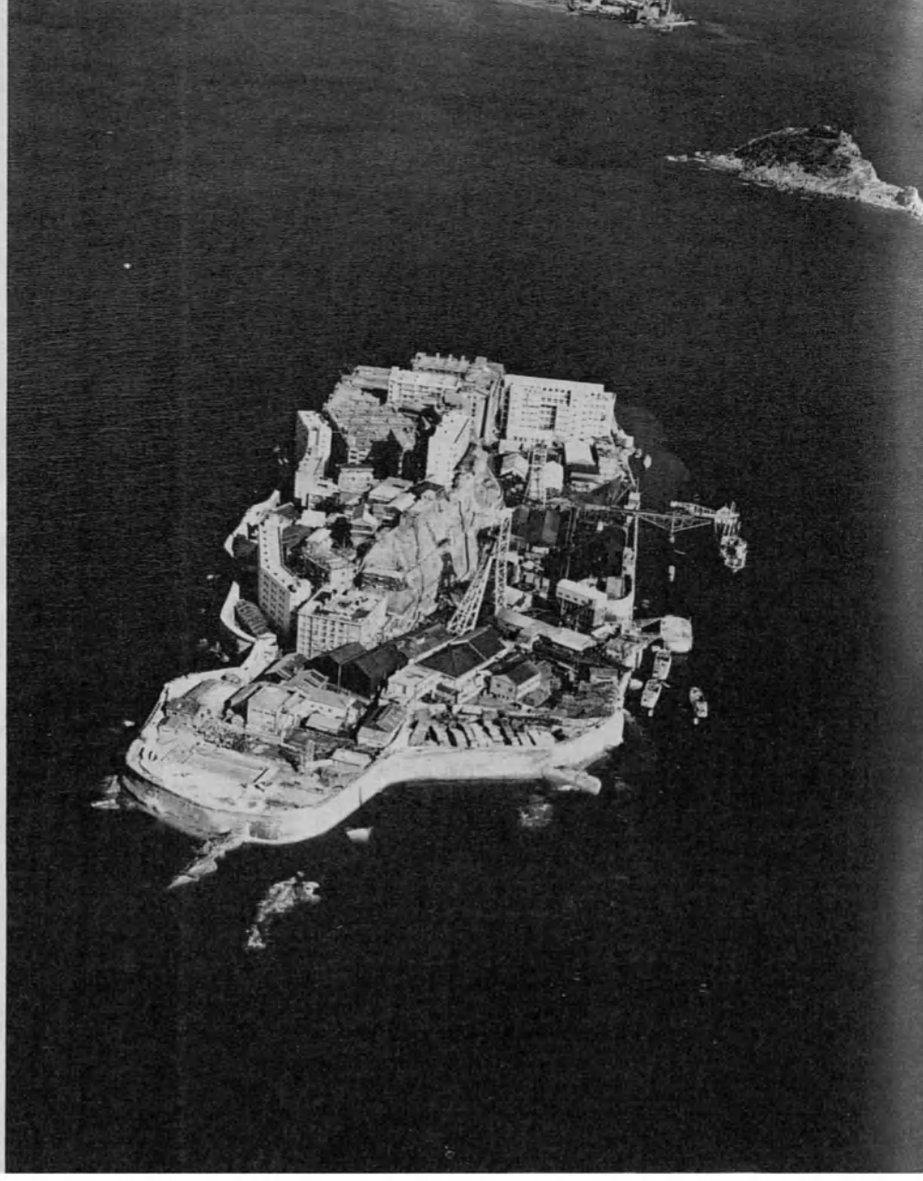


Foto © Holmes-Lebel, París

DEL CRISANTEMO A LA CALCULADORA *(cont.)*

La revolución de los transistores

términos casi iguales, en agricultura, biología, geología y mineralogía.

Al mismo tiempo que los expertos del extranjero traían la ciencia al Japón, de éste partían a otras tierras muchos estudiantes a quienes el gobierno quería ver volver como profesores. En 1884, en efecto, los japoneses empezaron a reemplazar a los profesores extranjeros; nueve años más tarde, la enseñanza de la ciencia había quedado completamente en sus manos.

Desde que el gobierno Meiji impusiera la modernización de la industria, ésta tuvo un papel importante en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, especialmente de esta última. Gracias a los institutos nacionales de investigación que funcionaban dentro de cada uno de los ministerios, se estimuló, fomentó y sistematizó tanto la investigación como la expansión, especialmente en cuanto se refiere a mejorar las técnicas industriales.

Entre las realizaciones de esa época cabe citar la creación de un calendario y el levantamiento de planos topográficos establecido por la Dirección de Geografía, cuya creación data de 1871: la fundación, en 1875, del Observatorio Meteorológico de Tokío, que en 1900 contaba 20 estaciones en actividad; la constitución, en 1880, de la Sociedad Japonesa de Sismología, el primero de los organismos de su clase creado en el mundo, y por último, diversas investigaciones en el terreno de la física y en el de la biologia.

Fue importante la contribución aportada a esta última por Edward Sylvester Morse. Al llegar de los Estados Unidos de América en 1887 éste descubrió que los principios de la evolución, enunciados por Charles Darwin veinte años antes, no se conocían aún en el Japón. Morse los expuso en sus cursos y conferencias y los científicos se encargaron luego de difundir la idea.

Al comenzar la última década del siglo, más o menos por la época en que los profesores japoneses empezaban a reemplazar a los europeos dentro de la estructura académica de las universidades, los científicos japoneses empezaron a mostrar de lo que eran capaces. El primero de ellos fue Takamine Jokichi, que descubrió e hizo la síntesis de la adrenalina en 1900 y de una enzima llamada «takadiastasa» en 1909. Un año después otro químico, Susuki Umetaro, descubrió la vitamina B, y antes, en 1903, Nagoka Nantaro había dado ya el primer paso en el terreno de la física nuclear al publicar su « Teoría sobre la estructura atómica». El Instituto de Estudios sobre Enfermedades Infecciosas, fundado en 1892 por Kitazato Shibasaburo, estaba considerado ya como uno de los tres centros principales de investigaciones del mundo. Aun en plena lucha por alcanzar el nivel de la ciencia occidental, los japoneses empezaban a recoger el fruto de su perseverancia y determinación intelectual.

A fines del siglo XIX el Japón se había puesto gradualmente a la par de las potencias industriales del Occidente gracias a los progresos que lograra en la industria textil, en las construcciones navales y en la fabricación de máquinas, en la siderurgia, en la explotación de minas de carbón y la producción de energía eléctrica.

Durante la primera guerra mundial el Japón desarrolló su industria para

Los soldadores y pintores japoneses que trabajan en el casco de un enorme carguero en construcción (foto extrema derecha) constituyen una sorprendente teoría de figuras. Un buque gigantesco como éste quedará tamañito junto a los petroleros monstruo de 500.000 toneladas que el Japón ha resuelto construir para 1970. La posición del país, que va a la cabeza de los constructores navales del mundo y es actualmente una gran potencia industrial, se ha logrado pese a su pobreza en minerales. Cada metro de terreno se explota a fondo, como lo muestra la foto de la pequeña isla de Hajima, frente a la costa de Nagasaki (izquierda) isla cuyos yacimientos submarinos de carbón se explotan en medio de los edificios de muchos pisos, los riscos y las grúas y pozos de ventilación que parecen propios de un mecano infantil.

responder a la demanda de los mercados orientales, a los que los beligerantes no satisficieron como lo habían hecho hasta entonces. En 1919, la fábrica había aventajado al cultivo de la tierra como actividad económica y el centro de gravedad había cambiado, pasando a la industria pesada y las industrias químicas.

La primera guerra mundial tuvo un efecto profundo sobre la ciencia en el Japón, que hasta 1914 había seguido los pasos del Occidente pero que luego, obligada por la dislocación de las relaciones internacionales, tuvo que seguir su propio curso. Durante el conflicto e inmediatamente después de terminado éste se crearon institutos de investigación que permitieron poner la ciencia al servicio de la técnica y la industria y hacer de ella una pujante fuerza de progreso.

Las conquistas científicas de la posguerra fueron numerosas: en el dominio de la física, los estudios sobre metales —especialmente los nuevos tipos de acero— ayudaron a la industria japonesa, mientras que la física nuclear progresaba rápidamente con la publicación de la «Teoría de los mesotrones» de Yukawa Hideki en 1934, trabajo que le valió al Japón su primer Premio Nobel. (El segundo se otorgó en 1965 a otro físico, Tomonaga Shinichiro). El Japón siguió estando en la vanguardia de los estudios sismológicos; en biología, Fujii Kenjiro hizo trabajos de primer orden sobre los cromosomas; en medicina se adelantó mucho en el estudio del cáncer, lográndose producirlo artificialmente en 1915; y las diligentes investigaciones efectuadas en la esfera de la química y en la de la agricultura influyeron directamente en el adelanto de la industria y en la producción de alimentos.

Todo este empuje había de detenerse en las décadas siguientes, dedicadas a la militarización, que había de llevar el país a la derrota en la segunda guerra mundial. Y aún varios años después de terminada ésta, las actividades de investigación técnica y científica en el Japón quedaron virtualmente suspendidas. Las fuerzas de ocupación norteamericanas prohibieron todo estudio sobre energía atómica, sobre armamentos y aeronáutica y desmantelaron el ciclotrón japonés.

En 1951 se firmó el tratado de paz y en 1954 recomenzó la investigación nuclear. En 1956 se creó la Organización de Ciencia y Tecnología para coordinar actividades en esos terrenos, y también ese año se designó la Comisión de Energía Atómica del Japón.

La prosperidad de éste había comenzado alrededor de 1955, y tanto el gobierno como las compañías privadas, conscientes del papel que la ciencia y la técnica tienen actualmente dentro de una economía que surge o resurge, abrieron nuevas universidades, facultades y centros de investigación. Para orientar la aeronáutica, los estudios espaciales y, desde luego, los de energía nuclear, se crearon organismos como el Consejo de Ciencia y Tecnología, cuerpo consultivo encargado de aconsejar al Primer Ministro en materia de política científica.

Por esa época el Japón se inspiraba de manera manifiesta en las técnicas de los países extranjeros, pero la industria hizo un esfuerzo, que continúa aún, por corregir ese estado de cosas costeando los estudios e investigaciones de carácter científico y técnico que se llevaban a cabo en las universidades y creando y desarrollando sus propios institutos de investigación. El número de estudiantes de ciencia y de cuestiones técnicas se ha doblado en diez años, entre 1954 y 1964 (como lo ha hecho asimismo en las otras disciplinas) pero es necesario que aumente más todavía, y se tiene la intención de lograr que se inscriban 170.000 más.

Es posible que esta escasez de estudiantes en una y otra disciplina se deba a los sueldos relativamente modestos de científicos e ingenieros, sobre todo al comienzo de su carrera, y a que los sueldos se fijen de acuerdo a la jerarquía y la antigüedad en vez de reconocerse con ellos a los talentos excepcionales. La industria ha adoptado hace poco un nuevo estatuto del personal con el cual se quiere estimular la competencia excepcional y el espíritu creador, y se ha recomendado la introducción de mejoras en los institutos oficiales, en los que las condiciones de empleo son menos satisfactorias que en la industria.

De todas maneras, el Japón ha llegado clasificarse entre los seis países más adelantados del mundo en el plano técnico. La clave de tan fenomenal adelanto está en la industria electrónica, cuya producción sobrepasa únicamente la de los Estados Unidos de América. En 1966, la producción japonesa fue de un valor de tres mil millones de dólares, treinta por ciento de los cuales provinieron de la exportación. Para las telecomunicaciones, las redes de micro-ondas del país ocupan el segundo lugar entre las del mundo y se encargan de todas las transmisiones de televisión y de la mitad de las transmisiones telefónicas.

El producto mejor conocido de la industria electrónica japonesa es la radio de transistores, aparato que se ha popularizado de una manera increíble y que ha creado una verdadera revolución en la costumbre de escuchar radio. Entre los adelantos electrónicos del Japón figura el diodo llamado de Esaki, y el perfeccionamiento de un nuevo aparato llamado el «parametron» que almacena datos y los analiza lógicamente en centrales telefónicas, máquinas teletipos y calculadoras electrónicas.

Estas últimas constituyen el núcleo mismo de la industria electrónica en el Japón, que carece de programas importantes en materia militar o espacial. El Japón utiliza más calculadoras electrónicas que ningún otro país. La primera de ellas se construyó en 1952, y con ayuda del gobierno comenzó en 1966 el programa actual, con la mira de lograr una calculadora perfeccionadísima y de un rendimiento ultra-elevado.

El Japón ha marchado también a la cabeza entre los países que estudian los usos pacíficos de la energía nuclear. En 1967, la Comisión Japonesa de Energía Atómica puso en ejecución un nuevo programa decenal de estudios, desarrollo y utilización de la fuerza nuclear, dedicándole un presupuesto de mil doscientos millones de dólares (450 mil millones de yen). El blanco a que se quiere llegar para 1975 en las centrales nucleares es de 6.000 megavatios ; diez años más tarde se aspira a producir entre 30.000 y 40.000.

En 1967, igualmente, comenzó la construcción del primer barco japonés movido a propulsión nuclear: un navío de 8.300 toneladas que se hará a la mar en 1969.

Para mantener el vigor de la economía japonesa se formuló en 1965 un plan que comprende diversas medidas de orden científico; asociación de los progresos de la ciencia y de la técnica al desarrollo económico del país; mejoramiento de las calificaciones de científicos e ingenieros, aumento de los estudios sobre bienestar social, elevación del nivel técnico en la agricultura, las pesquerías, la silvicultura y en las empresas de proporciones menores; ayuda y estímulo a la investigación reduciendo el pago de impuestos a quienes la llevan a cabo y mejoramiento de las condiciones prácticas y el ambiente en que se lleven a cabo todos esos estudios de orden técnico y científico.

Este mejoramiento no es una simple frase. Para 1975 estará terminada al norte de Tokío una «Ciudad de la ciencia» en la que residirán 52.000 científicos e ingenieros distribuidos para el trabajo en 40 laboratorios donde seguirán aportando nuevas mejoras al transformado mundo en que vivimos.

APORTE DEL JAPON A LAS LITERATURAS Y ARTES OCCIDENTALES

por Earl Miner

De la misma manera que dentro de la literatura de un país se da un fecundo juego recíproco de tradición y cambio, también es fructuoso el encuentro entre el genio artístico de una nación y el de otra, aunque éste sea un genio difícil y por lo general mal comprendido.

Entre las naciones, el Japón es a un tiempo inusitadamente creador e inusitadamente susceptible a las modas y prácticas venidas del extranjero. Igualmente se ha mostrado muy eficaz en lo que respecta a la exportación de ciertos rasgos característicos de su cultura. Y lo que es más, cabe decir con toda precisión que el efecto dominante del Japón sobre los otros pueblos se ha registrado en el terreno artistico.

Si se conoce mal el Japón en el extranjero en todo lo que atañe al derecho, a la filosofía, a la lingüística, a la retórica, a la teoría de las relaciones sociales y a tantos otros aspectos de su cultura, ello no sucede porque los japoneses carezcan de talento para estas disciplinas, sino porque en los otros países se ha tenido más necesidad de las formas artísticas que el Japón ha sabido dar a su propia comprensión de la experiencia humana.

La mezcla de entusiasmo y duda frente al Japón no es cosa nueva. Al llegar allí en 1549, San Francisco Xavier decía: «Esta gente es un deleite para el corazón». En 1577 otro misionero jesuita afirmó que «dejando la religión de lado, los europeos son bárbaros si se los compara con los japoneses». En 1688 otro viajero exclamaba que el Japón «sobrepasa en belleza y magnificencia toda la gloria del Vaticano actual y la del Partenón de todos los tiempos». Pero se consideraba al país mismo como símbolo de lo remoto, lo cruel y lo «impenetrable».

Hacia 1856 el aislamiento voluntario que el Japón se había impuesto era una fuente de irritación para potencias como Inglaterra, los Estados Unidos de América, Francia y Rusia, y había un sentimiento general de que hasta que la nación abriera nuevamente sus puertas al mundo poco se podía hacer o decir. Pero precisamente en ese mismo año, según una leyenda cara a los franceses, Félix Bracquemond descubría un volumen que contenía los grabados en madera de Hokusai y que pronto se convirtió en su «breviario». Por estar el interés cultural del Occidente por el Japón dominado o caracterizado durante más de medio siglo por los términos en que se expresaban al respecto los escritores y artistas de Francia vamos a diferir el examen de la cuestión para pasar en primer lugar al de las reacciones de los dos países que tomaron una parte más activa en la reapertura del Japón al mundo: Estados Unidos e Inglaterra.

A simple vista puede parecer extraño que ambos países hayan sacado menor partido artistico de su contacto directo con el Japón que Francia, que veía las cosas de más lejos; pero el hecho es que Francia se encontraba en vísperas de un renacimiento artístico importante, y en casos así la influencia mayor viene siempre de las tierras envueltas en las brumas de la distancia.

En vez de buscar inspiración de orden estético en el Japón, los Estados Unidos se lanzaron a esa relación apasionada y ambivalente con el país de la que «Madame Butterfly» es un ejemplo elocuente si se la compara con el frío exotismo de un Pierre Loti. Inglaterra, por su parte, mostraba ese entusiasmo contenido tan característico en ella que encontró su expresión más elevada en la obra de eruditos tan destacados como B. H. Chamberlain, el escocés James Murdoch, W. G. Aston y varios más.

Ellos y sus sucesores se apoyaron en las sólidas bases establecidas por los escritores jesuitas, por los historiadores alemanes del siglo XVII —como el ponderable Engelbert Kaempfer— y por los historiadores holandeses, que dominaron en el siglo XVIII. El interés de los eruditos por el Japón, interés que, como ocurre con frecuencia, llevó a una serie de traducciones de las mejores obras literarias, ha desempeñado siempre un papel importante en el sentido de moderar la fantasía de muchos escritores inspirados por aquél. En casi todos los países de Europa y de América hay actualmente especialistas que siguen las huellas de los españoles, alemanes, holandeses e ingleses en su descubrimiento del Japón.

En el siglo XIX, Clío, severa musa de la historia, no tenía en los Estados Unidos de América la acogida entusiasta de Calíope o Polimnia, musas de la poesía lírica y de la poesía heroica. El entusiasmo despertado en éstas por el Japón empezó con la noticia del éxito obtenido por la misión del Comodoro Matthew Perry en 1853. Siete años más tarde, al recorrer varias ciudades norteamericanas una misión japonesa que fue a los Estados Unidos a ratificar el tratado de Perry, el entusiasmo no tuvo límites. El 26 de junio el «New York Times» hablaba de «la magnificencia sin par del espectáculo». Al día siguiente publicaba un poema de Walt Whitman, «The Errand Bearers» (Los portadores del recado).

En el poema eran «príncipes que nos daban una lección» y traían consigo al Oriente, «nido de todas las lenguas, fuente de toda poesía, raza del fondo de las edades». Gran parte de esto se deriva del filo-orientalismo de los trascendentalistas norteamericanos, pero Whitman había visto japoneses de carne y hueso y los llamaba «enviados del Paraíso». Tal entusiasmo se vio al mismo tiempo recalcado y ofuscado por un velo de exotismo, particularmente en el caso de Lafcadio Hearn. En parte por los títulos de sus obras y en parte por el ritmo como de oleaje lento que caracteriza su prosa muchos creyeron encontrar en sus cuentos la evocación de la vida en un paraíso lejano.

El mismo Hearn trataba de conciliar el budismo con la filosofía evolucionista de Herbert Spencer; y si eso era

SIGUE EN LA PAG 30

EARL MINER, *Profesor de Literatura de Habla Inglesa en la Universidad de California, se ha ocupado frecuentemente, en ensayos y conferencias, de la literatura japonesa y de su influencia en el Occidente, traduciendo varias obras, especialmente poéticas, y es coautor, con su colega Robert Brower, de «Japanese Court Poetry» publicada en 1962 por la Stanford University Press. Otra obra importante del Profesor Miner es «Japanese Tradition in British and American Literature» (Princeton University Press, 1951). En 1961, dentro del sistema de intercambios y becas de Fulbright, se trasladó a Osaka y Kyoto a dar sendos cursos universitarios.*

La Restauración Meiji, tan fecunda para el Japón, no lo ha sido menos para el Occidente. Por la puerta abierta a éste los occidentales pudieron descubrir a su vez los valores particulares de la cultura japonesa, particularmente en el dominio de las artes y las letras. A la luz de esta interpenetración, continua desde hace un siglo, cobran todo su sentido las manifestaciones organizadas por la Unesco para conmemorar la Restauración Meiji; una Mesa Redonda internacional dedicada a las relaciones entre el arte japonés y el arte occidental; una exposición en el Museo Nacional de Arte Moderno en Tokío; la publicación ulterior de un álbum de arte; la realización de un estudio sobre las traducciones de obras occidentales al japonés a la que ha de dedicarse el Centro de Estudios Culturales para el Asia Oriental patrocinado por la Unesco. El artículo que publicamos a continuación es un extracto del ensayo presentado por el profesor norteamericano Earl Miner a las reuniones de la Mesa Redonda, celebrada a fines de setiembre en Kyoto y Tokío, ensayo que el autor titula «La influencia del Japón sobre las literaturas occidentales».

Foto © L. Frederic-Rapho

Esta talla en madera, obra de Kosho, escultor del siglo XIII, representa a Kuya Shonin, famoso monje errante del siglo X a quien se llamaba «santo de los mercados» porque tenia la costumbre de meterse entre la muchedumbre para enseñar a las gentes la sabiduría de Nembutsu (llamado también Amida en el Japón) que era el «Buda de la luz sin limites». Según la leyenda que el escultor traduce plásticamente, los seis caracteres de la invocación sagrada salían de su boca en forma de otros tantos budas.

"Lingua franca" del impresionismo

La pintura y la estampa japonesa (grabado en madera impreso en colores) tuvieron gran influencia sobre la evolución del estilo de la pintura occidental en los treinta últimos años del siglo pasado. Vincent Van Gogh (1853-1890) fue uno de los que estudió más minuciosamente el ajuste, la composición y el colorido de las estampas japonesas y de los que pintó inspirado en el estilo de maestros como Hiroshige y Eisen, compenetrándose de los valores poéticos que dominan la interpretación del paisaje en uno y otro caso. Estos valores aparecen igualmente en varias de las obras que Van Gogh pintó hacia el final de su vida (véase también la página 36 y el pie de foto de la 34). Aquí vemos un cuadro que el gran artista holandés pintó en 1887: «Le père Tanguy» (actualmente en el Museo Rodin en París), sorprendente síntesis de una visión a la vez occidental (el modelo) y oriental (el fondo). Este «père Tanguy», comerciante de artículos de pintura, era una coleccionista de cosas japonesas muy conocido en París. Van Gogh lo representa delante de unas obras de Eisen y de Kunisada, maestros japoneses de principios del siglo XIX.

Foto © Giraudon

el paraíso, el escritor se cansó pronto de él. Pero de todos modos era lo suficientemente americano como para seguir siendo leal a lo que ya no le gustaba (aquí el contraste con Loti es sorprendente). Lo que en Lafcadio Hearn no parecía ser más que simple exotismo ocultaba en realidad un relativismo cultural y una preocupación estética en la que ya tenía profundas raíces la planta artística que lo nutría: el impresionismo.

Un movimiento tan profundamente significativo como éste para la historia del arte, y también tan universalmente difundido, no puede ser sino múltiple en sus causas, manifestaciones y efectos. Pero nadie ha negado que su expresión fuera esencialmente francesa ni que el modo característico de esa expresión estuviera en la pintura. Si Hearn pudo llevar al Japón el pensamiento y el estilo literario del impresionismo fue, en no pequeña medida, porque el Japón constituía una parte significativa de éste.

En la última mitad del siglo pasado el furor que hacía en Francia todo lo chino se vio reemplazado por el japonesismo, adoptado de 1865 a 1895 por los escritores y pintores de mayor renombre. Entre sus campeones literarios se contaban los Goncourt, Clemenceau, Montesquiou, Huysmans y Renan, mientras que Manet, Monet, Duret, Gauguin, Toulouse-Lautrec, y junto con ellos Van Gogh, Whistler y Mary Cassatt hicieron del japonesismo el código artístico más alto y más rico en enseñanzas para el arte contemporáneo. Mientras Duret insistía en que «los japoneses son los primeros impresionistas y los mejores», Van Gogh decía que el arte japonés es «la verdadera religión».

Hoy en día nos inclinamos a considerar que en la formación del impresionismo pesaron otros elementos fuera del exotismo, el naturalismo y esteticismo tan estrechamente mezclados en la admiración por lo japonés. Por eso parece todavía más extraordinario que los mismos impresionistas y simbolistas atribuyeran un papel tan excluyente en su movimiento al Japón y a su arte. Jules de Goncourt resume bien la actitud en una frase célebre: «¿No son la busca de la realidad en literatura, la resurrección del arte dieciochesco y el triunfo del japonesismo los tres grandes movimientos literarios y artísticos de la segunda mitad del siglo XIX?»

¿Cómo puede expresarse uno en tales términos? Cuando se hace una pregunta semejante, la mejor respuesta es la más sencilla. Los pintores franceses descubrieron en el arte japonés una sensibilidad, un sentido de la composición y del color que para ellos tenía una elocuencia sin par. También para los escritores todo lo japonés parecía hermoso, nuevo, real, y era un modelo revelador para sus propias obras.

La estampa japonesa iluminada se convirtió en emblema del japonesismo y en **lingua franca** del impresionismo, esto último en más de un sentido. Mientras había tantos aspectos de la cultura japonesa que seguían siendo impenetrables para los occidentales a causa de la barrera del idioma, la estampa en colores (mirada entonces con marcado desdén por los japoneses cultos) no exigía un diccionario para desentrañar su sentido, y su elocuencia podía prescindir de la glosa. A Manet podía enseñarle el color y a Zola mostrarle un trozo de vida de un naturalismo inusitado.

Ciertos rasgos del japonesismo adaptado por los impresionistas han seguido dominando las reacciones del mundo artístico con respecto al Japón. La primera es la de considerar —como cuestión de principio— que todo lo que nos viene del Japón, sea de la época que sea, tiene un carácter contemporáneo para nosotros. Los imagineros japoneses como Hokusai y Hiroshige les llevaban solamente una generación o cosa así a los pintores del impresionismo, pero con frecuencia uno encuentra escritores que vinieron después que éstos y que hablan de Matsuo Bashô (1644-94), Motokiyo Zeami (1363-1444) y hasta de Kakinomoto Hitomaro (cuyo arte floreció entre el 680 y el 700) como si fueran contemporáneos suyos.

Sean cuales sean las consecuencias que una actitud semejante puede tener sobre la objetividad de un historiador, ella implica una serie de convicciones bien elocuentes por cierto. Gracias a los impresionistas el Japón significó mucho para todas las corrientes creadores de la civilización europea de su época, y gracias al arte japonés, varió y se enriqueció la técnica pictórica europea.

En el siglo transcurrido desde la Restauración Meiji estos dos aspectos han dominado la mayor parte de las tentativas artísticas importantes inspiradas por el Japón.

Europa debe también a Francia el primer descubrimiento popular de la poesía japonesa. Como ocurriera también en otros países, en Francia se había producido cierto número de execrables «pastiches» de esa literatura oriental, y se lo seguiría produciendo todavía durante un tiempo. Pero luego de la publicación de la «Antología de la literatura japonesa» de Marcel Revon, el mero exotismo dejó de ser intelectualmente respetable. En Francia, había nacido recientemente la boga de los haikai (1). En la primera guerra

(1) Los términos haikai, hokku y haiku se usan indistintamente tanto en el Japón como en los países occidentales. En puridad de verdad los «haikai» son secuencias perfectamente integradas o versos aislados que podrían integrarse a un todo. Este significado prevaleció hasta los comienzos de la era Meiji. Los hokku, por su parte, son los primeros versos de la secuencia completa, y haiki es un término que no llegó a ser de uso corriente hasta después de comenzado el período Meiji y que designa una disposición de versos de 5, 7 y 5 sílabas. Haiku es actualmente la palabra con la que se designa cualquiera de las tres formas. Resulta curioso constatar que a principios del siglo el término empleado por los franceses era haikai, mientras que los ingleses se habían suscrito a hokku y los norteamericanos a haiku.

SIGUE EN LA PAG 34

YASUNARI KAWABATA

YUKIO MISHIMA

JUNJI KINOSHITA

KOBO ABE

JUNICHIRO TANIZAKI

SHOHEI OOKA

KAFU NAGAI

OGAI MORI

YASUSHI INOUE

Grandes escritores actuales

Ofrecemos a continuación a nuestros lectores una serie de notas breves sobre nueve autores del Japón moderno de muchos de los cuales se han traducido cuentos y novelas al inglés y al francés (véase en la página 74 la lista parcial de libros publicados dentro de la "Colección Unesco de Obras Representativas").

YASUNARI KAWABATA

Nacido en 1899, Yasunari Kawabata reveló temprano su talento literario en los ensayos y cuentos que escribiera para diarios y revistas mientras estudiaba en la Universidad. Luego de recibirse, fundó una revista literaria y pronto se hizo de nombre como novelista con su obra «La bailarina de Izu». Algunas de sus últimas novelas, como «El vals de la flor», evocan la efímera belleza de las cosas del mundo, y «El país de la nieve», una de las más importantes, cuenta una historia de amor en el ambiente de una aldea en la montaña. Kawabata es asimismo un distinguido crítico literario y, como tal, ha descubierto muchos escritores jóvenes que prometen.

YUKIO MISHIMA

Nacido en 1925, Yukio Mishima había publicado una enorme cantidad de trabajos antes de cumplir 37 años: una docena de novelas, más de 50 volúmenes de cuentos, seis piezas modernas y cierto número de piezas de kabuki y de «Nô» en versión moderna. Aunque sea mejor conocido por su retrato de la juventud japonesa de posguerra, Mishima se ha vuelto repetidamente a la literatura clásica de su país como fuente de inspiración, interés que se refleja principalmente en sus dramas. Entre las traducciones inglesas de sus obras figuran: «Confesiones de una máscara», «Muerte en el verano» y «Girasol en el crepúsculo», y «El templo del pabellón de oro», integra la Colección Unesco de Obras Representativas.

JUNJI KINOSHITA

Uno de los mejores dramaturgos modernos del Japón, Junji Kinoshita tiene un estilo basado en los viejos cuentos folclóricos de su país. For su pieza «La cigüeña nocturna» recibió el Premio Teatral Mainichi en 1949; otra de sus obras, «Viento y ola» se vio distinguida con el primer Premio Teatral Kishida. Junji Kinoshita, que nació en 1914, es también muy conocido como traductor del inglés tanto moderno como clásico, desde Somerset Maugham hasta Shakespeare.

KOBO ABE

Kobo Abé es una figura representativa de un nuevo grupo de novelistas japoneses cuya atención se ha enfocado hacia temas universales. Nacido en 1924, estudió medicina, pero luego de egresar de la Facultad en 1948 decidió seguir una carrera literaria, y el mismo año publicaba su primer libro, «El letrero al cabo de la calle». Novelista, poeta y autor teatral, Kobo Abé ha recibido una serie de premios: el Akutagawa por su novela «El Crimen de S. Karuma» y el Yomiuri por «La mujer de las dunas». En 1963 se hizo una famosa adaptación cinematográfica que contribuyó a difundir mejor esta obra y hacer conocer sus méritos.

JUNICHIRO TANIZAKI

Junichiro Tanizaki nació en Tokio en 1886 y estudió literatura japonesa en la Universidad Imperial de la ciudad.Luego de publicar una pieza en un acto y numerosos cuentos cortos, Tanizaki se hizo conocido como líder de la llamada escuela neorromántica en la literatura moderna japonesa. Sus novelas más importantes son obra posterior a 1923, y la primera en publicarse en inglés fue «Hay quien prefiere las ortigas» (sobre el confiicto entre la atracción que ejercen las innovaciones occidentales y la nostalgia por las costumbres tradicionales del Japón), seguida por «Las hermanas Makioka» (1957), «La llave» (1961), «Siete cuentos japoneses» (1963) y el «Diario de un viejo loco» (1965). En 1949 se otorgó a Tanizaki el Premio Imperial de Literatura por «Las hermanas Makioka». Entre las principales obras literarias de este autor está su traducción maestra de «La historia de Genji » al japonés moderno.

SHOHEI OOKA

Shohei Ooka, autor de varias novelas premiadas, nació en Tokio. Por su «Historia de un prisionero de guerra» basada en sus propias experiencias durante la segunda guerra mundial, se le otorgó el Premio Yokomitsu en 1948, a los 39 años, y dos años más tarde su novela «Fuego en la llanura» recibió el Premio Yomiuri. Ooka, que es una de las autoridades del Japón en cuestiones de literatura francesa, ha traducido a su idioma varias obras de Stendhal.

KAFU NAGAI

Kafu Nagai nació en Tokio en 1879 y murió allí a los 80 años. Sus temas predilectos como escritor fueron las gentes de Tokio y el aspecto y ánimo cambiantes de la capital, cosas que trató con nostalgia y con verdadero afecto. A principios del siglo, después de haber pasado varios años en los Estados Unidos y en Francia, Nagai escribió dos volúmenes de cuentos y escenas cortas que revelan una fuerte influencia de la literatura francesa. Entre las novelas suyas traducidas al inglés se cuentan «El zorro», «El Río Sumida» y «Las dos esposas». Recientemente se publicó en inglés «Un cuento extraño del este del río», obra considerada como la mejor de su período de madurez, junto con fragmentos de sus demás obras y un largo ensayo biográfico con el título de «Kafu the Scribbler».

OGAI MORI

Ogai Mori, que nació en 1862 y murió en 1922, tuvo un papel descollante en el florecimiento de la literatura moderna en el Japón. Su dominio del idioma y su gusto literario le permitieron hacer una serie de notables traducciones de Goethe, Schiller, Ibsen y otros grandes escritores europeos, traducciones que no solamente tuvieron influencia sobre la literatura y el teatro contemporáneos en el Japón sino que también dieron gran ímpetu a la poesía japonesa moderna. Hijo de un médico, Mori fue en 1884 a Alemania a seguir la misma carrera y permaneció cuatro años ausente de su país, lo cual lo hizo el primer escritor japonés que conoció bien Europa. Gracias a ello introdujo el cuento corto en su país y escribió obras de teatro en estilo occidental. Los cuentos históricos, novelas y biografías de los últimos años de su vida se consideran con frecuencia como sus mejores obras.

YASUSHI INOUE

Yasushi Inoué, nacido en 1907, comenzó su carrera literaria como periodista, luego de ganar un premio ofrecido por un grupo de diarios. En 1946 publicó «La corrida de toros», novela que recibió el Premio Akutagawa, y en 1947 escribió «La escopeta de caza», otra novela muy elogiada, que se ha traducido varias veces al inglés. La obra de Inoué se caracteriza por su tono poético; al principio de su carrera se dedicó al verso. En 1951 abandonó su trabajo periodístico y desde entonces ha dedicado todo su tiempo a la literatura, produciendo entre otras cosas una serie de novelas históricas.

Foto © Rapho-Paolo Koch

KABUKI. Esta forma de arte dramático data de fines del siglo XVI. De refinamiento en refinamiento, el espectáculo kabuki ha llegado a una perfección que le gana el entusiasmo de un vasto público, especialmente de jóvenes. La declamación ritmada, la belleza de los trajes, la originalidad de los accesorios, el maquillaje, los bailes de que se acompaña y el acompañamiento de música vocal e instrumental hacen del kabuki un hermoso espectáculo (izquierda) cuyo prestigio se debe más a la interpretación del actor que al texto. El actor kabuki se dedica a su profesión desde la infancia y su misión es la de perpetuar una luenga tradición interpretativa. En 1629 se prohibió a las mujeres salir a escena, y hasta 1889 fueron hombres los que interpretaron los papeles femeninos. El repertorio comprende 300 piezas clásicas y gran número de obras modernas, algunas de las cuales son adaptaciones de dramas y comedias occidentales.

Foto © H. Cartier-Bresson-Magnum

BUNRAKU. Pese a sus remotos orígenes (data del siglo VII) este teatro de títeres no cobró toda su significación artística sino hace tres siglos, al combinar armoniosamente tres elementos dramáticos: el papel de las marionetas-personajes, el del tayu o narrador, y el del tocador de shamisen, especie de guitarra de tres cuerdas. En escena (izquierda) tres manipuladores vestidos de negro y visibles desde la sala (a diferencia de sus colegas occidentales) imprimen con gran virtuosidad todos los movimientos del drama a unas marionetas grandes como un niño de diez años y que pesan de 6 a 20 kilos; cada una de ellas es una obra de arte. En el curso de la historia del bunraku se fue pasando de los temas religiosos a los poemas dramáticos de Shikamatsu, el «Shakespeare» japonés, y por último al drama moderno.

ROSTROS DEL ARTE DRAMATICO

NO. Teatro aristocrático por excelencia, como que fue el único espectáculo autorizado a los samurais, el Nô japonés—la palabra, que significa «realización», es de origen tibetano—tiene orígenes misteriosos. Esta forma teatral, estrechamente vinculada al budismo y su preocupación por la vida espiritual, data de mil años atrás, pero empieza a florecer sobre todo a partir del siglo XIV. Las máscaras que usan los actores, el papel del coro, la estilización de los decorados, todo ello presenta analogías con el teatro griego. Tres tambores y una flauta acompañan la salmodia del texto. Las piezas son de corta duración y tienen por tema la gloria de los dioses, de los guerreros y de los hombres virtuosos. La lengua clásica, mezcla de chino y japonés antiguo, no resulta accesible actualmente sino a un público muy limitado. Para el actor que se ve a la derecha con su máscara la interpretación se apoya en gestos precisos y categóricos.

Foto © Magnum

Un descubrimiento de Ezra Pound

mundial varios poetas franceses compusieron seudo-haikai, y a un concurso organizado por la «Nouvelle Revue Française» llegaron miles de esos poemas en miniatura. Pero el descubrimiento de la poesía japonesa que resultó realmente creador tuvo visos particularmente internacionales, porque quien lo efectuó fue un poeta norteamericano inspirado en Inglaterra por la moda de Francia.

El poeta fue Ezra Pound, que en el número del «Egoist» correspondiente el 1o. de junio de 1914 dijo: « Confío en que el amable lector tenga ya la costumbre de deleitarse con «Whistler y los japoneses». De otro modo es mejor que no siga leyendo mi artículo hasta que se haya brindado a sí mismo varias dosis previas de aprendizaje». A los ojos de Pound, su compatriota exiliado aparecía evidentemente como el agente catalítico de una vasta reacción cultural que abarcaba el Japón, Francia y sus propias inclinaciones poéticas. Whistler, en efecto, no había dejado de predicar el evangelio japonés en Inglaterra desde fines de la séptima década del siglo anterior. Identificarlo con el arte japonés era un lugar común, y años después de romper su amistad con él amigos de otros tiempos, como Swinburne y Oscar Wilde, llegaban a confesar su deuda con él adoptando su terminología francesa y su amor por el Japón al llamar «Nocturnes» o «Etudes» (así, en francés) a algunas de sus composiciones, o escribiendo una «Impression japonaise».

De todas maneras, la expresión de Pound, «Whistler y los japoneses» muestra que la lección de los primeros impresionistas había dado frutos y que para el arte occidental contemporáneo el Japón significaba mucho desde el punto de vista creador. Ezra Pound supo cuánto al tener en sus manos en 1912 los cuadernos de apuntes de Ernest Fenollosa que, durante su larga residencia en el país, había examinado a fondo su arte, interesándose también —aunque algo menos— por su lengua y su literatura. La tesis de Fenollosa (una tesis errónea por lo demás) de que los caracteres de la escritura china eran de naturaleza ideográfica fascinó a Pound, así como sus traducciones de algunos «nô» que había logrado transcribir con ayuda de expertos japoneses. (No se sabe bien si Ezra Pound obtuvo su conocimiento del hokku de Fenollosa o de algún otro escritor).

Esta literatura decía más a los escritores de la época que la tradicional en Europa. Como afirmara entonces William Butler Yeats: «Los que crearon las fórmulas y reglas del «nô» estaban más cerca de nosotros que Shakespeare y Corneille. Una sensibilidad egocéntrica y reminiscente, que se asocia siempre a imágenes pictóricas y poéticas, caracteriza el mundo de los primeros».

La segunda lección impresionista —la importancia que el Japón tenía en su arte desde el punto de vista de la técnica— fue la que Pound no tardó en poner en práctica y también en enseñar, por así decirlo, bajo la triple rúbrica del «hokku», del ideograma y del «nô». En un célebre artículo que escribiera sobre el «vorticism» (prolongación que el imaginismo tuvo en él) y que se publicó en la revista **Fortnightly** el 1o. de septiembre de 1914, Pound cuenta cómo una escena que viera en el tren subterráneo de París tres años antes le había inspirado un poema de treinta versos que en seis meses redujo a la mitad para no dejar de él, pasados otros seis meses, más que esta «frase en forma de hokku».

«La aparición de esos rostros en la multitud: pétalos en una rama húmeda y negra».

Citando la traducción de un «hokku» Pound seguía diciendo que: «El poema reducido a una sola imagen es una forma de superposición, o sea una idea puesta encima de otra». Los «hokku» son muy breves. Podrían servir de modelo a poemas cortos, o a ciertos pasajes de un poema, pero ¿qué interés pueden presentar en ese sentido cuando el bardo se propone algo de mayor aliento? Como dijera Pound en ese artículo de **Fortnightly**:

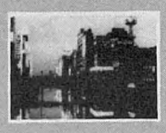
«Se me pregunta con frecuencia si es posible escribir un poema imaginista o «vorticista» que sea largo. Los japoneses, que crearon el « hokku» han creado también el «nô» como fórmula teatral. En los mejores «nô» la obra entera puede entrar en una imagen. Quiero decir que se organiza en torno a una imagen. Su unidad está en esa imagen, reforzada por el movimiento y la música. No tengo nada en contra de la idea de un largo poema vorticista».

Pound llamó luego a esta técnica «unidad de la imagen» y Yeats se refirió igualmente al hablar del «nô» a «un juego sobre una metáfora única». Esta preocupación por la unidad en la técnica y en la sensibilidad —preocupación que ocupa un lugar tan destacado en la obra crítica de Ezra Pound, de William Butler Yeats y de T. S. Eliot, estaba dictada evidentemente por la conciencia que tenían de un desgarramiento debido a la falta de unidad, o sea a la «disociación», típica de la experiencia contemporánea.

Para Ezra Pound los artificios unificadores constituían una necesidad impuesta por la forma de expresión elegida en un poema que soslaya la línea narrativa directa. En los «Cantos» de Pound no hay una sola imagen unificadora ni tampoco una «unidad de imagen». Pero hay imágenes que reaparecen como las de la montaña, la luz, el viaje y el visitante celestial. Es casi inevitable que en el curso de un poema largo reaparezcan ciertas imágenes; pero Pound extrae conscientemente la esencia de una imagen dada (la mon-

SIGUE EN LA PAG 43

Páginas en colores



OSAKA (pág. 35)

Osaka se abrió al tráfico con el extranjero hace cien años. Ahora, con sus 3.200.000 habitantes, albergará la Exposición Universal de 1970.

Foto © Dominique Darr, París

KYOTO (pág. 35)

Cerca del templo de Toji (siglo VIII) pasa el tren Tokío-Osaka, el más rápido del mundo.

Foto © Rapho-Brian Brake

Foto © Museo Nacional Amsterdam Colección H. Béres Foto © Almasy

EL ESPACIO Y EL ARBOL (pág. 36)

Arriba, «El templo de Uyeno visto a través de una rama de pino» obra de Hiroshige (1797-1858) el fecundo paisajista japonés del siglo XIX que pintó más de 8.000 estampas y cuyo arte inspiró, entre otros pintores occidentales, al norteamericano Whistler, a los franceses Degas y Toulouse-Lautrec y al holandés Van Gogh. Abajo, paisaje de siembra en que Van Gogh revela, en la disposición de los planos, asombrosas afinidades con la composición de Hiroshige (véase igualmente la pág. 30).

Foto © «Japan Times»

EL ALFARERO (pág. 37)

En un país que cultiva el arte de la cerámica desde hace cerca de 6.000 años, sigue intacto el prestigio de los grandes maestros alfareros. «La tradición» dice el eminente Shoji Hamada, que vemos en la foto, «es igual al agua subterránea; si se la busca en lo hondo, brota inextinguible con más fuerza que nunca».

Foto © «Japan Times»

LA CARROZA DEL EMPERADOR (pág. 38-39)

En 1877 —décimo año del reinado del Emperador Meiji— este inauguró en un lugar de Tokio —el parque de Ueno— la primera exposición industrial del país, certamen que por espacio de 102 días había de conocer el éxito más categórico. En el centro de este grabado en madera, la carroza del emperador, seguida por la de la emperatriz.

© «Japan Times» © Rapho-B. Brake

EL CULTO DEL SABER (pág. 40)

Esta pintura de la era Edo muestra una escuela primaria; hacia la mitad del siglo XIX había unas 50.000 de este tipo (véase el artículo de la pág. 19). Abajo, en el Japón moderno, los alumnos asisten en un arrozal a la lección práctica de un trasplante.

© Rapho-B. Brake

EL FESTIVAL DE LAS ESTRELLAS (pág. 41)

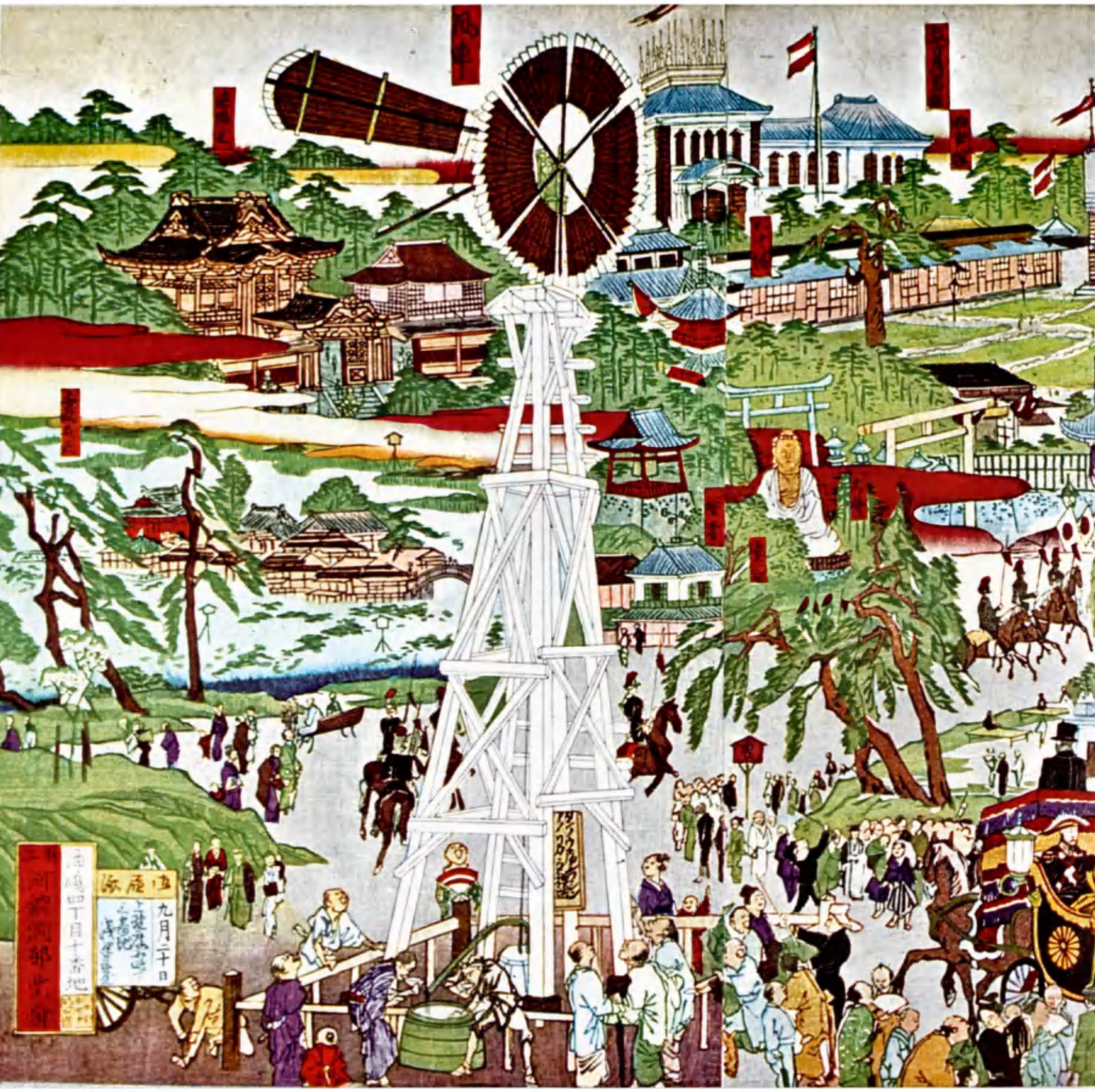
La celebración del Tanabata Matsuri (Fiesta de las Estrellas), en el mes de julio, es una de las costumbres más antiguas del Japón. Antes se hacían votos por una cosecha abundante y una no menos abundante producción de los telares: hoy se festeja el verano en todo el país para esa fecha. La foto muestra la multitud arracimada en una calle de Hiratsuka bajo un impresionante decorado de papeles multicolores.

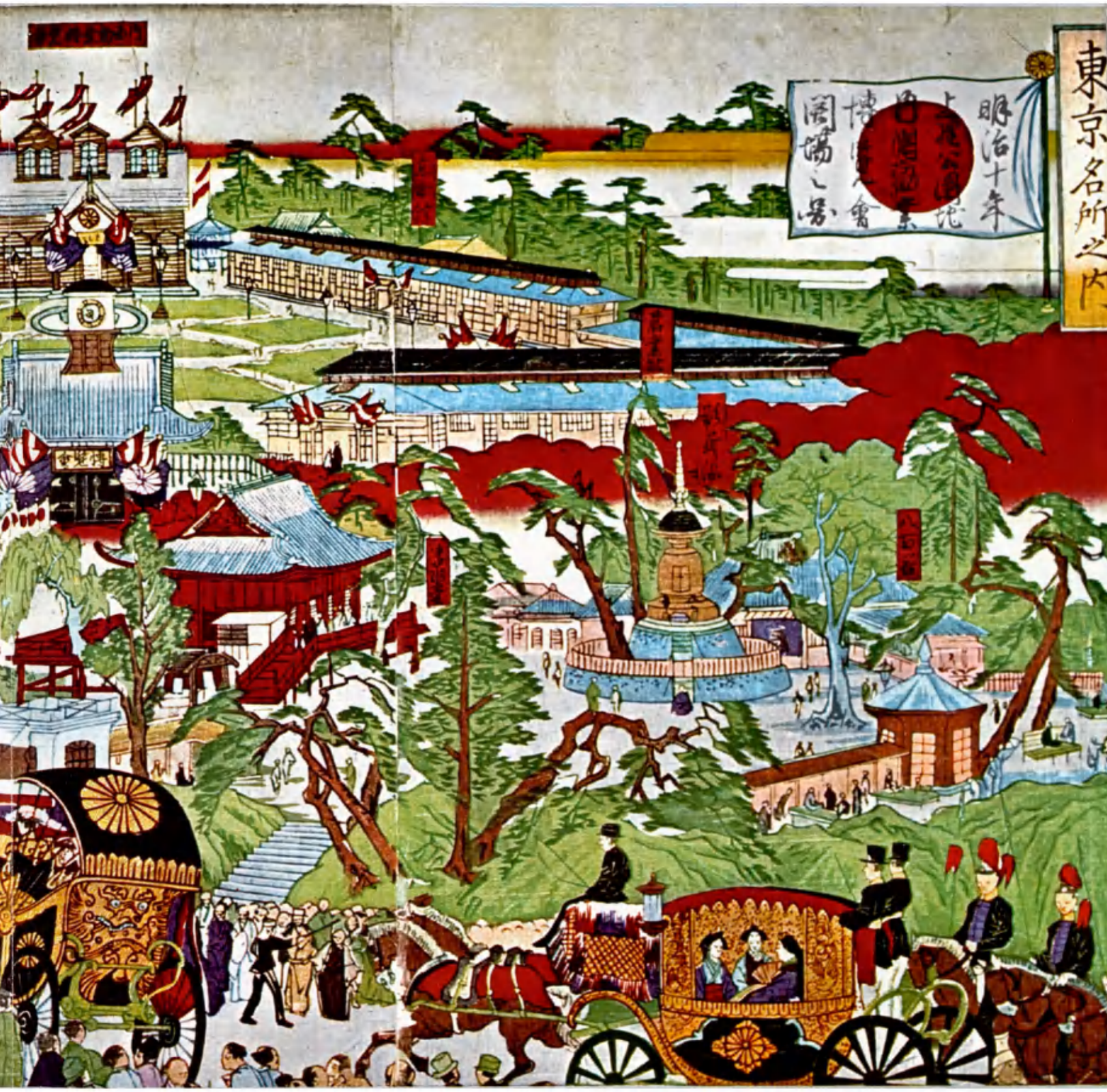
Foto © Life-Brian Brake

EN EL UMBRAL DEL TEMPLO (pág. 42)

A la entrada de uno de los 1.600 templos budistas de Kyoto, la puerta se abre, una mañana de otoño, sobre el esplendor de la naturaleza.

Koyo
カンスター
マッサージセンター
スチームバス付




東京名所之内

トキワヤ
TOKYO

Eisenstein, predecesor de Kurosawa

tañosidad de la montaña) en vez de retener tal o cual forma particular (el Fujiyama, el Vesubio, los Montes Taishan, etc.) como lo muestra este pasaje:

«el lago cuya agua corre desde un flanco
estaba quieta como nunca está en Sirmio
dominado por el Fujiyama.»

Fuera de una técnica estrechamente modelada sobre la de los poemas japoneses, este pasaje muestra que a veces Pound pone en sus poemas detalles o alusiones al Japón. Al popularizarlos y convertirlos en base de una teoría y una técnica al mismo tiempo, Pound logró hacer por el «haiku» y el «nô» lo que los pintores impresionistas habían hecho por la estampa iluminada.

Luego de la primera guerra mundial se multiplicaron los contactos occidentales con el Japón. Hubo quienes seguían sacando de los grabados o la literatura japonesa los elementos para comprender al país, pero hubo también quienes los buscaron en las fuentes yendo a visitar al país y recibiendo a los japoneses de paso. Paul Claudel, embajador de Francia en el Japón en la tercera década del siglo, vio en el kabuki una revelación: «para mí, una verdadera escuela de dramaturgia», dijo. Hacía ya tiempo que Claudel había escrito la mejor parte de su obra, y no está del todo claro qué es lo que pudo haber aprendido en esa escuela, pero sí que obtuvo un éxito señalado con una pieza inspirada en el kabuki y titulada «La mujer y su sombra». Claudel es sin duda el único autor occidental contemporáneo que ha visto una obra suya representada dos veces (en 1923 y 1929) por una de las compañías principales de kabuki.

Otras veces fue el Japón el que marchó al encuentro del oeste, como en la «tournée» que la compañía kabuki de Ichikawa Sandanji hiciera en 1928 por la Unión Soviética y otros países. Los japoneses no podían haber llegado allí en mejor momento. Vsevold Meyerhold y Sergei M. Eisenstein, particularmente, no sólo absorbieron los principios del teatro japonés sino que sacaron de él procedimientos que introdujeron una verdadera revolución en la técnica cinematográfica. Meyerhold había estudiado un poco el japonés en la Universidad de Moscú; lo suficiente, en todo caso, para llegar a sentirse tan fascinado como Ezra Pound por lo que creía un «ideograma», supuesta combinación de representación artística concreta y valor intelectual simbólico.

Eisenstein supo comprender mucho mejor que él el lenguaje «práctico» del teatro kabuki, y fue el primero en darse cuenta en el Occidente de que los diversos elementos del mismo forman igualmente un «conjunto monístico» cuyos elementos significativos (diálogos, cantos, bailes) manifiestan la transferencia de una categoría de provocación de los sentidos a otra. Esta interpretación de Eisenstein era de por sí notable, pero su genio como director y creador de nuevas técnicas cinemáticas le confiere un valor y un significado insólitos.

Para acercarnos más al momento actual, diremos que son numerosos los directores cinematográficos occidentales que, a partir de 1950, han aprendido mucho en la escuela de Akira Kurosawa y sus émulos. Desde entonces las películas japonesas, más que cualquier otra manifestación artística del país, han logrado crear una apreciación (aunque no siempre una comprensión) de la vida y la civilización japonesas. Hay una generación que data su comprensión del cine como arte de 1961, época en que, después de ser premiada en el festival de Venecia, se exhibió en todo el mundo la película de Kurosawa «Rashomon». Y sin embargo, más de dos décadas atrás, Eisenstein había articulado en teoría y demostrado en la práctica todas las posibilidades de un cine que absorbiera las técnicas tradicionales de la representación teatral japonesa.

En Francia y Alemania se ha acordado al «Nô» más importancia que al kabuki. Pero el interés por ambas formas se mantuvo en Francia gracias al entusiasmo de adicto que Claudel sentía por el teatro japonés y a los trabajos eruditos de Noël Péri sobre el tema. Tanto en sus clases como en sus montajes escénicos del Atelier, Charles Dullin inculcaba las virtudes del teatro japonés a sus discípulos, entre los que se contaba Jean-Louis Barrault.

Pero hay que decir también algo que constituye una revelación y al mismo tiempo una especie de ducha fría: cuando el «Théâtre des Nations» presentó en París en 1957 un auténtico espectáculo de «Nô» con la compañía Kanze, el público no lo comprendió ni lo apreció. Diez años después, el público inglés se mostró quizá un poco más acogedor pero tan perplejo como el francés al presentarse en Londres otro espectáculo de «Nô» dentro de un festival internacional de teatro.

Lo cierto, según parece, es que para conmover en Europa a un público que no sea de iniciados, el drama japonés debe sufrir una adaptación, una modernización, o ser objeto de creación, aunque ésta parta de un error interpretativo. En **Der Jasager** y **Der Neinsager**, sus dos versiones del «Nô» titulado **Taniko**, Bertolt Brecht se mostró notablemente fiel a la traducción de Arthur Waley, pero ambos **Lehrstücke** no se cuentan por ciento entre sus piezas más populares. Para su **Voyage de derrière la montagne**, Gabriel Cousin adaptó fielmente en 1962 el «Nô» **Obasuteyama**, pero esta obra no tuvo el éxito de «El drama del Fukuryu Marú» (1954-47), representado en 1963. El tema de esta obra es japonés... o universal: el problema de los efectos de la ceniza radiactiva; pero la técnica es propiamente «japonesa».

En Alemania el «Nô» empezó teniendo un atractivo particular en ciertos círculos, gracias el trabajo escrupuloso de algunos especialistas. Las traducciones hechas por Eva Hesse y publicadas en 1963 de las versiones de Fenollosa y Pound de algunos «Nô» se han representado en algunos teatros; se ha visto también al Kanze; pero pese a su momentánea popularidad y a la profunda impresión que ha hecho a ciertos directores, esta forma de teatro, como la mayor parte de las artes japonesas, ha hecho poco efecto aparente en Alemania.

También ha sido motivo de desilusión para muchos el escaso interés manifestado por el público de posguerra en las Islas Británicas. Entre el reducido número de obras importantes inspiradas por el teatro o la literatura del Japón la más significativa, con mucho, es la ópera litúrgica de Benjamin Britten «Curlew River», escrita sobre un libreto de William Plomer. A pedido de éste, Britten había asistido en Tokío a una representación del «Nô» **Sumidagawa.** El entusiasmo con que reaccionó el compositor llevó a un acuerdo en el sentido de trasponer la acción de la obra japonesa de su marco budista medieval a otro de carácter cristiano, situando la acción en East Anglia, a orillas del río Curlew.

Britten y Plomer trabajan actualmente en otras dos óperas del mismo estilo: «El horno rabioso» (The Burning Fiery Furnace) y «El hijo pródigo» (The Prodigal Son). Estas «óperas litúrgicas» no tienen ninguna pretensión de fidelidad a un modelo japonés, pero como hay derecho a esperar en el caso de un compositor de la estatura artística de Britten y de un autor tan familiarizado con las cosas del Japón como Plomer, las obras deben indirectamente mucho más a su modelo que cualquier transcripción fiel, y son mejores por eso mismo.

En los Estados Unidos el teatro japonés, como tantas otras cosas de esa procedencia, ha tenido una repercusión más general. Habrá quienes recuerden que una de las óperas más representadas de Puccini, **Madama Butterfly**, salió de un éxito teatral de David Belasco adaptado a su vez de una novela del mismo título que había aparecido en 1897. Desde la segunda guerra mundial, el teatro japonés se ha ganado por parte de directores, coreógrafos, actores y autores un favor mayor que el de cualquier otra tradición teatral extranjera. A los Estados Unidos han ido en *jira* bailarines kabuki, compañías que cultivaban este

SIGUE EN LA PAG 45

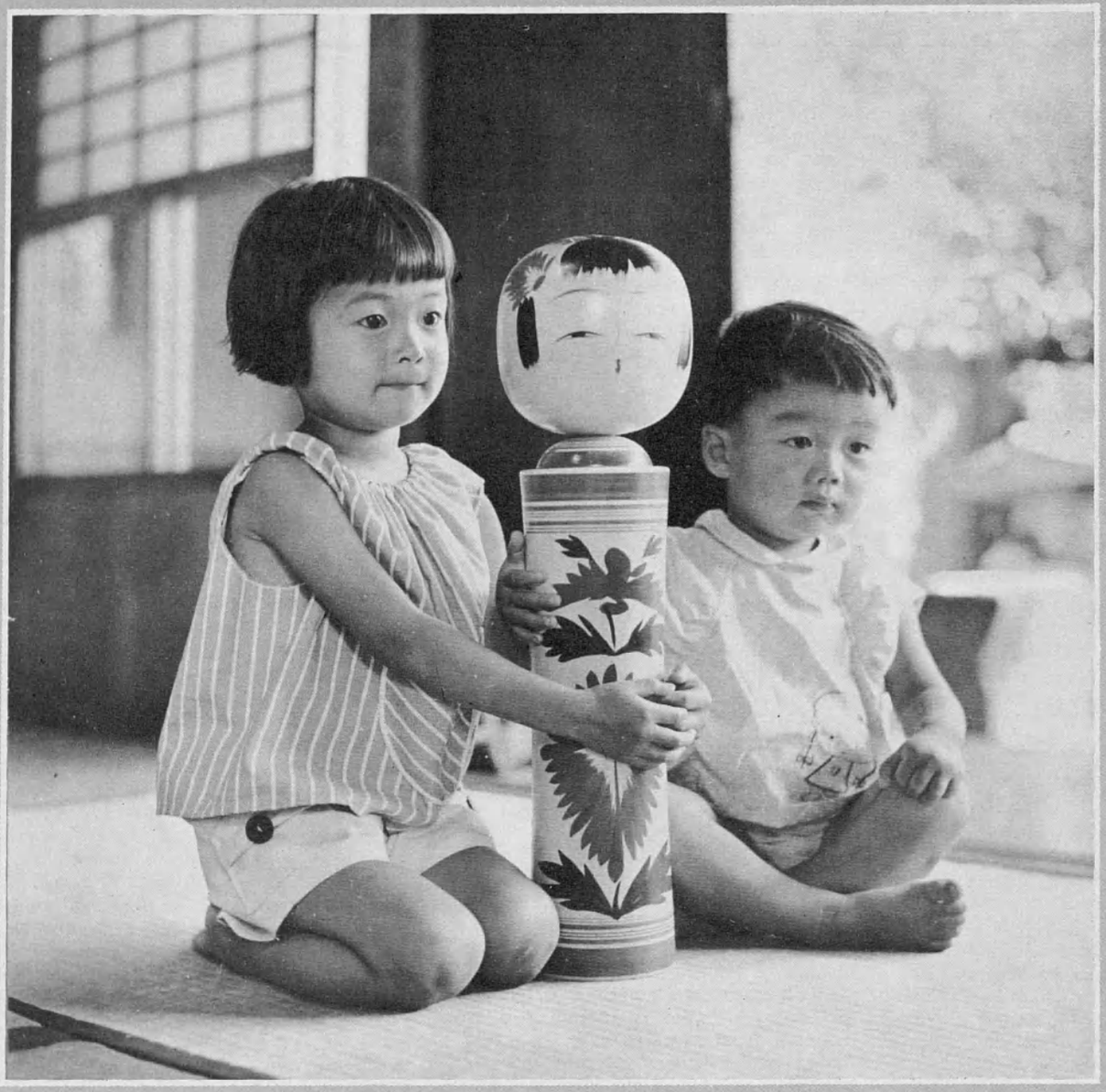


Foto © Pierre Rambach

La muñeca es el más antiguo de los juguetes japoneses, luego de ser el «chivo emisario» (llamado en japonés ningyo) que conjuraba los castigos y servía de amuleto en la cuna del recién nacido. Como juguete la muñeca dio lugar a un arte delicado, que se perpetúa en el Japón de hoy, donde se las hace de papel, de madera, de arcilla o de porcelana. A la izquierda, muñeca de madera pintada a mano que en otros tiempos fue típica de las zonas boscosas de la isla de Honshu. A la derecha, una reina del período Edo vestida con telas riquísimas. Esta muñeca tiene ojos hechos de conchillas de marisco y una corona de metal finamente labrado; y como objeto de arte antiguo (de hace exactamente dos siglos y medio) cuesta una pequeña fortuna.

EL PAIS DE LAS DIEZ MIL MUÑECAS

Foto © Camera Press - Holmes-Lebel

Esta otra muñeca de barro que se ve a la izquierda, típica de la isla de Kyushu, es un ejemplar excepcional por haber durado dos siglos pese a la fragilidad del material de que está hecha. Tiene 40 cms. de alto, está pintada a mano y se la ve ejecutar un movimiento de danza folklórica. La artesanía de los muñecos ha cedido su lugar a la industria, y actualmente el Japón es el primer exportador de juguetes del mundo.

Los japoneses compran actualmente como amuleto las trabajadas raquetas del «hagoita» (derecha) juego similar al volante (en el kimono del vendedor hay dibujado uno). El juego ya no se practica en el Japón, pero sus raquetas, adornadas con retratos de actores célebres del kabuki y ahora de estrellas cinematográficas, se aprecian y buscan mucho.

Foto © A. Latourre - Holmes-Lebel

Foto © «Japan Illustrated»

Un esnobismo del mundo teatral

género en su totalidad, grupos de «Nô», de **bunraku** y hasta de **bugaku.** Hace años que la Universidad de California cuenta con una orquesta **gagaku;** otros colegios universitarios han puesto en escena, a partir de 1950, pasajes de piezas japonesas o los «Nô» de Yeats.

El efecto mayor se ha hecho sentir, sin embargo, en los escenarios de Nueva York, el gran centro teatral del país. Los más directamente afectados por él han sido los que «hacen teatro» —los actores, coreógrafos y directores— más que los que lo escriben. Entre los que han adaptado el drama japonés a sus propósitos personales se cuentan un coreógrafo como Jerome Robbins, un director de ballet como Balanchine, un director como Elia Kazan y hasta un escritor como Thornton Wilder. El interés y el entusiasmo han sido tan grandes que los métodos japoneses han llegado a ese culto acordado hace años al «método» de Stanislavsky. Cabe pensar que se ha ido demasiado lejos en ese sentido.

Una cosa es oir decir a Greta Garbo que Utaemon, actuando en Nueva York en **Dojoji,** le ha proporcionado la emoción teatral más grande de su existencia, y otra ver a tanto director adaptar sin pensarlo dos veces elementos perfectamente insignificantes de la técnica teatral japonesa sencillamente porque está de moda. La situación en los Estados Unidos de América es, por consiguiente, completamente distinta de la de los demás países.

Por lo que se refiere al interés que despertó en los Estados Unidos de la posguerra lo que se pone comúnmente bajo el doble signo de «haiku y Zen», cabe decir que esa boga se parece a la que tuvieron en Francia la poesía y las estampas iluminadas japonesas por la época de la primera guerra mundial. Hay diferencias entre ambas reacciones, diferencias de ambientación (Ezra Pound y los que lo siguieron, especialmente el grupo de los post-imaginistas, en el que figuraban Wallace Stevens y William Carlos Williams) y diferencias de lealtad hacia lo japonés, que entre los norteamericanos es tan fuerte.

Wallace Stevens encaró el arte y la literatura asiáticos oblicuamente, como hacía con todo, pero sus «Trece maneras de mirar a un mirlo» constituye el mejor grupo de «haiku» en lengua inglesa. Su experimento con la forma, que comprende ecos de poemas japoneses precisos, se acompaña en esta serie por una transformación de la herencia francesa del impresionismo y el simbolismo que le eran tan caros. Este proceso de transformación se halla emparentado con

SIGUE A LA VUELTA

A la poesía por el "haiku"

el trascendentalismo de algunos norteamericanos precursores del entusiasmo por lo japonés.

De muchas maneras, Williams exhibe una objetividad que se opone a esta trascendencia. Las realidades que maneja están sin duda alguna asordinadas, pero en algunos puntos resulta difícil identificar las líneas como de Stevens o de Williams, por ejemplo en estos versos:

«Tan diferentes, este hombre
Y esta mujer:
Un riachuelo que corre en la llanura».

Antes de describir las características más puramente literarias de los movimientos inspirados por el Japón, convendrá detenerse un poco en el «Zen». A estas alturas la mayoría sabe que el «Zen» es una versión parcialmente comprendida de la versión parcialmente modificada que D. T. Suzuki diera del budismo rinzai, que, dentro del budismo japonés, no es sino el segundo en importancia de los grupos Zen.

El Zen ha brindado una nueva versión de ese trascendentalismo y esa protesta individual contra las formas sociales que en el siglo pasado habrían suscrito Ralph Waldo Emerson o Henry David Thoreau. A ese trascendentalismo irracional o suprarracional hay que agregar la objetividad y el formalismo como principales caracteres de la poesía norteamericana de posguerra inspirada por el Japón. El formalismo no es más que una versión nueva de la búsqueda romántica de una forma expresiva, sea en términos de los breves «haiku» o de series más largas de poemas.

Son muchos los norteamericanos que encuentran un modo de expresión en el «haiku» o el «tanka» o que se interesan en el «Zen»; entre los mejor conocidos están Gary Snyder, Lucien Stryk, John Tagliabue y Robert Bly, todos de diferentes regiones del país. Las maestras y profesores de enseñanza primaria y secundaria encuentran a menudo que el «haiku» en inglés es un medio excelente de estimular a sus alumnos a que ensayen su mano con las musas. Muchos institutos de enseñanza superior ofrecen en los Estados Unidos cursos de conferencias sobre literatura japonesa basándose en las traducciones existentes. Y el grupo más grande de especialistas y profesores de japonés de todos los que existen fuera del Japón sostiene y estimula esos esfuerzos.

Queda en pie el hecho, sin embargo, de que no hay poeta norteamericano que conozca el japonés tan bien como Dryden o Racine conocían los clásicos greco-romanos. Y hay cierta discrepancia entre la forma en que la notable generación de eruditos y traductores surgida en la posguerra (pero que no

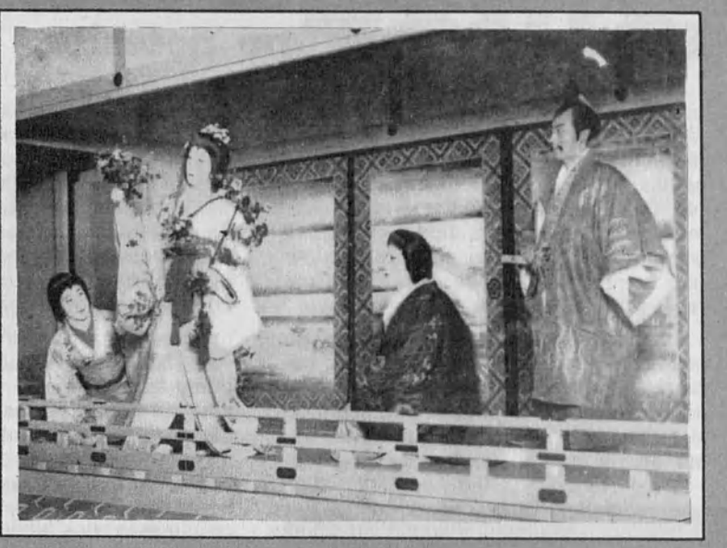
SIGUE EN LA PAG 48

LE CID La tragicomedia de Corneille se adaptó al teatro kabuki en 1911. De izquierda a derecha, cuatro héroes de ese exponente del teatro clásico francés: Rodrigo, Don Diego, Gormas y el Rey.

ESPERANDO A GODOT La alegoría del irlandés Samuel Beckett interpretada por Jukichi Uno (Vladimir) y Masakane Yonekura (Estragón).

MADRE CORAJE Una escena de la celebrada pieza de Bertolt Brecht en la versión japonesa de la Compañía de Haiyu-za (1966). En su carretilla, Madre Coraje (Teruko Kishi) y su hija (Michido Otzuka).

LA DAMA DE LAS CAMELIAS Los tristes amores de Marguerite Gautier y Armand Duval en el famoso drama romántico de Alejandro Dumas hijo, vividos por los títeres de bunraku en 1957 (ver pág. 32).



HAMLET El príncipe de Elsinore, inmortalizado por Shakespeare, se convirtió en «Hamuretto» para el espectáculo kabuki de 1907. Aquí, con una brazada de flores, Ofelia, la infortunada heroína de la obra.

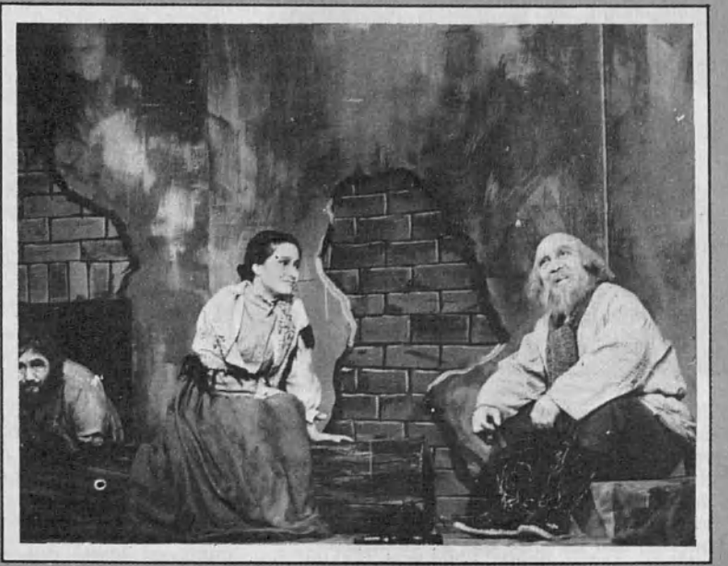
Teatro de todo el mundo en los escenarios del Japón

Desde los comienzos de la Restauración Meiji el teatro japonés se arriesgó a salirse de los caminos tradicionales: en 1872 se representaron en Kyoto, con trajes europeos, dos piezas inspiradas en la obra del escocés Samuel Smiles. No faltó mucho para que la creación teatral hurgara en los tópicos del momento y se dedicara al mismo tiempo a los grandes repertorios clásicos del extranjero. En 1912, el éxito resonante que tuvo entre el público de Tokio «Casa de muñecas» de Ibsen, seguida de «Los bajos fondos» de Gorki, consagró esa apertura de Japón a las grandes corrientes del teatro mundial. Así, en menos de un siglo, las formas más diversas del arte dramático occidental, desde Shakespeare hasta Ionesco, han tenido acogida en los escenarios japoneses. Las fotos de esta página ilustran esa penetración cultural del Occidente.

Fotos © Toshio Kawatake

L'AVARE La comedia de Molière, en versión japonesa, tuvo su presentación más clásica en el Japón al montarla en 1962 la compañía de Bungaku-za. Ken Mitsuda interpreta a Harpagón en esta escena, acompañado de Noboru Nakaja (Valerio).

MADAME BUTTERFLY Dando una vuelta al mundo, la heroína japonesa del drama lírico de Puccini (1904) inspirado en la pieza de David Belasco, llega al Japón en 1956 como marioneta de bunraku.



LOS BAJOS FONDOS Natacha y Lucas en la obra de Máximo Gorki representada en 1960 por la Compañía Mingei. El Movimiento de Teatro Moderno había revelado ya al público japonés hace cincuenta años la obra del gran escritor soviético.

Espejo de lo que uno necesita

son poetas) comprende la literatura japonesa, y los poetas a quienes el Japón inspira (pero que no comprenden bien su idioma). Pero es lógico que el país occidental que está y ha estado más cerca del Japón, tanto en la paz como en la guerra, lo considere como una fuente principal de inspiración para sus intelectuales y sus poetas.

La comprensión parcial o la incomprensión son inevitables en todo esfuerzo por adoptar rasgos culturales de otra nación, especialmente cuando la cultura de ésta se ve guardada, como ocurre con el Japón, por una lengua hermética y una posición insular. Pero aunque por más esfuerzos que se hagan no se logre nunca en el exterior una comprensión total, no hay en nuestra época barrera lingüística o grado de aislamiento geográfico que pongan una cultura determinada completamente al abrigo de la comprensión o incomprensión de los otros pueblos.

Foto © Serge Lido

Foto © Halot - Rapho

El «gagaku», o música noble, proviene de la China; en nuestros días no se toca más que en los templos (como los flautistas de la foto) o en los conciertos del Palacio Imperial. Cuando el gagaku acompaña una danza, se transforma en bugaku, tipo de baile que se caracteriza por su amor de la simetría. Arriba, «ballet» creado en Nueva York por Balanchine (1963) como su versión occidental del bugaku.

Pero, por otra parte, la indiferencia casi total de nuestros novelistas y cuentistas frente a la prosa de sus colegas japoneses es un fenómeno que dice mucho más sobre la mentalidad de los escritores occidentales que sobre la de los japoneses, en lo que cabe compararlo —hay que insistir sobre el punto— con el entusiasmo de los poetas franceses y norteamericanos por el **haiku.** Frente a tal indiferencia por la prosa japonesa es difícil imaginar que su tradición hubiera comenzado ya en el 935 con el «Diario de Tosa» y culminado en el 1010 con la «Historia de Genji».

En otras palabras, los escritores y artistas del Occidente se han vuelto al Japón para encontrar allí lo que necesitaban y no forzosamente lo que el Japón podía ofrecerles. Lo mismo han hecho, por lo demás, los japoneses con el Occidente. Sería tan vano esperar que un pueblo comprenda plenamente la cultura de otro como pensar que nunca se saca provecho de la comprensión que se haya podido lograr o como contentarse con lo que se ha adquirido. (Después de todo, no son muchos los que comprenden cabalmente su propia herencia artística).

Pero resulta sorprendente constatar que mientras los poetas norteamericanos, por ejemplo, apenas parecen haber prestado atención a la prosa clásica japonesa, los escritores japoneses contemporáneos, por su parte, han encontrado más cosas que les servían en la novela rusa pre-soviética que en la poesía norteamericana. La literatura francesa tiene en el Japón un prestigio social de que quizá no goce ninguna otra literatura extranjera, y eso pese al escaso número de japoneses que dominan el idioma.

Un sentimiento racial confuso de que los orígenes de la vida están en el Oriente, las guerras y los accidentes de la geografía, los entusiasmos pasajeros y las bruscas percepciones maravillosas de muchas posibilidades —todo ello y mucho más caracteriza un siglo de contactos entre el Occidente y el Japón. Hace cincuenta años había probablemente más franceses que hubieran oído hablar de Hokusai que de Fidias, y actualmente es posible que haya más norteamericanos que hayan oído hablar de Bashô que de Aristófanes. Sea cual sea nuestra opinión al respecto, podemos tener la seguridad de que el poeta norteamericano, al igual del pintor francés, ha descubierto en la civilización japonesa lo que da una gracia particular tanto a su arte como a su vida.

Foto © «Japan Illustrated»

TOKIO

8 SIGLOS DE HISTORIA

por William A. Robson

Tokío compendia todas las conquistas del siglo transcurrido desde que se produjera la Restauración Meiji. Al mismo tiempo, es una ciudad que debe hacer frente a varios de los problemas más serios de las grandes metrópolis modernas.

Ante de 1968 la ciudad se llamaba Edo, nombre tomado probablemente de un guerrero de la región que construyera allí una fortaleza. En el siglo XII existía allí un caserío pero generalmente se considera a 1457 como el año en que comienza la historia de la ciudad por ser entonces que Oto Dokan concluyó de construir el primer castillo del lugar, en el sitio actualmente ocupado por el Palacio Imperial.

El castillo se levantaba en una posición desde la cual se dominaban las rutas marítimas y terrestres, desde la llanura de Kanto hasta el oeste. Esta razón de orden estratégico fue la que llevó a Tokugawa Ieyasu a hacer de él su residencia principal al tomarlo en 1590. Trece años más tarde, cuando el guerrero era ya general en jefe del ejército japonés, Edo pasó a ser el centro administrativo de su gobierno militar. El Emperador se quedó en Kyoto con la corte, pero el poder pasó a Edo.

Hasta fines del siglo XVI éste había sido una aldea de pescadores, pero ahora empezó a crecer. El «shogun» Ieyasu llamó a unos 80.000 guerreros a vivir en la ciudad, donde formaron su guardia pretoriana. Se exigió a los señores feudales que residieran en ella un año de cada dos, y cuando marchaban a sus feudos tenían que dejar a sus mujeres e hijos como rehenes. Esto hizo que se construyeran allí grandes casas, templos y capillas, y que la ciudad se viera invadida por artesanos, comerciantes, criados y jornaleros.

En 1613 la población era de 150.000 habitantes. Poco más de un siglo después, en 1721, había pasado a ser de 1.300.000, y para fines del siglo XVIII había llegado al millón y medio, con lo cual se transformó en la ciudad más grande del mundo después de Pekín. Desde entonces han sido extraordinariamente grandes las fluctuaciones demográficas de Tokío, debidas en parte a desastres naturales y en parte a razones de orden político, militar y económico.

La condición de la ciudad cambió de una manera profunda al convertirse en capital del Japón en 1868, reemplazando a Kyoto. El Emperador hizo del castillo su residencia, convirtiéndolo en Palacio Imperial, y el nombre de la ciudad pasó a ser Tokío (que quiere decir «capital del este»). La modernización se produjo con rapidez extraordinaria: el telégrafo apareció en 1869, el teléfono en 1871, el ferrocarril a vapor al año siguiente, la iluminación de las calles con gas en 1874, la luz eléctrica en 1878 y el automóvil en 1903. El primer ferrocarril eléctrico empezó a correr en 1910. Por otra parte, la Universidad de Tokío se fundó en 1877.

Pero el efecto inmediato de la Restauración Meiji por lo que se refiere a las proporciones de la ciudad fue el de reducir drásticamente el número de sus habitantes, lo cual se debió al éxodo de los «samurai» que habían perdido sus bienes y al de los señores feudales y sus familias, que poseían más de la mitad de la ciudad. En 1872 la población disminuyó a poco más de medio millón de habitantes, no volviendo a llegar al millón hasta 1880.

Pero las simientes del desarrollo vertiginoso seguían germinando pese a todo, y pronto se convertió Tokío en un centro industrial, comercial, financiero y cultural, fuera de ser la capital política y administrativa del país. La población ascendió a 3.358.000 en 1920 y 7.358.000 en 1943. Pero estas cifras no se pueden comparar estrictamente, porque en 1932 los límites administrativos pasaron de 85 a 554 kilómetros

SIGUE A LA VUELTA

WILLIAM A. ROBSON, *eminente especialista británico en problemas de urbanismo y ciencias políticas, prestó servicios de experto en 1967 al gobierno de la metrópolis de Tokío, así como al Instituto de esta ciudad, dentro de los estudios de organización municipal realizados entonces. Robson es profesor honorario de administración pública en la Escuela de Ciencias Económicas y Políticas de Londres y ha sido presidente de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas. Entre sus obras cabe citar «*Great Cities of the World: their Government, Politics and Planning*» editada en Londres por Allen and Unwin en 1957.*

La ciudad-fénix

cuadrados. La extensión actual de la zona es de 2.029 km2.

Tokío contiene actualmente la residencia oficial del Emperador, la sede de la legislación nacional, el gobierno central y las altas cortes de justicia. Es el mayor centro fabril, comercial y financiero del país. Pero no tiene la supremacía en todo; Yokohama lo supera como puerto oceánico y Osaka y Nagoya descuellan frente a él en determinadas ramas de la industria.

Tokío se ha visto severamente castigado por incendios y terremotos. En este siglo son dos las grandes catástrofes que le han ocurrido: una, el terremoto de 1923, que causó la muerte de 74.000 personas y abatió las casas de los dos tercios de los sobrevivientes; la otra, la destrucción de los «raids» aéreos en la segunda guerra mundial, que fue completa para 770.000 casas (cerca de la mitad de las que contaba). La zona arrasada sobrepasó las 15.800 hectáreas, y el número de víctimas se elevó a tres millones, entre los que se cuentan 100.000 muertes y 130.000 heridos. De los 7 millones que la constituían, la población de la capital bajó a 3 1/2 en 1945.

Desde entonces ha ido aumentando al ritmo de 300.000 habitantes por año y ha llegado a un total que sobrepasa los 11 millones, lo cual la convierte en la ciudad más grande del mundo. Por espacio de varios años el número aumentaba con los soldados, los expatriados y los evacuados de regreso al solar nativo; pero en esta última década la gente que acude a la capital en busca de empleo se multiplica continuamente. No hay que olvidar por ello el aumento natural de la población; no hay ciudad del mundo que se haya desarrollado con la rapidez de Tokío. Y además, lo que este desarrollo significa no puede calcularse por las cifras que damos más arriba, porque éstas se refieren únicamente a la zona en que está instalado el gobierno metropolitano de la capital. Los actuales límites administrativos se fijaron en 1947, pero como ocurre con casi todas las grandes ciudades, la población los ha rebasado largamente.

La historia moderna del gobierno de Tokío data de 1889, fecha en que se incorporaron a la ciudad de Tokío 15 distritos. Por cerca de una década la ciudad fue administrada por un Gobernador de la Prefectura de Tokío designado por el gobierno central. En 1898 se otorgó al concejo municipal el derecho de elegir un alcalde, pero la capital siguió estando sometida a un Gobernador-Prefecto y al Ministerio del Interior. En 1943, la prefectura y la ciudad se mezclaron en una sola cosa: la metrópolis de Tokío. A los 15 distritos se agregaron varios más; el número actual es de 23. Aparte de ellos, la metrópolis contiene 17 ciudadas, 13 municipios y 2 aldeas, amén de 3 islas en la bahía de Tokio.

Dentro de la zona de los distritos especiales, que contiene cerca de nueve millones de personas, el Gobierno metropolitano de Tokío ejerce los poderes máximos de una autoridad de su tipo. En cada uno de los distritos que desempeñan funciones menores pero que dependen de ese gobierno metropolitano hay un grupo menor de concejos o ayuntamientos elegidos por voto. Fuera de los distritos, el gobierno metropolitano ejerce solamente los poderes de una prefectura.

La gente de Tokío ha mantenido una larga lucha con el gobierno central por lograr su autonomía. La mayor victoria que obtuviera ocurrió en 1947, al decidirse que el cargo de gobernador había de llenarse por voto popular. Así y todo, todavía subsiste cierto peligro de dominación central.

Tokío es la ciudad más rica del Japón. La renta «per capita» de los habitantes de la capital es el doble de la del resto del país y triplica la de los distritos agrícolas pobres. La capital contiene un 11% de las riquezas de la nación y produce el 20% de lo que rinde el país. La economía del Japón se ha desarrollado en los últimos años con mayor rapidez de la alcanzada por cualquier otra nación en cualquier otra época, y mucho de este desarrollo se ha producido en Tokío, centro de la máquina económica.

La enorme vitalidad de la capital salta a la vista por todas partes. Hay

SIGUE EN LA PAG 52

Foto © «Japan Illustrated»

GOLF EN JAULA Y PICNIC BAJO LOS CEREZOS

Los japoneses son tan aficionados al golf que, en pleno centro de Tokío, cerca de la torre hermana de la Torre Eiffel parisiense, se ha instalado un centro de entrenamiento de tres pisos divididos en pequeñas celdas (izquierda). A la derecha, picnic de mujeres bajo los cerezos en el mes de abril. El cerezo es la flor predilecta de los japoneses, y al aparecer todo el mundo va durante quince días a contemplar las ramas cargadas de pétalos blancos y rosados.

La capital que cuenta ahora con más habitantes va en camino de ser la que tiene más coches, y así Tokio ofrece día y noche el espectáculo de una interminable fila india de automóviles; la bicicleta ha quedado casi completamente relegada a las provincias.

Foto © Japan Illustrated

Foto © Burt Glinn · Magnum

Riquezas y miserias de la metrópolis

nuevos hoteles de lujo, teatros nuevos, nuevas estaciones de ferrocarril, nuevos edificios para oficinas, nuevas tiendas enormes; está el vastísimo estadio y la piscina construídos para los Juegos Olímpicos; hay nuevas carreteras metropolitanas, un monocarril rápido para transportarse al aeródromo, el primer rascacielos cuya construcción se permite en la ciudad, el super-expreso a Osaka, que va a una velocidad de entre 200 y 250 kilómetros por hora, y el centro subterráneo de Shinjuku, con carreteras, calles de tiendas y playas de estacionamiento para los coches. Los automóviles salen de la línea de montaje a una velocidad que ha convertido al Japón en segundo entre los productores de todo el mundo.

Bajo toda esa brillante superficie, hay graves deficiencias que no se ha podido superar. El problema del alojamiento es serio para la gente con entradas limitadas y seguirá siéndolo mientras no se tomen medidas mucho más serias para limitar la usura en la esfera de los bienes inmuebles. Se necesita también que las autoridades pongan muchos más alojamientos que los actuales a la disposición de las familias más pobres. Sólo el 30% de la zona de distritos especiales dispone de alcantarillas, y en sólo el 27.6% de los edificios hay retretes o excusados con agua corriente. En el 90% de las casas de la misma zona hay cañerías que traen el agua corriente, pero en tres distritos la proporción es mucho menor. Fuera de la zona la cifra total alcanza sólo al 64%. Y el que haya agua corriente no quiere decir que se abra una canilla a cualquier hora del día o de la noche y se la obtenga.

Las molestias de orden público, como la contaminación del aire, el desborde de las aguas, la contaminación de los ríos, el escape de gas de los coches, etc., no son combatidas como se debe. El torrente de automóviles que sale diariamente de las fábricas ha creado un problema de tráfico de una dificultad inmensa, exacerbado por la falta de contadores de tipo taxímetro en los sitios de estacionamiento y por una proporción extraordinariamente baja de espacio de autopistas dentro del territorio metropolitano (1).

El sistema de transporte público es terriblemente insuficiente para el enorme tráfico de gente que viaja de los suburbios al centro y viceversa y, además, está repartido entre diversas autoridades públicas y compañías comerciales.

En muchos sentidos el desarrollo social y la infraestructura fundamental de Tokío no se han puesto a la altura del aumento de la población y el desarrollo de la economía. Hay varias razones que explican el desequilibrio. En primer lugar, el enorme flujo de población habría puesto a prueba los recursos de cualquier gran ciudad. Pero el enorme desarrollo industrial, comercial y cultural de Tokío exigía una inversión mucho mayor de dinero para servicios públicos que la efectuada hasta ahora en las esferas de salud, alojamiento, educación, transporte, creación de parques, etc. El gobierno central no ha llegado a proporcionar al Gobierno Metropolitano de Tokío los recursos financieros necesarios, ni le ha dado las facultades necesarias para solucionar todos esos problemas urgentes de la posguerra.

Cuando no se ha descuidado una serie de cuestiones vitales como el aumento astronómico del precio de los terrenos, la planificación de la zona de Tokío, la expansión de los límites de la ciudad, la creación de otros centros en otras partes del país que atraigan a la gente como la atrae ésta y un sistema más generoso de subsidios y préstamos con fines municipales, se las ha encarado sin eficacia.

Pese a sus problemas, Tokío representa una proeza, sea cual sea la norma que se elija para juzgarlo. Es una ciudad moderna donde hay muchos triunfos de línea, inventiva, técnica y calidad de construcción que el mundo moderno sabe apreciar. Hay que compararla, no con las ciudades pobres del Asia, sino con los centros de riqueza, lujo y moda de la Europa occidental y de los Estados Unidos de América. De ellas se diferencia por un rasgo seductor y único : la dualidad de su cultura.

Codo con codo, uno ve allí la perfección técnica del expreso de Tokaido, las maravillas de la fábrica Sony (aparatos de radio y televisión), la arquitectura novísima del último edificio construído para una gran tienda, la Sala Festival de conciertos, una prensa que funciona con todas las de la ley, la estación de acero inoxidable de Shinjuku, una espléndida exposición de pinturas de Utrillo y tantas otras manifestaciones del arte y la ciencia occidentales, pero también el teatro Nô y el Kabuki, las antiguas capillas Shinto, los templos budistas, los kimonos y los trajes de boda tradicionales, los preciosos jardines, las ceremonias de la quema del incienso, la del té, el arte de arreglar las flores, las casas de estilo japonés, y habitaciones y costumbres que han persistido a lo largo de los siglos.

En ninguna otra parte podría encontrar uno una cultura antigua coexistiendo junto con una moderna y sin fundirse en ella. El resultado es un triunfo de todo lo logrado a partir de la Restauración Meiji, pero también un homenaje a lo que se logró antes de tan importante acontecimiento histórico.

(1) 10% comparado con el 26% en París y Berlín, con el 30% en Nueva York y con el 23% en Londres.

Foto © Japan Illustrated

METAMORFOSIS DE UNA CIUDAD

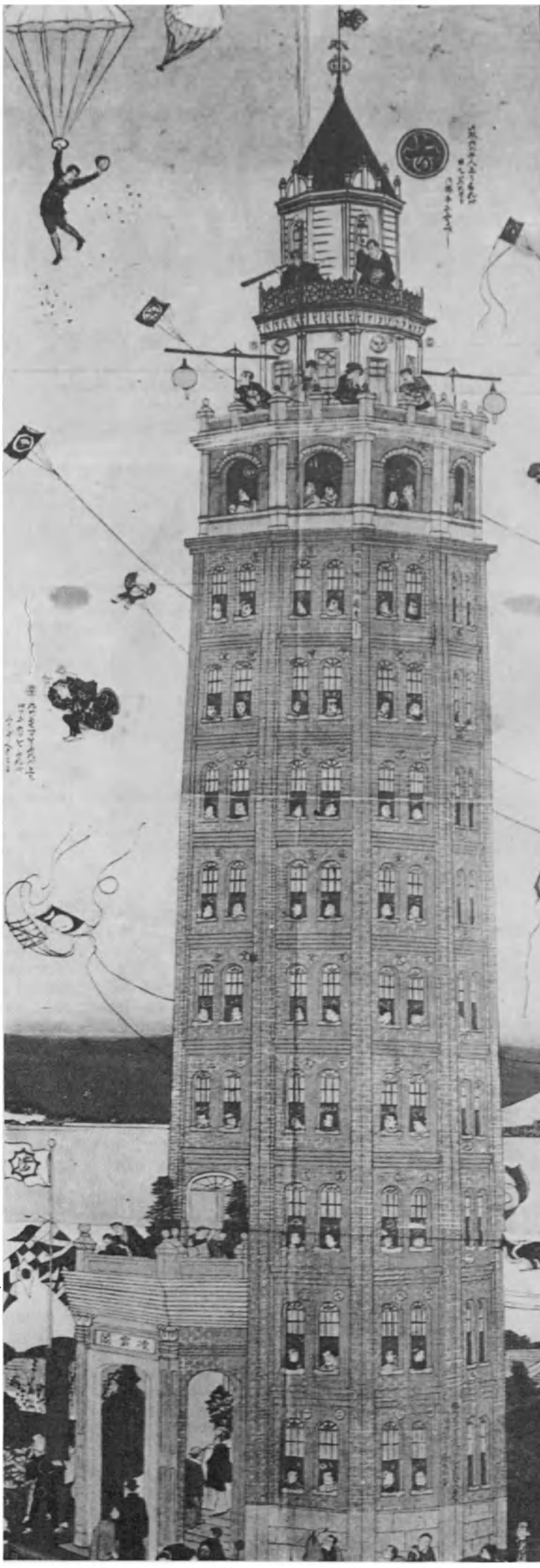


Foto Ministerio de Educacion Nacional, Tokio

El asombroso cambio de Tokío, ciudad que se caracteriza hoy por su abundancia de grandes inmuebles (izquierda) empezó en la era Meiji, a fines del siglo pasado, con la edificación del primer «rascacielos» de la capital (derecha): 68 metros de altura y 12 pisos, sirviendo los dos más altos de observatorio. Este edificio tuvo el primer ascensor instalado en el Japón y constituyó, con sus teatros y «restaurants», un centro de atracción para la ciudad, como lo indica, no sin su pizca de «humour», este grabado de la época. El primer rascacielos auténtico (36 pisos de alto) se terminó en Tokío el año pasado.

KENZO TANGE Y LA FUTURA MEGALOPOLIS

por Sandy Koffler

Foto © Mitsuo Matsuoka, Tokio

Vista aérea del proyecto de urbanización del Tokío del futuro, tal como lo concibe Kenzo Tange. La ciudad se distribuye a lo largo del eje cívico central que cruza la bahía de Tokío. Este eje se divide en una serie de ciclos o argollas cuadrangulares para ubicar oficinas y agencias comerciales. Se contempla la construcción de una pista para vehículos en tres niveles distintos, por cada uno de los cuales podrán circular al mismo tiempo diez filas de coches que vayan a 60, 90 y 120 kilómetros por hora. Esto permitiría el pasaje de 200.000 automóviles por hora, número muy superior al que recorre ahora cualquier carretera del mundo. Los grupos o especie de racimos que se desprenden perpendicularmente del eje sobre la bahía son zonas residenciales (véase la foto de la pág. siguiente). La parte izquierda de la misma constituiría la zona industrial. A la izquierda, Tange, batuta en mano en uno de sus talleres.

La ciudad de diez millones de habitantes es un organismo que ha surgido sólo en la última mitad de este siglo. En este sentido se la puede calificar de novedad histórica. Tokío, Nueva York, Londres, París y Moscú han llegado ya a esa cifra o están llegando rápidamente a ella. Para conservar su vitalidad y seguir creciendo todas estas ciudades deben tener una movilidad y una estructura que se adapten a los tiempos en que vivimos.»

«La revolución técnica de estos últimos tiempos ha dado por resultado el que en la ciudad se pase de los trabajos de fábrica y los esfuerzos industriales a ocupaciones terciarias como la venta de productos y los servicios de orden diverso, que son ahora funciones cardinales en una gran metrópolis moderna. Además, la introducción en masa del automóvil dentro de la ciudad ha alterado completamente la relación que existía entre los edificios y la calle.»

«La ciudad de diez millones de habitantes tiene una masa de población que se mueve y circula sin cesar y exige más comunicaciones directas que nunca. Pero no sólo Tokío sino también Londres, París y otras grandes capitales se ven estranguladas y paralizadas por una estructura que se remonta a la Edad Media: la del modelo centrípeto o radial en el que todo el tráfico se dirige hacia el centro de la ciudad.»

«Hay sólo un modo de salvar a Tokío, y es crear una nueva estructura, un nuevo orden espacial en que el sistema urbano, el de tráfico y el arquitectónico estén orgánicamente unificados. Hemos propuesto que se reemplace la anticuada estructura radial de Tokío por un eje lineal de comunicación que atraviese la bahía.»

Así habla Kenzo Tange, uno de los arquitectos más admirados, laureados y premiados del mundo. El talento y la imaginación de Tange han sido reconocidos internacionalmente a raíz de su Monumento a la Paz en Hiroshima, su sede del ayuntamiento de Tokío y su edificio para la Prefectura de Kagawa, descrito como «una magnífica fusión de la técnica de la arquitectura moderna y de los elementos japoneses tradicionales». Ahora se ocupa, como director arquitectónico, de EXPO 70, la primera exposición mundial que se realiza en Asia,

SIGUE EN LA PAG 56

Foto © Akio Kawasumi, Tokio

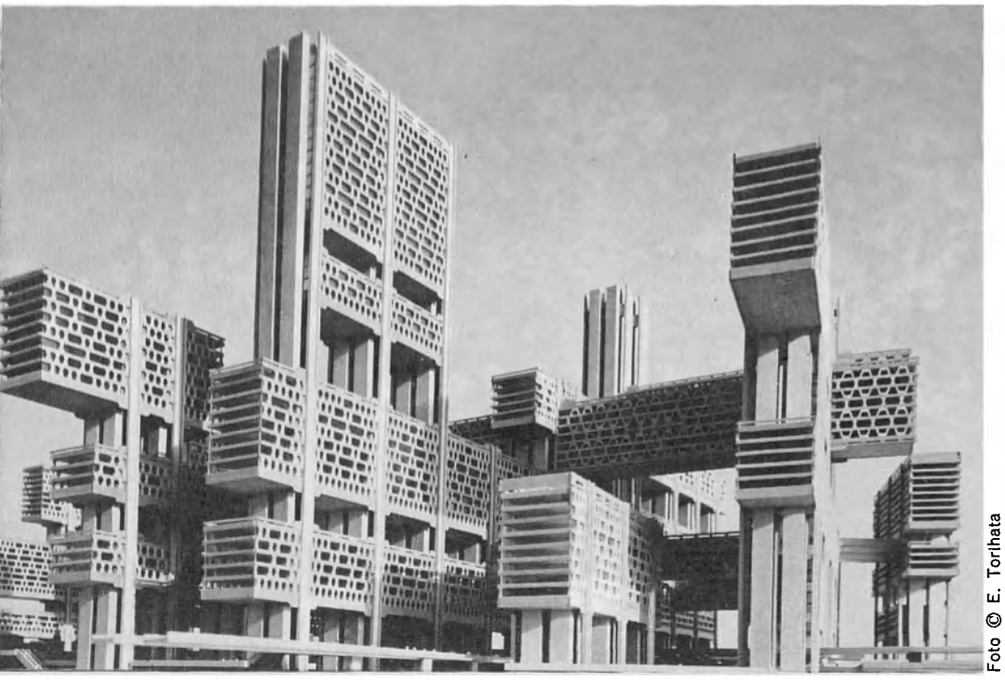


Foto © E. Torihata

Abajo, vista de una sección de la zona residencial sobre la bahía de Tokío. Cada unidad se compondría de una plataforma en que los edificios se levantarían como triángulos curvos, dejando libre el centro para grupos de tiendas, parques y plazas, playas de estacionamiento de vehículos, escuelas, etc. En ciertos niveles habría plataformas de cemento que se extenderían de un lado a otro y en las que se instalarían las cañerías de agua, gas y electricidad, pudiendo los habitantes de la zona construirse una casa a su gusto. Tange calcula que estas zonas residenciales podrían contener más de cinco millones de personas. Obsérvese a la derecha parte del eje central, con caminos cíclicos que forman una cadena y que permiten ir a derecha e izquierda y subir y bajar en los cruces cúbicos. Arriba, las oficinas y comercios situados debajo del eje cívico principal.

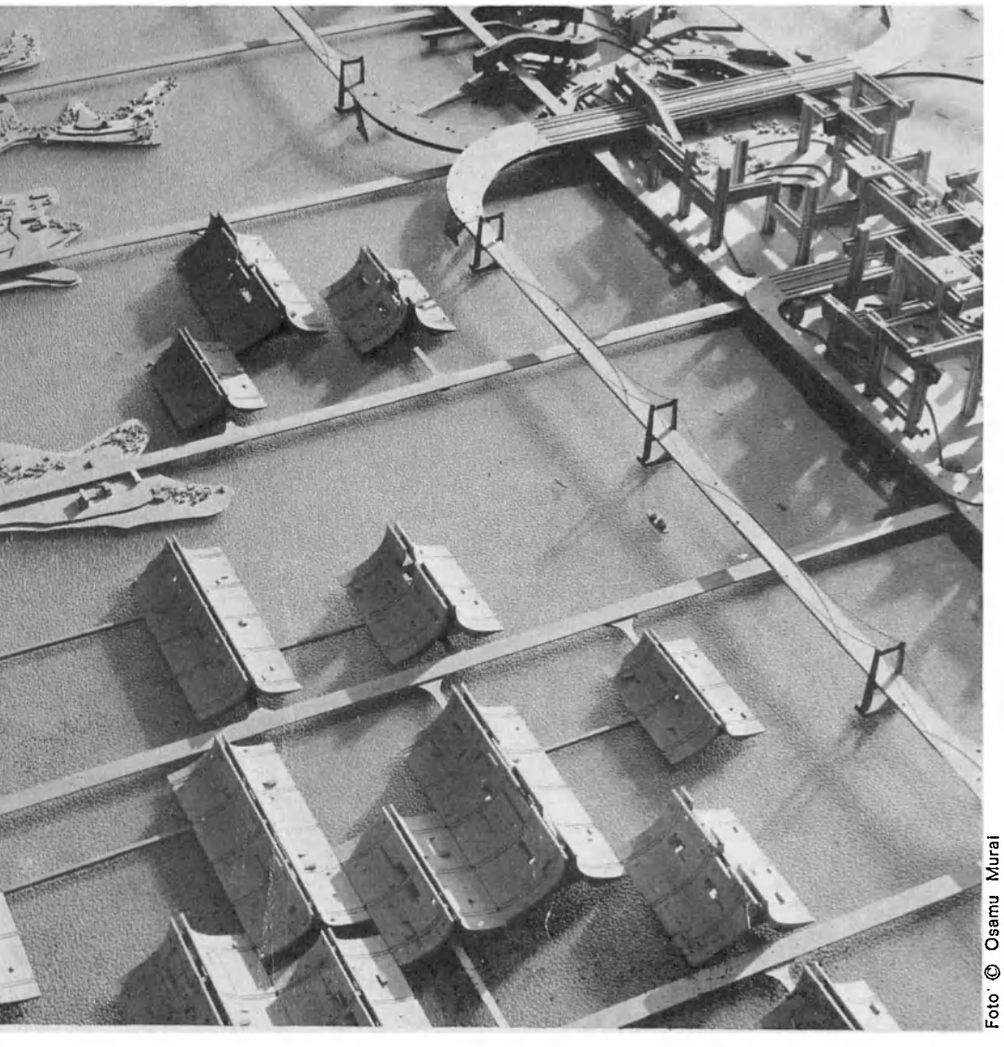


Foto © Osamu Murai

los planos para cuyo local en las afueras del noreste de Osaka acaba de completar.

Tange es autor de una serie de libros sobre la «villa»imperial de Katsura, los capillas de Ise y otras obras maestras de la arquitectura japonesa, y tiene también una cátedra de arquitectura en la Universidad de Tokío.

Las oficinas y talleres donde trabaja están fuera del recinto universitario, en los dos pisos más altos de un edificio de siete pisos situado a pocas cuadras de una de sus creaciones más famosas: el Gimnasio Nacional, aclamado por los participantes en los Juegos Olímpicos de 1964 por su belleza y monumentalidad. La imponente estructura, con su gigantesco techo inclinado, refleja la aspiración que su autor tiene de una arquitectura que esté en armonía con la magnitud, ritmo y energía de la gran metrópolis moderna.

Pese a la forma extremadamente moderna del edificio, los arquitectos, tanto japoneses como extranjeros, han visto en los dos arcos trenzados del Gimnasio Nacional y en la espiral del pequeño gimnasio construído junto a él dos símbolos del Japón tradicional. La originalidad de esta obra le valió el Diploma del Mérito Olímpico.

La máxima preocupación de Tange ha sido, durante muchos años, la relación entre arquitectura y urbanismo. Los que planeaban la reconstrucción de muchas ciudades de Europa y América han buscado su consejo. En 1965 el gobierno de Yugoslavia escogió su plan de reconstrucción de Skopje, la ciudad devastada por un terremoto, en cuyo emplazamiento surge ahora una ciudad completamente nueva según las líneas imaginadas por el arquitecto-urbanista. La antigua capital de Macedonia será una ciudad nueva y completa luego de 15 años de trabajos. Tange trabaja ahora con un grupo de expertos italianos en un nuevo plan de urbanización de Boloña.

El «Plan de Tokío», dado a conocer por su autor en 1960, es una manera revolucionaria de encarar la urbanización moderna, considerada no en términos de pura forma arquitectónica o en términos de conjunto de edificio y paisaje, sino como eje de comunicación. El eje de comunicación es lo que Kenzo Tange ve como símbolo y centro de la metrópolis contemporánea, así como la catedral fue símbolo y centro de las ciudades medievales.

«En una época en que las ciudades se construyeron en torno a grandes plazas centrales » nos explica Tange el profesor, «y en que la gente vivía dentro de los límites prescritos por las sociedades regionales, la plaza central era el núcleo de comunicación, y la catedral, el castillo y el ayuntamiento los soportes espirituales al mismo tiempo que los símbolos de la vida urbana. Carros y caballos, deslizándose por los radios que eran las calles frente a las filas de casas, de-

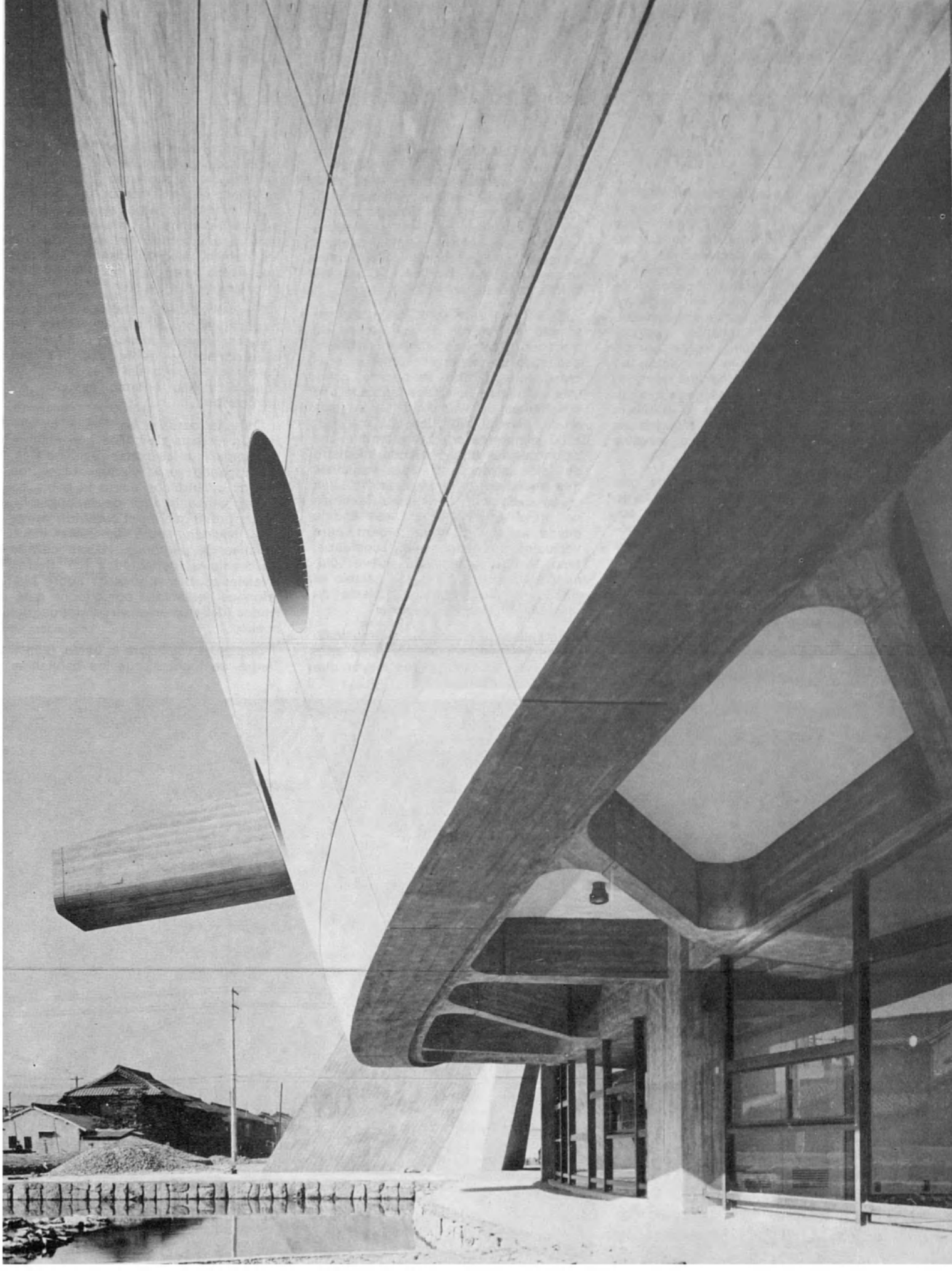


Foto © Osamu Mural

FUERZA Y RAPIDEZ

Vése aquí un detalle de una de las más vigorosas creaciones de Tange: el gimnasio de Kagawa en Takamatsu, construído deliberadamente en forma de barco de pesca para reflejar la idea de la fuerza y agilidad necesarias al atleta.

Espina dorsal para una ciudad océanica

ben haber formado un conjunto muy armonioso ».

Pero ahora, señala, la comunicación de las masas «ha liberado a la ciudad de las cadenas de una organización cerrada y ha empezado a cambiar su estructura. En una sociedad de organización abierta, y en la gran metrópolis que es el centro y corazón de esta organización, cada vez adquiere mayores proporciones la exigencia de esa movilidad indispensable a la comunicación individual. Si se agrega esto al flujo y reflujo de gente que viene a trabajar todos los días al centro desde las afueras de la ciudad, se tiene la confusión y la parálisis extremas de que somos testigos en las enormes ciudades de nuestra época ».

Si las diversas funciones de una gran ciudad se distribuyeran a lo largo de una línea, observa Tange, las comunicaciones entre una y otra se podrían llevar a cabo a lo largo de esa línea y en un mínimo de tiempo. En el caso de Tokio, el eje lineal comenzaría desde el centro actual de la ciudad y se extendería gradualmente en una serie de anillas o unidades por encima de la bahía hasta llegar, en la etapa final, a la costa de enfrente.

Las funciones axiles de la ciudad estarían concentradas a lo largo de ese eje central. Las pistas para vehículos se hallarían suspendidas a 40 metros del suelo y a 50 por encima de la bahía misma. En otras palabras, los caminos serían grandes puentes suspendidos por encima de las construcciones, con muelles de soporte a intervalos de un kilómetro.

En el plan de Kenzo Tange se contempla la creación de un sistema de transporte en tres niveles distintos, cada uno de los cuales tendría capacidad para 10 filas de coches. Estas tres carreteras establecerían cada una sus límites de velocidad. La de más abajo, para automóviles que marchen a 60 kilómetros por hora, tendría una unión con las otras en cada kilómetro del eje; la segunda, para vehículos que marchen a 90 kilómetros, una unión cada tres kilómetros (también se prevé un monocarril suspendido desde este nivel) y la tercera, para vehículos que hagan 120 kilómetros, tendría una unión cada nueve kilómetros. En cada punto de cambio el tráfico se movería en la misma dirección en todos los niveles.

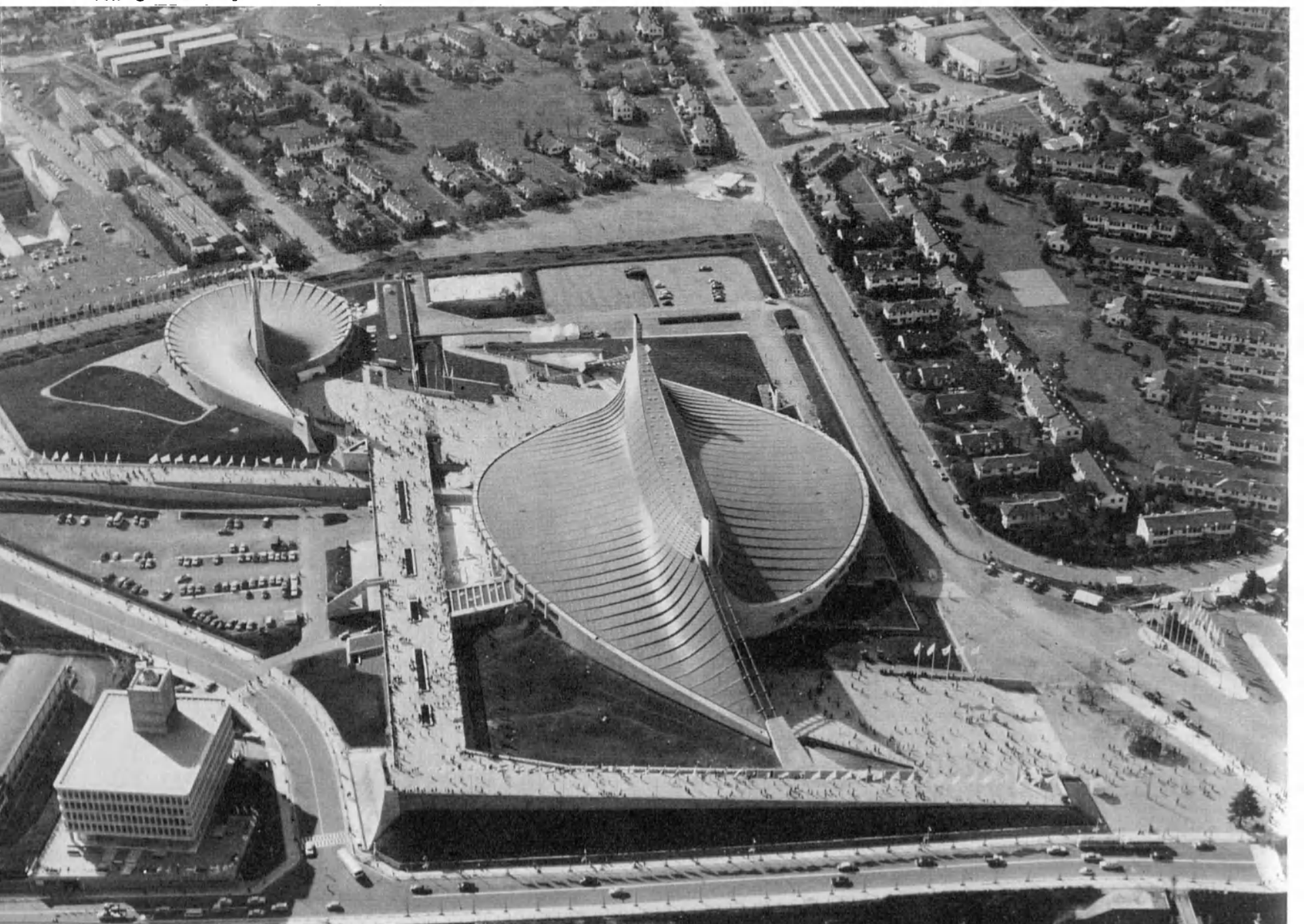
Este sistema permitiría la circulación de 200.000 automóviles por hora, cifra entre diez y treinta veces mayor que la máxima alcanzada en ninguna de los sistemas actuales de carreteras del mundo. Recurriendo a los diversos medios de transporte, podrían moverse a lo largo del eje cinco millones de personas por día, lo cual bastaría para satisfacer las exigencias de los quince millones de habitantes a que Tokío cree que llegará en los próximos veinte años.

Para aliviar el centro de Tokío de su congestión actual, las líneas de monocarriles comunicarían con los tres subterráneos y los ferrocarriles que corran a lo largo del eje, donde se construiría una enorme estación de ferrocarril.

Del eje partiría, en líneas paralelas, un sistema de calles que habrían de conducir a las zonas residenciales, como puede verse claramente en los barrios construídos sobre la bahía de Tokío (véase la foto de la pág. 56). Tange prevé que en el curso de veinte años vivirían sobre la bahía cinco millones de personas. Habría barrios residenciales construídos en tierras arrancadas al mar y otros sobre plataformas sostenidas por pilones enterrados directamente en el fondo del océano.

Construyendo sobre la bahía, piensa Tange, se lograría que los habitantes

Foto © Kenzo Tange



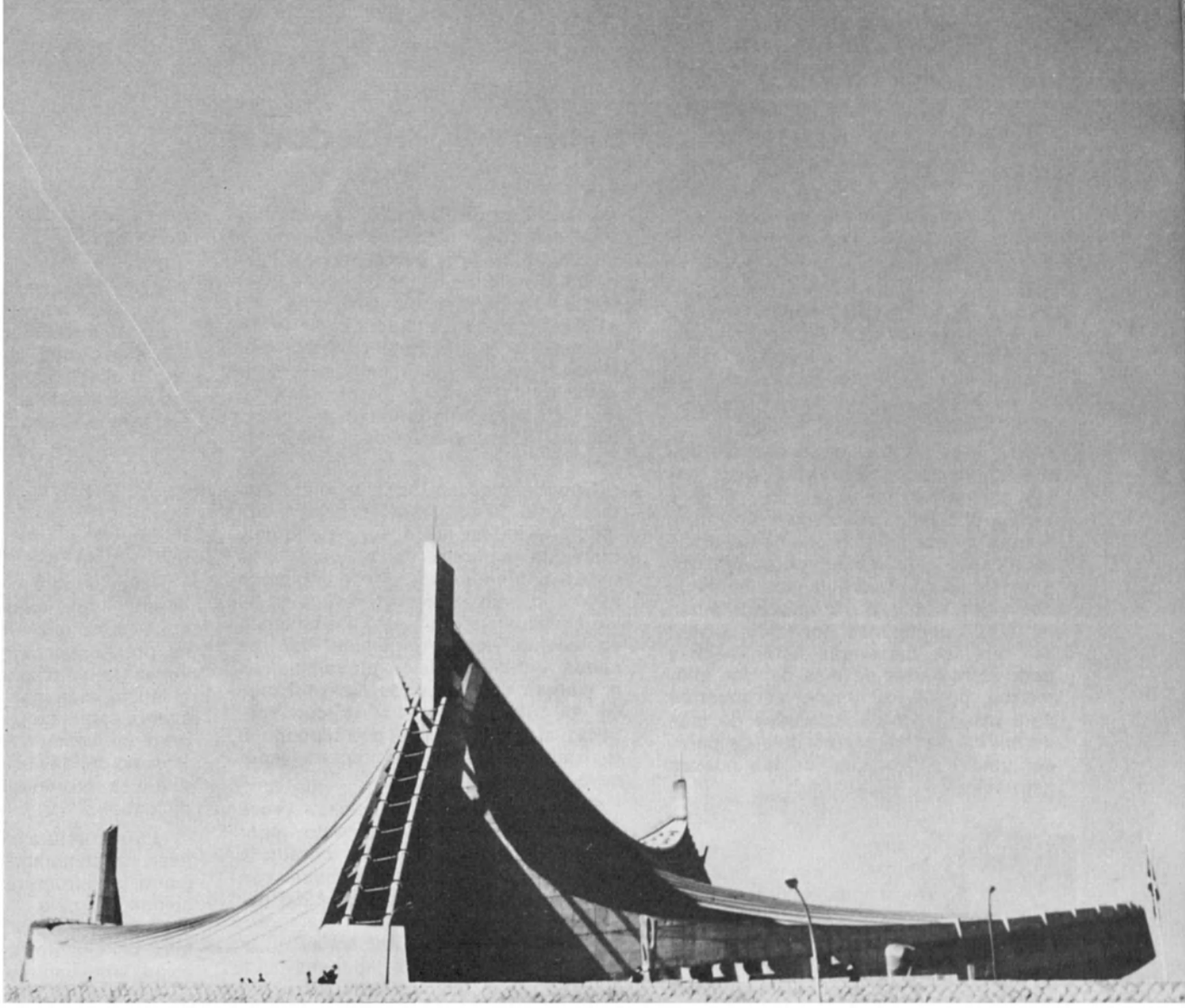


Foto © «Japan Illustrated»

Dos aspectos (izquierda y derecha) del revolucionario Gimnasio Nacional de Kenzo Tange Encima de la foto de la izquierda, la piscina cubierta del Pequeño Gimnasio construído en Tokío para los Juegos Olímpicos de 1964. Los techos suspendidos y los pilares que los sostienen son de dimensiones típicas de la «escala sobrehumana» que caracteriza a las construcciones de nuestra época. Pero el techo desciende en una curva a una distancia razonable de los espectadores, aportando la «escala humana» al colosal edificio. Los historiadores y los críticos han visto en los dobles arcos entrelazados y las espirales de estos dos gimnasios los emblemas tradicionales del Japón, pero Tange se sonríe al oirlo y dice que son sencillamente «pura geometría dinámica».

de Tokío volvieran a descubrir el mar que perdieron al ser invadida por fábricas la mayor parte de la costa. «De esta manera» dice «el océano se transformaría no solamente en un símbolo de nuestro desarrollo económico sino también en una parte grata del ambiente que nos rodea.» En cierto sentido, por consiguiente, el proyecto de Tange reclama la creación de un nuevo archipiélago a escala de la metrópolis moderna.

Su plan revolucionario de transformar la ciudad radial en una metrópolis lineal a lo largo de un eje cívico central está inspirado no solamente por el análisis de los muchos y muy complejos problemas de la urbanización moderna sino también por un estudio detallado de la evolución y crecimiento de los organismos vivos en la naturaleza. La amiba y otros organismos simples, dice, tienen formas centrípetas radiales, pero otros organismos más avanzados —los vertebrados— tienen estructuras óseas lineales con radiaciones paralelas.

«Una vez que se diferencian las funciones vitales de los organismos y se cumplen los complejos procesos de la vida» explica Tange, «ese cuadro centrípeto evoluciona y se transforma en un sistema de líneas paralelas agrupadas en torno a un eje formado por la columna vertebral y las arterias. De la misma manera, el proceso gracias al cual un vertebrado empolla un huevo ilustra la posibilidad de un desarrollo gradual por parte del sistema lineal.»

Tange ve la ciudad como un organismo vivo y en pleno crecimiento, que debe ser flexible y capaz de expansión a medida que va cambiando y haciéndose más compleja su manera de vivir. Su sistema de eje cívico está compuesto de unidades que recuerdan las vértebras de la columna. El sistema queda completo con cada etapa, pero siempre es posible agregarle nuevas unidades.

Desde que dio por terminado en 1960 su plan para la metrópolis de Tokío, Kenzo Tange ha venido estudiando de cerca el fenómeno más reciente de nuestra época, que es la megalópolis actual. La formación de otras muchas en el mundo del mañana es inevitable, según él, por el crecimiento enorme de la población en el mundo y la complejidad cada vez mayor de la vida moderna. «Dentro de treinta o cuarenta años mucha de la población del planeta vivirá en complejos urbanos tan grandes como ese» dice.

Ya Tokío y Yokohama forman una gran masa urbana, con un tráfico rugiente e incesante que hace casi imposible la comunicación rápida entre ambos centros. Y ya hay miles de personas que recorren todos los días los 500 kilómetros que en otros tiempos separaban a Tokío de Osaka. Llegará pronto el dia, dice, en que toda esa zona situada entre ambas ciudades formará una super megalópolis a la que le da desde ya el nombre de «Tokaido».

El principio del eje cívico es la única manera, sostiene Tange, de hacer frente a esta situación y evitar el caos indescriptible que se producirá inevitablemente si se permite la formación de una megalópolis de tipo radial. Añadiendo eslabones o unidades al eje contemplado, éste podría finalmente extenderse hasta Osaka para constituir uno de los elementos principales de la futura megalópolis de Tokaido.

Debemos hacer frente al hecho de que la civilización y la economía del mundo están a punto de sufrir una transformación y un desarrollo enormes, y que ello exige un estilo más dinámico para ponerse a la altura de las realidades de la metrópolis moderna. La arquitectura urbana debería dar una impresión igual a la de las grandes obras de ingeniería: las super autopistas, las intersecciones de tráfico a gran velocidad.

Hoy en día, señala Tange, el ambiente en que vivimos tiene tres escalas: la escala humana, la de la masa, y la sobrehumana de la técnica. El hombre sigue dando pasos de medio metro, sigue hablando cara a cara con sus vecinos, y la escala humana está por todas partes y no podrá cam-

SIGUE A LA VUELTA

Ciudades nuevas para nuevas sociedades

biar nunca por más que cambie la tecnología.

Las plazas, catedrales y casas cívicas de la Edad Media tenían una escala de la masa humana adecuada para las gentes que se congregaban en los centros urbanos y que armonizaba con la escala humana de las calles y caminos que salían de éstos como otros tantos radios.

Pero hoy se han introducido en ese viejo sistema carreteras enormes por las cuales hay un tráfico que pasa a toda velocidad. Esas carreteras representan la escala sobrehumana, la de la técnica, que no armoniza en ninguna forma con la arquitectura de fines del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Cuando nos ponemos a pensar que las carreteras están hechas para velocidades de más de cien kilómetros por hora y los aeropuertos para aviones con velocidades de más de mil kilómetros pronto deja de parecer vasta la vastedad de las nuevas estructuras.

Pero la individualidad, libertad y espontaneidad de la escala humana, señala Tange, constituye una antítesis cada vez más grande a la sobrehumana escala tecnológica. El hombre desea ejercer cada vez más su espiritu de selección y su gusto en lo que respecta a casas, jardines, calles y plazas.

Hay, en consecuencia, dos extremos que, naturalmente, entran en conflicto: las grandes estructuras técnicas, que al ir restringiendo la decisión y selección individual determinan el sistema de nuestra época nueva, y los objetos pequeños de uso cotidiano que permitan el ejercicio del gusto personal, de la decisión personal. «Gradualmente se va haciendo más grande la brecha entre ambos » dice Tange.

La misión importante que espera al arquitecto y urbanista contemporáneo es la de crear una relación armónica, un vínculo orgánico, entre ambos extremos: o sea la de introducir un nuevo orden espacial para la ciudad contemporánea.

«En nuestro plan» sigue diciendo Tange, «habría un orden de progresión desde la casa hasta el lugar de recreo de los niños, el espacio reservado para reuniones tranquilas, los grandes espacios abiertos, los centros de deportes y recreo en gran escala: desde las escuelas hasta las otras instalaciones docentes y culturales y desde las playas de estacionamiento de vehículos hasta las «plazas» de transporte y las supercarreteras.»

«Los centros de tiendas, los auditorios, etc., estarían distribuidos en cada zona urbana en la misma escala humana en que lo están ahora, y habría callecitas para los peatones y plazas, grandes y pequeñas, para las multitudes. Estos espacios serían idénticos a los espacios históricos que existen en nuestras ciudades actuales. La arquitectura de esa ciudad nueva tendría que ser compatible con el ritmo y con la escala de la época en que vivimos, pero permitir al mismo tiempo la continuación de nuestra histórica vida urbana».

Según Tange, la tradición de la cultura y de la arquitectura está adaptada a la escala humana y estaría muy fuera de lugar si se aplicara a la escala sobrehumana, la tecnológica, la escala de las supercarreteras y de los aeródromos del futuro. Es teniendo en cuenta estos principios que se puede entender mejor el cambio en la manera de pensar de Kenzo Tange en los últimos doce años con respecto al papel que le corresponde a la tradición en la arquitectura japonesa.

Se ha hablado de él muchas veces diciendo que es el arquitecto japonés destacadísimo que «ha logrado la unión de la tradición japonesa con la arquitectura moderna». En 1956 publicó un artículo titulado «La creación en la arquitectura actual y la tradición arquitectónica japonesa» que causó un gran revuelo tanto entre sus arquitectos compatriotas como entre los extranjeros por sus opiniones negativas sobre la tradición japonesa. Esto es lo que nos dijo al respecto:

«Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y hasta la mitad de la década siguiente el Japón luchó por reconstruir su estructura económica y física. Nuestro pueblo pensaba en el pasado, en la tradición y la historia. Esta atmósfera convenció a los arquitectos japoneses de que no podrían satisfacer la necesidad espiritual de las gentes a menos que nuestra arquitectura se inspirara en las antiguas tradiciones del país.»

«Pero al hablar de tradición japonesa, los arquitectos nos dimos cuenta de que habia dos tipos distintos de ella: la alta y la baja. La alta venia de la nobleza y los círculos aristocráticos y encontraba expresión en los palacios, castillos y residencias tradicionales, así como jardines de esos círculos. La baja —o mejor dicho subterránea— venía del pueblo y se manifestaba en cosas como los festivales locales, con todo el colorido que tanta vida da a cada villa o pueblo del Japón, o en las formas dinámicas de las casas del campo y de la aldea.»

«Para la mayor parte de los norteamericanos y europeos —y en realidad para muchos japoneses— sólo la corriente superior representa el arte y la cultura tradicionales del Japón. Pero la corriente subterránea tiene una cualidad dinámica, vital, que le es propia, y una riqueza que forma un señalado contraste con las formas de la otra.»

Tange siguió diciendo que los historiadores del arte japonés no han prestado nunca mayor atención a esta corriente subterránea y que, hasta 1955, los arquitectos japoneses se inspiraron principalmente en las formas de la « corriente alta». «Pero el pueblo en general» añadió «vive en un ambiente donde rige la corriente baja y no puede responder cabalmente a las formas tradicionales de la otra. En esta coyuntura empecé a preguntarme cuál era verdaderamente la función de la tradición en arquitectura.»

Tange se detuvo un momento y luego añadió rápidamente: «Yo creo personalmente que, de por sí, la tradición no presta fuerza creadora a nadie. A veces la comparo con una reacción química; tendría que actuar como agente catalítico para crear algo nuevo, pero la forma tradicional de inspiración no tendría que verse en la obra una vez terminada esta.» Y terminó diciendo:

«La estructura de la economía japonesa ha cambiado. Con ella han cambiado la estructura social y las instituciones del país. Y lo que resulta más importante todavia, ha cambiado la actitud del pueblo, que ya no mira hacia atrás, sino hacia adelante. Antes todo se hacía en el Japón siguiendo las fórmulas del pasado. Pero hemos entrado en una época nueva, una civilización de orden técnico, en que mirar de frente al mañana resulta más realista y positivo que volver la vista hacia el ayer. El mundo de mañana habrá cambiado todavía más. No es posible buscar solución a problemas nuevos siguiendo las fórmulas antiguas. El arquitecto menos que nadie puede hacerlo. El arquitecto debe mirar hacia adelante.»

Los conceptos y concepciones de Kenzo Tange y otros arquitectos japoneses contemporáneos han sido bien resumidos por el Profesor Teijiro Muramatsu en las siguientes palabras:

«Japón se encuentra frente al dilema de pasar a sar una sociedad completamente distinta de lo que era. Y los arquitectos e ingenieros y el pueblo en conjunto piensan tanto en lo que ha de ser esa sociedad y en el desarrollo de la nueva cultura japonesa como piensan en el desarrollo industrial. Hemos pasado por periodos en que se copiaban los modelos extranjeros y períodos de reacción nacionalista, pero de aquí en adelante ya no tenemos modelos. Debemos hacer frente al problema de nosotros como seres nuevos y desconocidos y hacer el plan que corresponda a ese cambio. Cien años después de la Restauración Meiji estamos al comienzo de otro proceso de modernización.»

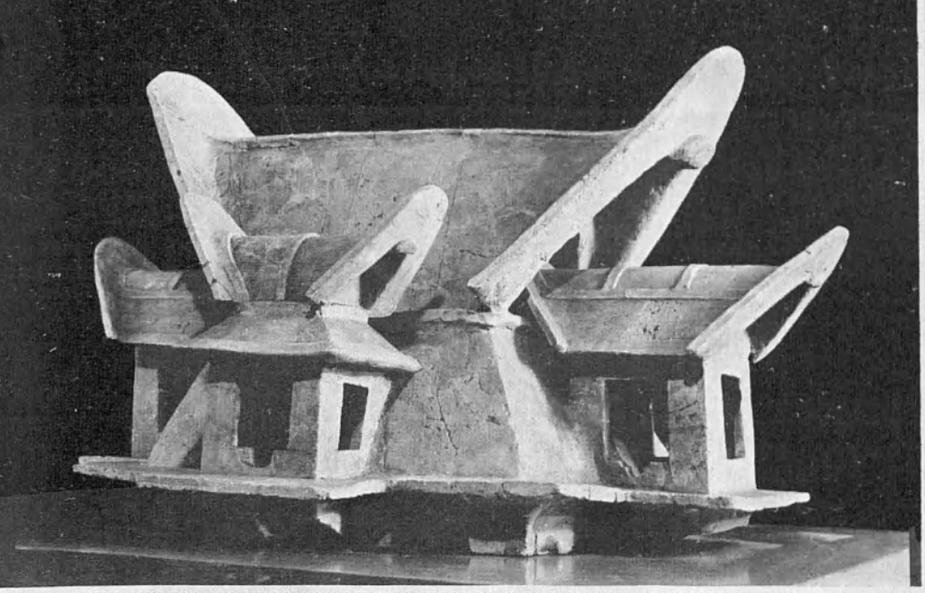


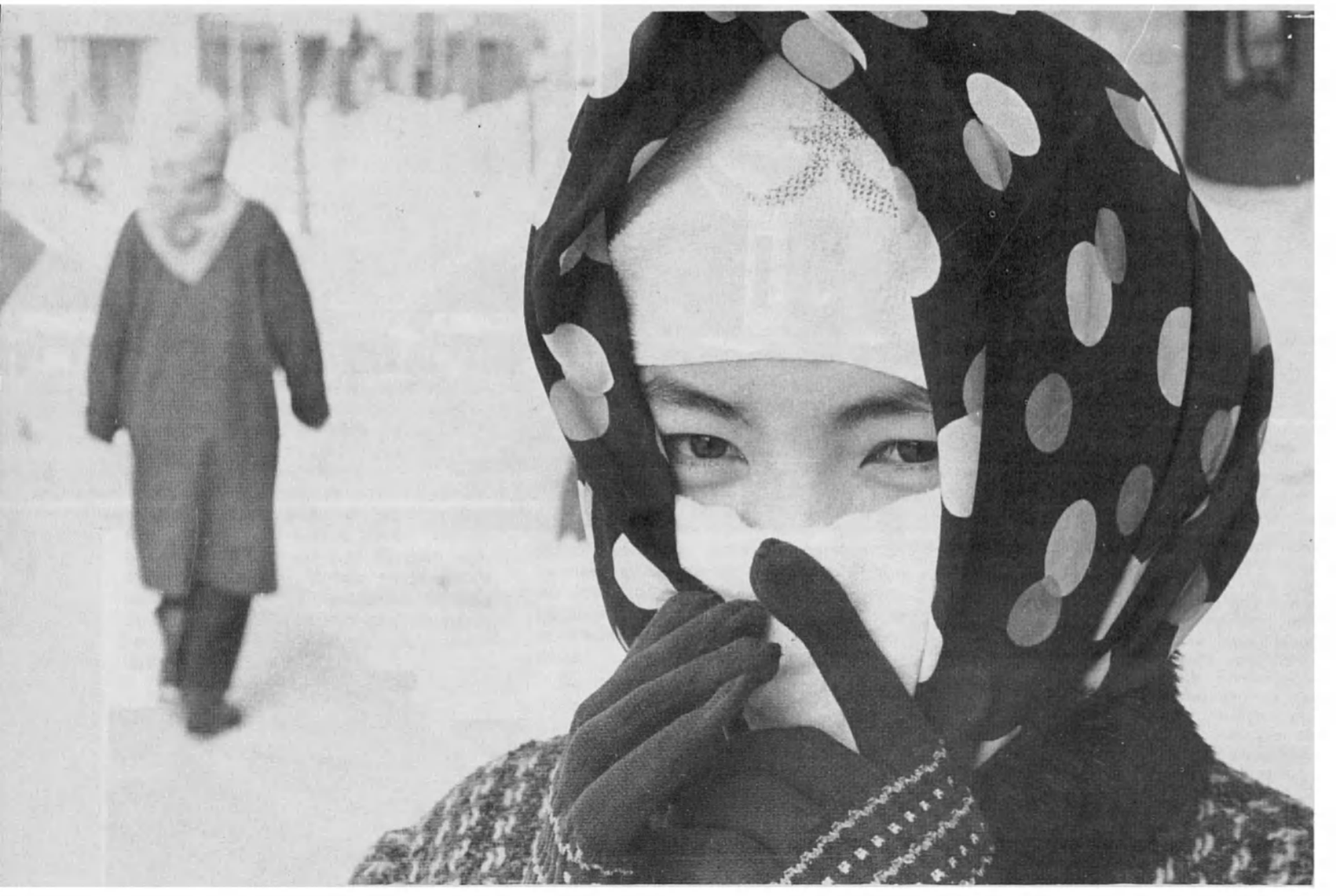
Foto © «Japan Times»

Foto © Ohashi - Shokokusha

LA HERENCIA DE LAS FORMAS

La arquitectura japonesa, llena de vitalidad y voluntad de renovación, encuentra con frecuencia el equilibrio estético y funcional que persigue sin desmayo, inspirado el atrevimiento de sus formas en una herencia antigua, cuya sobria elegancia conoce así nuevas variantes. La «haniwa» —escultura funeraria de barro en forma de casa— revela el asombroso parecido de los altos techos de paja con el techo de cemento armado de un hostal para la juventud construido por Motoo Take en el marco de un grandioso paisaje de montañas (foto de arriba, derecha). La línea moderna «en caparazón de tortuga» permite doblar la altura del interior del edificio. Derecha, el Palacio de Conferencias de Kyoto, obra de Sachio Otani —otro gran arquitecto japonés— en cuyos cinco pisos, concebidos para albergar grandes reuniones internacionales, se alía la gracia al rigor de la concepción. El estanque y los jardines le confieren además la poesía tan japonesa del medio circundante.

Foto © Osamu Murai



HOKKAIDO, UN NUEVO MUNDO SEPTENTRIONAL

Fotos © Orion Press Teruo Yamada, Tokio

Los japoneses llaman a Hokkaido «nuestro Far West». Yerma y casi deshabitada hace un siglo, la gran isla del Norte atraviesa ahora un momento de desarrollo espectacular, con importantes centros siderúrgicos, la fábrica de papel de diarios más grande del mundo, y agricultura y pesquerías que se han ampliado y mejorado extraordinariamente pese a los rigores del clima. Hokkaido, que está actualmente a una hora de Tokío por avión (a la izquierda, el aeropuerto de Kushiro) quedará unida a la isla de Honshu por un túnel submarino que, al completarse en 1975, será, con sus 36 kilómetros y medio, el más largo del mundo. A la derecha, Sapporo (850 000 habitantes) capital de Hokkaido, durante el Festival de la Nieve en que sus grandes avenidas y bulevares se ven adornadas por innumerables esculturas de hielo y nieve. En Sapporo tendrán lugar, en 1972, los Juegos Olímpicos de Invierno.

Foto Ministerio de Relaciones Exteriores, Tokio

La cosecha y secamiento de las algas marinas utilizadas en la industria alimentaria (fotos de arriba) se ha transformado en fuente de riqueza para las regiones del litoral de Hokkaido, en otros tiempos desheredadas. Abajo: en una granja-piloto, en el curso de una ceremonia colectiva presidida por el alcalde, se casan diez parejas de pioneros. En las mesas, las copas de saki que los novios se cambiarán, como lo quiere la tradición nupcial. A la derecha: partida en trineo de los recién casados para su breve viaje de bodas por el campo. Hokkaido es, por excelencia, tierra de inmigración y en verano su clima es agradabilísimo. Esta isla, que tiene la quinta parte de la superficie total del país, cuenta todavía con la más baja densidad de población registrada en éste.

Fotos © Orion Press - Teruo Yamada

Foto © Japan Illustrated

LA JUVENTUD
Promesa y problemas

La agitación estudiantil es un fenómeno que en los últimos años ha eruptado prácticamente en todos los rincones del mundo, pero según parece, sus primeras manifestaciones violentas se produjeron en el Japón hace dieciocho años. En 1950, los estudiantes de Tokío, en un arranque de violencia, se apoderaron de los locales universitarios y encerraron a los decanos de sus facultades para manifestar su miedo de que «el Japón volviera a verse envuelto en una guerra».

Esta demostración y las que la siguieron luego hicieron surgir en el Japón la noción del «poder estudiantil». Todo ello ocurrió cuando el Japón era todavía un país pobre que recién empezaba a recuperarse de la segunda guerra mundial; por ello es difícil convenir en que ese «poder estudiantil» sea un fenómeno típico de las sociedades ricas, como se dice tanto por ahí. Hay además otras naciones, sacudidas recientemente por revueltas de estudiantes, que están muy lejos de conocer la prosperidad.

Quizá quepa atribuir el desasosiego estudiantil en el Japón a los cambios drásticos que su sociedad sufrió luego de terminada la guerra. Mientras esta duró, el país hizo todos los esfuerzos imaginables por crear un sistema monolítico de sociedad movilizando para ello ese fondo de fuerza moral que yace en las profundidades de la historia del Japón. La derrota trajo luego una angustiosa sensación de vergüenza: lo corriente entre los japoneses fue entonces rechazar todos los aspectos de la vida nacional y compararla desfavorablemente con la idea utópica que se hacían de la vida en otros países. Por un tiempo el pueblo perdió casi completamente su equilibrio mental.

La sociedad japonesa logró luego reajustarse, pero hasta ahora no ha encontrado la fórmula que le permita guiar a su juventud de una manera racional. En cierto sentido, por consiguiente, los problemas de la juventud japonesa son los de los adultos, y

SIGUE A LA VUELTA

Esta nota periodística, en la que se pasa revista a varios de los problemas actuales de la juventud del Japón, está basada en el comentario de diversas autoridades que han estudiado de cerca esos problemas. Cuéntanse entre ellas el escritor Michio Takeyama, autor de «El harpa birmana», libro para los jóvenes distinguido con diversos premios, y Saburo Nagai, miembro de la Comisión Japonesa pro-Unesco especializado en actividades de la juventud.

Una etapa en el despertar del estudiante

las dificultades y perplejidades de aquélla son producto del mundo forjado por sus mayores. Si los adultos no llegan a crear el ambiente necesario a los jóvenes de hoy, no se podrá culpar a éstos por la descomposición de la sociedad.

A nadie puede extrañar la agitación y confusión de los jóvenes en un momento en que les es imposible a los adultos encontrar terrenos para el acuerdo en las complicadas relaciones internacionales de nuestros días. Los jóvenes tienen esas aspiraciones de paz y amistad naturales en la humanidad entera, pero cuando quieren lograrlas inmediatamente y encuentran bloqueado el camino reaccionan —a veces violentamente— contra los obstáculos que se les ponen al paso.

Nadie conoce la solución de los graves problemas actuales; nadie tampoco podría trazar un programa de acción capaz de eliminar los impacientes recelos de la juventud de nuestros días. Pero hay que luchar por comprender la causa de su insatisfacción e infundir en quienes la sienten la confianza de que la sociedad ha de hacer todos los esfuerzos imaginables por resolver los espinosos problemas que la esperan.

Esta comprensión que se requiere de los adultos no debe dar lugar al «apaciguamiento» ni a dejar que los jóvenes hagan lo que quieran. Tampoco puede fomentarse la violencia pensando que ello es parte del proceso de «comprensión». La aparición de una generación que tiene sus propios valores, sus propias ideas, hace cada vez más difícil la comunicación entre las generaciones: entre profesores y estudiantes, padres e hijos, patronos y empleados. En lugar del diálogo —del necesario diálogo— surgen conflictos que intensifican las diferencias en vez de resolverlas.

Tal divorcio contribuye a profundizar la sensación de inseguridad de los jóvenes, y cuando el conflicto entre las generaciones se ve complicado por opiniones ideológicas irreconciliables o por las disensiones que dividen al mundo actual la situación empeora, como ocurre con frecuencia en el Japón.

La razón de la rapidez con que se irradia por el mundo la ola actual de inquietud estudiantil puede atribuirse parcialmente a los medios de comunicación con que se cuenta en la actualidad. Por televisión y por radio se sabe inmediatamente lo que acaba de ocurrir en cualquier sitio del mundo. Influenciada por lo que ha visto, leído u oído, la juventud de muchos países reacciona de una manera parecida, aunque las condiciones de vida en el sitio donde lo hace difieran esencialmente de las que han provocado la chispa inicial en otro lugar. De este modo puede producirse, en muchas sociedades donde los jóvenes creen que la violencia dará resultados, una especie de reacción en cadena por lo que se refiere a las revueltas y disturbios.

Para el estudiante que ingresa a la Universidad, el hecho de participar en uno de esos movimientos que requieren valentía y determinación en ciertos instantes está rodeado de una aureola de acceso a la mayoría de edad; es una especie de «rite de passage», una etapa en el despertar personal al mundo que lo rodea a uno. Pero cuando ese estudiante se recibe y deja la Universidad para trabajar, por lo general se adapta a la estructura de la sociedad que atacaba poco tiempo atrás.

Esto, por lo menos, es lo que ocurre en el Japón. Pero aunque viene bajando últimamente el número de estudiantes dados a las manifestaciones de violencia, los que quedan en la brecha se entregan a una agitación más agresiva aún que la registrada en otros tiempos. Esto se debe sin duda al estímulo de lo que pasa en otras partes del mundo.

Las causas que los mueven y los hacen actuar son causas que, en la mayoría de los casos, conmueven su profundo sentido humanitario; y así organizan demostraciones en contra de las armas atómicas y de la guerra en todos sus aspectos en las cuales se ven reflejadas, junto a su aspiración a un mundo mejor, la aversión general de los japoneses por todo conflicto armado. Los elementos políticos y las ideologías en pugna tienen su parte en todo ello, sin duda alguna. La tempestuosa «Zengakuren» (Federación Nacional de Asociaciones pro Autonomía Estudiantil) es un ejemplo de esto, y la extrema violencia de sus manifestaciones ha sacudido y asombrado al mundo.

La intervención policial en los locales universitarios, que los estudiantes consideran como otros tantos santuarios, es un motivo de aguda controversia en el Japón actual. Las autoridades universitarias, que han recurrido a la policía para acabar con las manifestaciones de violencia dentro de las universidades, han sido denunciadas hasta por muchos elementos moderados del cuerpo estudiantil por lo que se considera «violación de los derechos extraterritoriales de los estudiantes».

Hace poco toda la hueste estudiantil de la Universidad de Tokío se declaró en huelga. El disturbio comenzó en la Facultad de Medicina, donde se exige a los futuros galenos que sigan seis años de estudios seguidos por otro de práctica en un hospital. Después de someterse a un examen de carácter nacional, el practicante tiene por fin su título de médico.

En otros tiempos los practicantes no recibían sueldo, y llegó un día en que se pidió a las autoridades que les fijaran la compensación adecuada. Para los estudiantes que han aprobado el examen nacional se ha creado un nuevo sistema de «registro médico» por el cual trabajan como internos durante dos años en uno de 216 hospitales del país designados a tal efecto, recibiendo para sus gastos mensuales entre 12.500 y 25.000 yen (40 y 70 dólares). Los estudiantes de medicina consideran muy insuficiente esta suma y reclaman, junto con su aumento, hospitales mejor dotados, con los adelantos más modernos y las facilidades necesarias para la

Fotos © Orion Press
Satoshi Ohkoshi

investigación médica. La posibilidad de comenzar los cursos a mediados o fines de setiembre no era, mientras estos problemas no se resolvieran, muy firme que digamos.

La forma en que han aumentado las filas del estudiantado ha multiplicado los problemas. El aumento fenomenal de la tasa de nacimientos inmediatamente después de terminada la guerra se refleja ahora en la ola de estudiantes que quieren ingresar a la Universidad. Pese a los grandes esfuerzos hechos por el Gobierno para aumentar la capacidad de las aulas y el número de personal docente, sólo uno de cada cinco estudiantes en esas condiciones tuvo oportunidad de inscribirse en los primeros meses de 1968. Uno de los diarios principales predijo a principios de este año que en marzo se negaría el ingreso a los colegios y universidades a más de 280,000 candidatos, y que la mayoría de ellos intentarían probar suerte el año próximo, aumentando así el número de los que han de verse frustrados en su aspiración.

Hasta aquí ha seguido el lector los problemas universitarios y el del movimiento por el «poder estudiantil». Con respecto al resto de la juventud japonesa, los problemas, relativamente, son menos. El Japón tiene, como varios otros países, un dolor de cabeza con la delincuencia juvenil. Pero por primera vez en estos últimos tiempos no hay desocupados en el país, y la vida de los trabajadores ha mejorado y se ha estabilizado de una manera notable.

Si se juzgan las cosas con la vara de medir de la utopía (como los estudiantes están dispuestos a hacer tan a menudo) se verá que las disposiciones que producen la mejoría parcial de una situación determinada son insuficientes para sortear del todo la brecha abierta entre la realidad y el ideal. En otras palabras: si la cosa no mejora por completo, el resultado obtenido no querrá decir nada. Pero para la juventud trabajadora del Japón la vara es una medida concreta a tomarse para mejorar la realidad.

En los últimos veinte años el Japón ha sufrido cambios fabulosos, pero la base del desarrollo del país la sigue constituyendo el sentido tradicional de los valores que tiene el pueblo. El Emperador es, como siempre, el símbolo de la unidad nacional; el viejo sistema familiar ha quedado abolido, pero la familia sigue siendo una unidad importante dentro de la sociedad; y la lealtad a la compañía u organización para la que se trabaja —una lealtad que en cierto modo se parece a la que uno tiene para con su familia— se considera todavía como una característica de la sociedad japonesa. Las mujeres, que desde que terminó la guerra conquistaron el derecho al voto y desempeñan un papel cada vez más importante en una serie de actividades diversas, son siempre fieles a la familia. Las chicas de bikini en una playa no escandalizan a nadie sino a la gente muy anticuada. Todo se ha hecho libre y abierto, empezando por las relaciones entre hombre y mujer.

Diciendo que el modo de pensar, la manera fundamental que los japoneses tienen de encarar la vida, no ha experimentado un cambio tan total como algunos piensan, no se falta por cierto a la verdad. En los últimos veinte años el carácter tradicionalmente industrioso del Japón se ha ampliado y fortificado. Esta nación isleña y homogénea, que tiene poco paralelos en el mundo, se ha formado en el curso de varios miles de años, y es difícil que su tradición se desmorone de la noche a la mañana.

La expansión de la industria ha sido como una sirena que llamaba y llama a los jóvenes a las ciudades y a las fábricas. La mitad de elllos se encuentra concentrada en las zonas industriales, y dos tercios de la población estudiantil están inscritos en los colegios y universidades de seis grandes ciudades japonesas: Tokío, Yokohama, Nagoya, Kyoto, Osaka y Kobe. Junto con la urbanización y la industrialización, ha variado radicalmente la distribución de los jóvenes entre las diversas profesiones y oficios, y ahora el 95% de ellos se dedica a la industria y al comercio.

Los que llegan a la ciudad pierden frecuentemente las raíces y llevan una vida de solitarios. Muchos de ellos buscan un nuevo significado a la vida en las ideologías políticas y religiosas: el aumento del interés por la religión ha sido general, y una secta budista, la Sogakakki, ha atraído a la décima parte de los japoneses a sus filas. Pero entre los jóvenes japoneses no se advierte todavía ese espíritu finisecular que algunos dicen que predomina en Europa.

A los padres no los choca ni asusta lo que hace la generación más joven. Ni el nihilismo, ni las drogas alucinógenas, ni la libertad sexual ni el culto de la violencia se han arraigado en la manera de pensar o en la conducta de ésta. En los Estados Unidos puede haber chicos que griten: «Hagan el amor, no la guerra». En el Japón gritarán simplemente «No hagan la guerra». El «hagan el amor» no se dice, así, a gritos. Esta lealtad a ciertos principios morales puede constituir una fortaleza para el Japón del futuro.

La guerra asestó al país un golpe terrible tanto desde el punto de vista físico como del mental. Pero la gente se ha recuperado asombrosamente. Cuando se está frente al ritmo juvenil y vigoroso de la vida actual, la estupefacción que paralizó a la gente entre las ruinas al final de la guerra parece un sueño. El pesimismo imperante entonces, que pensamos que no se disiparía jamás, ha desaparecido.

Basta ver las filas de empleados y obreros bien vestidos que van a sus oficinas o fábricas por la mañana para darse cuenta de que el país no va taimadamente en pos de nada. La vida, el empuje de todos ellos, son libres y espontáneos; y cuando se piensa en la suerte que han corrido algunas naciones en lo que va del siglo, quizá sea mejor que el Japón no tenga fines interesados que perseguir en esa forma.

En el Japón, como en tantas otras partes, el estudiantado se agita buscando una reforma de las estructuras universitarias, desequilibradas tanto por el fenomenal crecimiento demográfico como por la actual aceleración del saber. A ello, como en tantas otras partes también, se mezcla una protesta en que se expresa la inquietud juvenil por las cuestiones nacionales y por los graves problemas del mundo. A la izquierda, manifestación de estudiantes de la Facultad de Ciencias de Tokio. A la derecha, arenga ante el micrófono de un líder estudiantil.

Foto © tomada de «Esculturas Japonesas» por J. E. Kidder, Ediciones Bijutsu Shuppan-Sha, de Tokio, y Office du Livre, Friburgo

Evolución de la escritura japonesa

EL IDEOGRAMA Y LA TELETIPO

por *Shin-Ichi Hasegawa*

Mano y pincel en el gesto secular del calígrafo (izquierda) constituyen un detalle de una escultura en madera de alcanforero existente en el Templo de Oro de Horyuji, en Nara y debida a un artista japonés del siglo VII.

En libros, revistas y diarios del Japón aparecen todavía, en vez de las letras del alfabeto occidental, decenas de millones de ideogramas chinos. Aunque los tipos de imprenta movibles se inventaron en la China seis siglos antes de que Jan Gutenberg imprimiera su famosa Biblia por ese sistema, ni él ni los artesanos chinos habrían podido imaginar el enorme volumen que alcanzaría en el Lajano Oriente la publicación de libros y revistas.

Los ideogramas chinos se crearon varios miles de años antes de la era cristiana. Wani, un gran maestro de Corea, regaló al Japón, en el año 285, los primeros libros extranjeros escritos en caracteres chinos: las « Analectas » (o florilegio) de Confucio, y «El libro clásico de los mil caracteres».

Las Analectas de Confucio contienen 2.200 caracteres de esa clase. Tal era el número conocido por la clase culta; un mundo nuevo para el resto de los habitantes del país, que no tenían letras propias para expresar el lenguaje que hablaban.

A simple vista los ideogramas chinos parecen complejos y hasta grotescos, pero al mirárselos por segunda vez resultan llenos de significación y de belleza. Aunque en las primeras etapas de esa cultura sufrieron diversos cambios, muchos de los que siguen usándose hoy en día apenas si difieren de las formas empleadas hace dos mil años.

Se dice que el ochenta por ciento de los caracteres ideográficos chinos se han creado combinando un símbolo fonético o indicador de otra índole con el significado de la palabra, cosas que se ponen a uno y otro lado del ideograma. Toda vez que se estimaba necesario expresar algo nuevo que se había visto o una idea nueva que se tenía se iban creando caracteres nuevos. Muchos de ellos han dejado de usarse, pero el grueso de los inventados hasta el siglo XVIII está registrado en el diccionario.

El Diccionario Kiang Hsi, publicado en China en 1716, durante los primeros años de la dinastía Ching, contiene 47.000 caracteres chinos. En el «Gran Diccionario» compilado por un grupo de eruditos japoneses y que es de uso corriente en el Japón, hay 14.924. Cada ideograma tiene un número, de modo que es fácil llevar una cuenta justa. Desde que se editara por primera vez en 1917, este «Gran Diccionario» ha tenido más de 2.400 reimpresiones.

La supervivencia en nuestros días de los grandes monstruos prehistóricos se consideraría un milagro. No lo es menor el hecho de que los japoneses empleen actualmente, para leer y escribir, tantos caracteres como empleaban los chinos y coreanos hace siglos. En el Japón, en la China, en Corea, en Hong-Kong, en Singapur, en Malaya, y en los lugares donde viven gentes de estos países, como las Filipinas y los Estados Unidos de América, hay diarios impresos en caracteres chinos. En el Vietnam estos fueron sustituidos por el alfabeto romano bajo la administración francesa —hace ya ochenta años— excepto en los textos budistas sagrados, que todavía se estudian en ideogramas.

Manejar tantos de éstos en la vida cotidiana puede parecer, desde el punto de vista docente, un fardo muy pesado. También puede parecer inconveniente: por lo menos los que están acostumbrados a usar caracteres fonéticos lo creen así en muchos casos. Puede que tengan razón, pero uno tendría que pensarlo dos veces.

Hay en el Japón de nuestros días un 99 % de analfabetos. De acuerdo con una estadística compilada en Octubre de 1927, existen allí 121 empresas editoras de diarios que tiran diariamente 32.447.141 ejemplares, o sea 1.23 por familia. Con ello el país figura entre los tres primeros del mundo en cuanto a circulación de diarios y periódicos. El primer diario del Japón fue el «Yokohama Mainichi Shimbun» que apareció en 1870, dos años después de haber comenzado la Restauración Meiji.

La publicación más vieja existente en el Japón —que se cree sea también la más vieja del mundo entre las manuscritas— es un libro de escrituras búdicas hecho en el 770 de nuestra era. El arte de la impresión ha adelantado gradualmente desde entonces, pero en la mayoría de los casos se ha empleado el método de los tipos de madera o la litografía. Los tipos de metal —que los chinos habían empleado ya quinientos años antes y Gutenberg un siglo después que ellos— se empezaron a fabricar en el Japón un año después de haber comenzado la Revolución Cultural Meiji, o sea en 1869. En 1870 se trajo de Shanghai una imprenta completa. La industria ha florecido fantásticamente desde entonces.

En 1967 se publicaron 37.904 títulos distintos, alcanzando el total de ejemplares a 487.860.000 y el volumen de ventas a 614.362.500 dólares. Las obras literarias fueron las más vendidas; en segundo lugar vinieron las de ciencia social, en tercero las de ingeniería, y en cuarto los libros para adolescentes y los textos escolares.

En el curso de un siglo Japón se ha puesto a la cabeza de las naciones asiáticas por lo que respecta a actividades editoriales, pese al fardo que significa el tener que usar tantos cateres ideográficos.

Aunque la China y el Japón hagan uso de los mismos ideogramas, hay ciertas diferencias fundamentales entre ambas, diferencias que indican la respuesta japonesa al desafío de una civilización más elevada y asentada milenariamente en el continente asiático. En una palabra, el Japón ha «ajaponesado» la práctica china del uso de ideogramas.

Antes del siglo VIII los japoneses se las arreglaron para expresar sus sentimientos e ideas utilizando la foné-

SIGUE A LA VUELTA

SHIN-ICHI HASEGAWA *es redactor en jefe de la edición japonesa de «El Correo de la Unesco» desde que ésta se creó en 1961. El destacado periodista, cuya preciosa y constante colaboración con la redacción de nuestra revista ve su término con la aparición de este número, dedicará todo su tiempo de ahora en adelante a las actividades de la Comisión Japonesa pro-Unesco, de la que forma parte desde 1965, así como a sus funciones de conferenciante sobre problemas de información en las universidades de Keio y de Waseda. Durante 26 años Hasegawa ha sido uno de los miembros más importantes de la dirección del «Japan Times».*

Las mujeres crean su propio sistema

tica del idioma chino tal como era en ese entonces. El sistema recibió el nombre de «Manyo-kana», y la obra más importante escrita según él es el «Manyoshu», colección de poemas japoneses editada en el siglo IX que contiene cerca de 4.500 poemas compuestos en los cuatro siglos y medio precedentes. Se registró estos poemas en caracteres chinos, a cada uno de los cuales se asignó una pronunciación japonesa, no la pronunciación china de ese entonces.

A fines del siglo X se inventaron otras dos clases de «kana»: el «Hira-kana» y el «Kata-kana». Ambos aportaron una modificación y simplificación de la forma escrita de los caracteres chinos, generalmente reducidos a una parte de lo que eran. Escritos con mucha mayor rapidez, esos caracteres dejan así de ser ideogramas para convertirse más bien en sílabas fonéticas. El «Hira-kana» fue inventado por mujeres y en un principio se lo llamó «escritura femenina». En el período Heian, en que la corte imperial japonesa gozó de paz y prosperidad excepcionales, se elevó la posición de las damas de la corte, que usaron su propio método de escritura mientras los hombres de posición encumbrada aprendían los clásicos chinos. Estas damas produjeron muchas novelas y relatos entre los que se destaca como obra maestra la «Historia de Genji» escrita por la Dama Murasaki a principios del siglo XI.

El otro tipo de silabario japonés, el llamado «Kata-kana», se empleó al principio como una colección de símbolos fonéticos para ayudar a los estudiantes a leer los clásicos chinos en el modo japonés. El «hira-kana» es el sistema más popular. Luego de la era Meiji se asignó al «Kata-kana» la nueva e importante función de escribir términos de origen extranjero en forma japonesa. El número de caracteres o formas dentro de estos sistemas puramente japoneses de escritura fonética es de 48, mayor, desde luego, que el del alfabeto occidental, que tiene 26, pero los primeros tienen la ventaja de expresar dos sonidos, es decir, una consonante más una vocal, o sea una sílaba para cada uno.

Tal particularidad del «kana» japonés, combinada con los ideogramas importados de China, ha permitido al pueblo del Japón expresar sus deseos y pensamientos en la literatura y en la vida cotidiana. La combinación de símbolos chinos y sílabas fonéticas creadas en el Japón puede considerarse como el casamiento de dos civilizaciones, una continental y otra insular. Siguiendo una reacción típica cuando se enfrenta con civilizaciones distintas a la suya, éste se ha puesto a crear su propia cultura literaria. Algunas de las primeras novelas escritas por damas de la corte estaban compuestas completamente en «Hira-kana» y hacían exclusión de los caracteres chinos. Luego hubo escritores que imitaron a sus colegas femeninos, como por ejemplo Kino Tsurayuki, que en el período Heian (siglo XX) escribió el «Diario de Tosa».

El reto de la civilización europea llegó a las playas japonesas en la persona de un misionero jesuita, italiano de nacionalidad, que acompañaba a una delegación de tres jóvenes católicos enviados al Papa por los señores feudales de Kyushu que tenían creencias cristianas. Era el año de 1590, y el misionero llevó consigo al Japón una prensa de imprimir, juegos de caracteres europeos fundidos en metal y varios hombres que conocían el oficio de la impresión.

Esos hombres imprimieron más de 20 libros en latín, en portugués y en japonés escrito a la manera románica. Esta obra tuvo lugar en Amakusa, Nagasaki y Kyoto, en los años que quedaban del siglo. Algunos ejemplares se conservan como tesoros nacionales, y entre ellos no hay solamente textos católicos, sino también las Fábulas de Esopo y el «Heike-monogatari», historia heroica del clan feudal que dominó el país a fines del período Heian.

Aunque fuerte, esta influencia de los misioneros católicos fue de corta duración, ya que por razones de orden político el Japón cerró completamente sus puertas a los extranjeros desde 1639, con excepción de los holandeses y los chinos. Dos siglos pasó el Japón apartado del mundo y sumido en un sueño de paz; dos siglos en que su civilización maduró en la política, la cultura y el comercio. Que la paz es la base de la cultura lo demostró claramente esa civilización japonesa. Luego, bajo el gobierno del Emperador Meiji, se inició la política de puertas abiertas. Esta fue la tercera respuesta que el país diera al reto de la civilización extranjera que, en el empuje imperialista del siglo XIX, acabó por atacar a la pequeña monarquía insular.

Tres maneras de escribir «nihongo», es decir, «lengua japonesa», que siguen usándose en el país: 1. Kanji; 2. Hira-gana; 3. Kata-kana.

La creación de ideogramas fue necesaria en la China, donde un fuerte gobierno central se vio obligado a publicar anuncios, no por vía oral —cosa difícil en extensiones tan vastas y tan pobladas— sino en forma escrita. La Grecia de la antigüedad comprendía un territorio reducido y dividido en varias ciudades-estados independientes. En este caso el lenguaje hablado se vio imbuído del espíritu de la democracia. En la China la situación fue distinta, y el Japón heredó la civilización literaria de ésta. Pero el Japón, comparado con ella, es un pequeño país con una gran densidad de población. Se puede acabar con el analfabetismo en un país así cuando el gobierno y el pueblo se unen en un

Foto © Pierre Rambach. París

Desde épocas muy remotas la caligrafía, tanto en la China como en el Japón, es un arte con iguales títulos que la pintura. Los japoneses lo adoptaron y llevaron a un grado de refinamiento elevadísimo. Izquierda: en una pantalla a la entrada del templo Sambo-in, cerca de Kyoto, un caligrama zen, signo que contiene un doble mensaje: por una parte al ojo, atraído por su gracia danzante y evocadora, y por la otra a la mente, por el sentido de las palabras, que en este caso significan «Vale más despegarse de las cosas».

esfuerzo por hacer adelantar la ilustración general, y al abrir sus puertas al mundo el Japón tenía ya un nivel relativamente alto de educación popular.

El fenómeno de la Restauración Meiji en 1868 está expresado, en primer lugar, por el cambio de los valores culturales del Oriente por los del Occidente. Para cumplirlo había, por lo que se refiere al idioma, cuatro alternativas. La primera —y también la más radical— era suspender el uso de los ideogramas chinos y adoptar el alfabeto latino. La segunda era escribir el japonés únicamente en «kana»; la tercera, usar una combinación de éste y de ideogramas chinos —como se venía haciendo desde hacía diez siglos—, y la cuarta, limitar el número de ideogramas chinos empleados en la escritura cotidiana y en las escuelas primarias para aligerar el fardo de los escolares. Las cuatro se pusieron en práctica.

Por lo que se refiere a la educación en primer lugar, aunque el gobierno feudal de Tokugawa cerró oficialmente la puerta al mundo exterior, poco a poco fue llegando a los japoneses noticia de los cambios que se iban registrando fuera por los libros holandeses que recibían y por su contacto con comerciantes de la misma procedencia. Un estadista erudito de principios del período Tokugawa, Hakuseki Arai (1657-1725) aprendió el alfabeto romano en uso en los países europeos y dijo en un libro: «Los europeos usan un alfabeto que comprende poco más de veinte letras. Nosotros manejamos más de diez mil caracteres. A menos que se tenga una memoria muy grande, es imposible acordarse de todos. Tratar de hacerlo importa una pérdida de energía». Hakuseki Arai fue el primer reformador de un idioma que los japoneses se habían acostumbrado a usar por espacio de diez siglos.

Otro estadista muy letrado, Hisoka Maejima, dijo al Shogunato, dos años antes de la Restauración Meiji, que el Japón debía abolir el uso de todos los caracteres chinos y emplear solamente el «Hira-kana». Después de la Restauración, Maejima sacó a luz un diario impreso solamente en este último sistema de escritura: el «Kanagawa Kana Shimbun», que vivió un año solamente. Luego inició la publicación de otro diario, el «Yubin Hochi Shimbun», que duró varios lustros.

Hoshikazu Nanbu hizo en 1869, a los funcionarios encargados de la enseñanza, la sugerencia de escribir todo lo que pudiera decirse en japonés con las letras del alfabeto romano. A los intentos de Maejima y de Nanbu siguieron después otros en el mismo sentido. Pero en vez de preconizar la abolición de los caracteres chinos, otra fórmula de transacción apareció en 1872 al decir Yukichi Fukuzawa, gran pionero de la nueva cultura japonesa, que para el lector corriente bastaría con aprender de 2.000 a 3.000 ideogramas y usar las sílabas fonéticas del kana para reemplazar el resto. «En este libro» (Enseñanza de las letras) «yo empleo menos de 1.000 ideogramas chinos. No creo que frente a tan pocos caracteres le sea imposible al lector enterarse de lo que el libro significa» dijo ese precursor de la nueva tendencia.

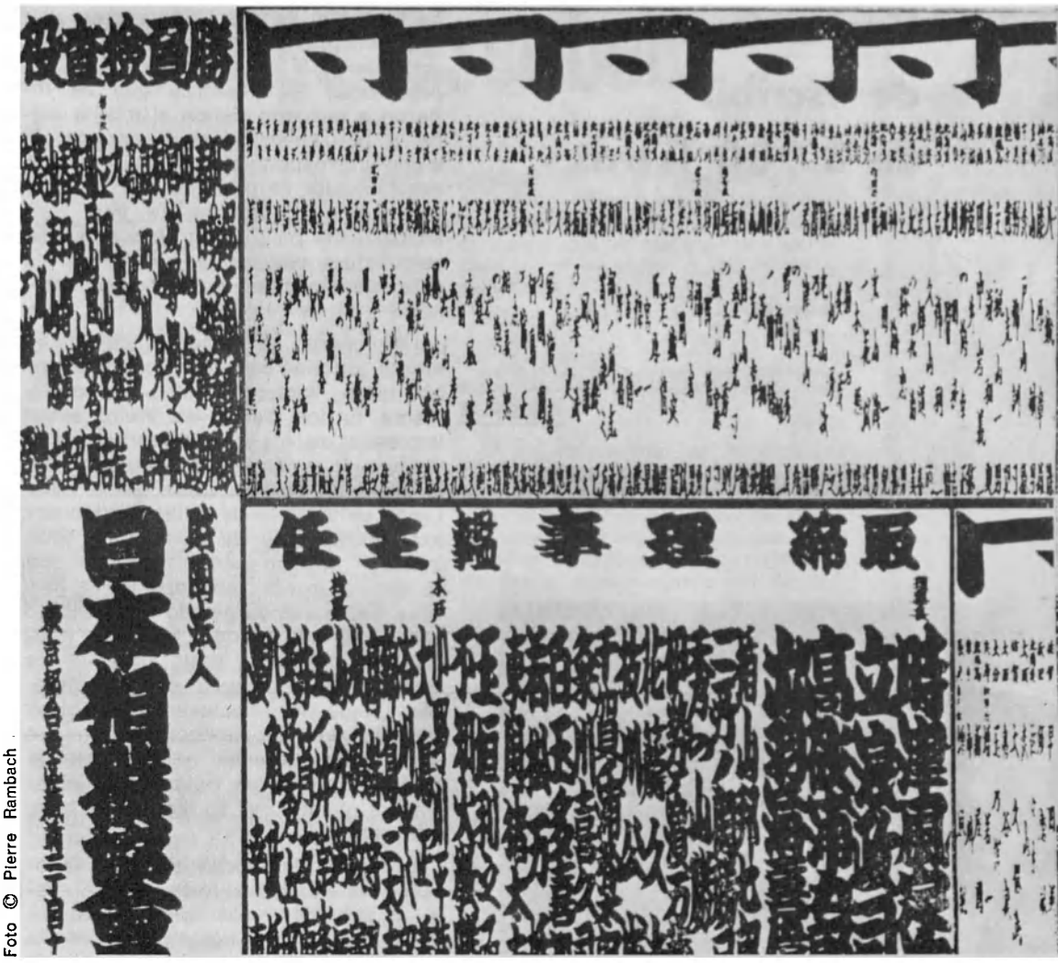


Foto © Pierre Rambach

Este cartel, que anuncia un espectáculo de la lucha japonesa llamada «sumo» y que reproducimos aquí parcialmente en tamaño natural, ostenta la presentación tradicional, que sigue en vigencia en nuestros días. Arriba van los nombres de los luchadores, y abajo los de los miembros del comité de la sociedad de «sumo». La armonía con que están dispuestos los caracteres y la elegancia de todo el «affiche» hacen de él un verdadero cuadro.

Luego de la Segunda Guerra Mundial se redujo oficialmente el número de ideogramas chinos empleados corrientemente. Un comité de estudios del idioma había recomendado en 1923 que para la vida cotidiana se emplearan 1.960 caracteres chinos, recomendación que siguieron en ese entonces veinte diarios.

En 1946, el mismo año en que se promulgó la nueva Constitución democrática del Japón, el Gabinete decidió que sólo debían emplearse 1.850 ideogramas chinos. Este provocó controversias y suscitó una revisión varios años después, en que el número se aumentó a 2.000. La tendencia actual es a aumentarlo más aún para que todos puedan leer a los clásicos. También se ha dicho que cualquier decisión en el sentido de reducir el número de ideogramas debe tomarla, no el gobierno, sino el pueblo. En última instancia, lo que decidiría cuántos ideogramas deben emplear los japoneses habría de ser la corriente de la historia.

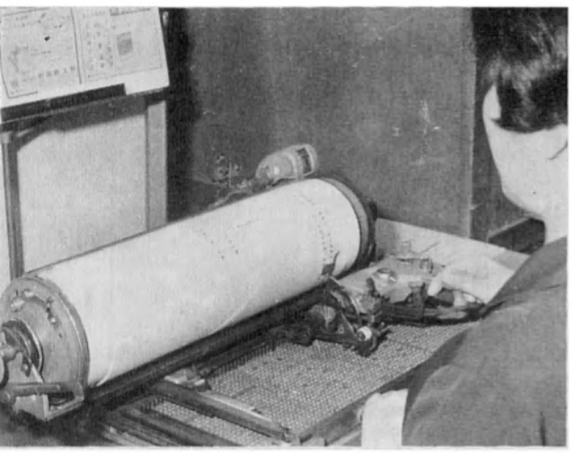
Otra tendencia registrada luego de la última gran guerra fue la de limitar el uso de los caracteres chinos y, a la larga, lograr su completa abolición. El grupo que postulaba esta solución quería que se adoptara o la escritura «kana» o el alfabeto romano. Pero en estos últimos años su idea ha perdido fuerza, y al extenderse la educación superior el movimiento por una «vuelta a los caracteres ideográficos» ha recibido considerable impulso. Aprenderse los ideogramas presenta muchas dificultades, pero también tiene muchas ventajas. Al lego esos caracteres le parecerán letras, pero en realidad son palabras, de modo que el lector ve en ellos muchas ideas de una vez.

Los japoneses tienen también un sistema, el «furikana», que tiene grandes ventajas de orden práctico. A la derecha de todo carácter chino que no está en las listas de la escuela primaria se pone otro pequeño carácter «kana» que indica la pronunciación, y por consiguiente el significado del ideograma.

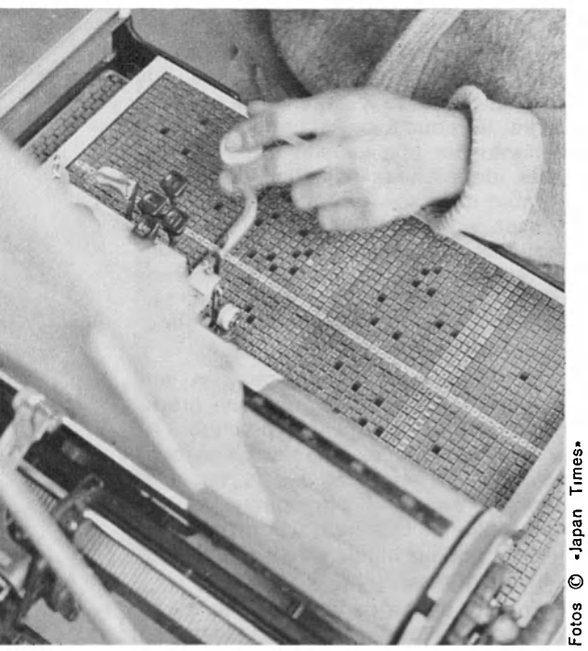
En esta época de calculadoras electrónicas la combinación de las dos

SIGUE A LA VUELTA

Una máquina de escribir de 3.000 letras



La dactilógrafa japonesa dispone de una sola tecla pero de 3 130 caracteres (o más) dispuestos en un tablero horizontal. Antes de golpear la tecla, la lleva, junto con su palanca, encima del carácter correspondiente (foto de abajo). En el papel (arriba) se imprimen los caracteres alineándose verticalmente o, si se quiere, horizontalmente.



Fotos © «Japan Times»

partes que en los ideogramas chinos constituyen una palabra no deja de tener sus ventajas. Por ejemplo: casi todas las palabras que se refieren a pescado tienen el mismo signo a la izquierda del ideograma. El signo correspondiente a un pescado determinado: atún, carpa o trucha, se expresa a la derecha. Es muy fácil encontrar la palabra apropiada en una calculadora electrónica con ayuda de esta clasificación de caracteres chinos.

Otro mérito (o demérito) del actual idioma japonés es que se puede escribir tanto vertical como horizontalmente. En los diarios los títulos están impresos de las dos maneras, como también lo están en los anuncios callejeros. En las esquinas de la calle Ginza de Tokío —la calle céntrica por excelencia, llena de tiendas de toda índole— hay un cartel luminoso que va dando un noticiario con letras móviles. Estas van surgiendo desde abajo para que se puedan leer las noticias de arriba a abajo, que es la manera más corriente de leer japonés. Cerca del «boulevard» hay otros carteles escritos horizontalmente de izquierda a derecha, y a veces de derecha a izquierda. Esta es la manera antigua, y cada vez su empleo se hace más raro.

En la Era Meiji todas las letras japonesas se escribían verticalmente. Pero al difundirse los idiomas extranjeros, que se leen horizontalmente, ha surgido una nueva tendencia en el Japón, como también en China: la de escribir horizontalmente. Esta tendencia está particularmente acusada entre los estudiantes universitarios y la gente de los círculos que leen artículos científicos.

En 1952 el Gabinete japonés hizo un anuncio trascendental: el de que de ahí en adelante los manuscritos preparados por los funcionarios de gobierno debían escribirse horizontalmente y de izquierda a derecha. Era la sanción oficial de la nueva costumbre; la excepción la constituyó el Ministerio de Justicia, donde los textos legales —incluso el de la Constitución— se escriben todavía verticalmente. Las empresas comerciales han seguido el ejemplo de las demás oficinas de gobierno. La escritura horizontal se ha puesto enormemente en boga para escribir el japonés, y se la usa hasta para los libros de texto. En los diarios, los artículos principales están impresos verticalmente, pero las cotizaciones de bolsa y los programas de radio y televisión lo están horizontalmente.

¿Por qué esta disparidad y esta libertad? Yo creo que porque los japoneses creen que el agua es libre por naturaleza y que cambia de forma de acuerdo con el recipiente. Así lo enseña el Zen-budismo, y así también la filosofía japonesa en el curso de los siglos.

Uno de los problemas de los técnicos de la imprenta ha sido el de cómo manejar mecánicamente tantos ideogramas. En 1915 se inventaron máquinas de escribir con caracteres japoneses y con «kana», y ahora se las ve en todas las oficinas. Pero en lo único que se parecen a las occidentales es en el nombre, ya que las japonesas tienen nada menos que 3.130 símbolos como mínimo, todos metidos compactamente dentro de una caja. Los 271 que se usan más comúnmente se encuentran en el centro, y los menos empleados están a los lados de este grupo, con marcas de números y «kana» para poder identificarlos rápidamente. Se escribe en esta máquina estirando el brazo hasta que la mano esté directamente encima del carácter que se necesita y apretándolo hacia abajo con firmeza. Es una forma muy lenta de dactilografía, aunque un experto puede marcar 714 ideogramas chinos en diez minutos.

Una invención reciente en la esfera de la impresión y mucho más útil que la de esas máquinas de escribir es la de una teletipo para los ideogramas chinos clásicos. Se conecta una teletipo eléctrica con una monotipo. Al moverse la primera, hace muchos agujeros pequeños en el papel y, siguiendo la indicación de estas perforaciones, una linotipo produce los caracteres deseados. En 1955 el diario «Asahi» inauguró el sistema, y la Agencia Kyodo lo adoptó en 1960, logrando con ello una gran aceleración en la transmisión de noticias.

El «Asahi» emprendió en 1959 la comunicación de facsímiles de páginas completas de su edición de Tokío a los diarios del grupo que se publican en Hokkaido, el centro industrial situado al norte del Japón. Usando este procedimiento se imprimen por el proceso llamado de «offset», páginas idénticas de noticias con las películas que suministra una oficina central y se suprime así la necesidad de volver a componerlas. El «Yomiuri», otro diario, usa un sistema similar entre Tokío y Takaoka, y el «Nihon Keizai» entre Tokío y Fukuoka, así como en otras ciudades del país. Es una especie de «control remoto» por medio de la electrónica.

La radio y la televisión han vuelto a liberar a los japoneses del yugo que significan los ideogramas. La radio empezó a funcionar en 1925 y la televisión —tanto pública como privada— en 1953. Utilizan ambos medios de comunicación 19.864.782 familias, o sea que los escucha y ve el 82,5 % de la población. Los espectadores de la televisión en colores ascienden a más de un millón de familias.

Como estos medios audiovisuales no necesitan ni tipos ni imprentas, con ellos se evita la molestia de usar ideogramas. Pero, por extraño que parezca, desde que empezó la televisión en el Japón el mundo editorial goza de mayor prosperidad que nunca.

El éxito de la modernización del Japón ha aumentado de esta manera la capacidad del pueblo para disfrutar de la cultura literaria nacional.

Los lectores nos escriben

EFECTOS HALAGADORES

El mejor material de lectura sobre la amenaza que constituyen las drogas narcóticas que haya llegado a mi conocimiento es, con mucho, el publicado en el número de «El Correo de la Unesco» correspondiente a mayo pasado. Las fotos son verdaderamente gráficas y oportunas, y el texto fresco y convincente. Es verdaderamente excepcional el servicio que prestan Vds. desde el punto de vista de la salud pública al publicar un material de tal calidad sobre un problema cuyas proporciones siguen creciendo.

Presto servicios al Estado de Oregón como uno de los tres componentes de su Junta de Control, responsable por la salud mental de los habitantes del Estado y, en consecuencia, por la acción que se tome frente al problema de las drogas. He pasado ese número de revista al Director de nuestra División de Salud Mental porque creo que algunas de las ideas expuestas en él podrían ser llevadas a la práctica en Oregón.

Robert W. Straub,
Tesorero Oficial,
Salem, Oregón.

Deseo felicitarlos por el excelente número dedicado al abuso actual de los estupefacientes. Como director de una revista de salud mental, tengo todas las razones para creer que ese número constituye una contribución de gran importancia a la educación general en esa materia. Aunque los artículos están escritos en lenguaje claro, comprensible, que no tiene nada de jerga técnica, tampoco se dirigen al lector como si éste no fuera capaz de comprender el problema en todos sus alcances. Me propongo hacer referencia a ese número de «El Correo de la Unesco» en el número de setiembre de mi propia revista para que los lectores de ésta estén al tanto.

Esos lectores, dicho sea de paso, son profesionales especializados en salud mental y nuestro tiraje en dos idiomas (inglés y francés) es de 24.000 ejemplares.

Carl Birchard,
Director de «Canada's Mental Health»,
Ottawa.

POR UNA JURISDICCION UNIVERSAL

En el artículo «El pueblo tiene ahora voz en el cabildo», publicado por «El Correo de la Unesco» en su número sobre los Derechos Humanos (enero de 1968) se habla con justeza de la necesidad de castigar a los culpables y declararlos, si cabe, fuera de la ley. Pero yo no creo que se pueda salir del «impasse» si se toma por ese camino. Porque ¿quiénes son los que cometen los crímenes contra los derechos humanos? ¿Puede intentarse la imposición de medidas punitivas contra los poderes públicos o contra las personas que los encarnan? Y si no se puede, ¿por qué no tratar entonces de plantear la cuestión en otra forma? ¿Por qué no contemplar la creación de un tribunal supranacional que tenga jurisdicción automática, es decir que todos los ciudadanos de los países participantes puedan apelar a él de las decisiones que los tribunales de su propio país (sobre todo los de crimen y los administrativos) puedan tomar contra ellos?

Además, una vez recibida la petición, las medidas que tome la jurisdicción supranacional deberían limitarse a poner a la disposición de Naciones Unidas al requeriente que, no pudiendo ejercer sus derechos en su país de origen, tendría por lo menos el derecho de vivir en otra parte como un ser libre.

No es ni mucho menos la justicia a la que aspiramos, lo sé muy bien, pero ¿no sería por lo menos un mínimo de adelanto?

José Sommavielle,
Lisboa.

El autor del artículo a que se hace referencia en esta carta contesta a las proposiciones de la misma en los siguientes términos:

Estoy completamente de acuerdo con Vd. en pensar que la creación de una verdadera Corte mundial, cuya jurisdicción fuera reconocida internacionalmente y a la que los ciudadanos pudieran dirigirse como recurso supremo, es el único medio verdaderamente eficaz de garantizar el respeto de los derechos humanos.

Desgraciadamente, Vd. sabe tan bien como yo que muchos Estados, en las condiciones actuales del mundo, están lejos de aceptar esta idea. Creo también que mientras llegue el día de que lo hagan no hay que descuidar ni las pequeñas etapas ni las pequeñas medidas capaces de producir un mejoramiento, por mínimo que sea. Sigo estando convencido de que si un agente de los poderes públicos de un país cualquiera, por ejemplo, pongamos por caso un guardián de una cárcel que somete a malos tratos a un detenido, supiera que hay un órgano competente que se entera del asunto y lo inscribe en una lista de «crímenes contra la humanidad» ese solo hecho lo incitaría a reflexionar, aunque no pudiera ser todavía objeto de castigo, y que con él reflexionarían también muchos otros.

Sean Mc. Bride,
Ginebra.

Y OLVIDAN LOS DEBERES...

Se habla siempre de los «Derechos del Hombre» (también lo hace esa interesantísima revista en su número de enero pasado) pero se descuidan totalmente los «deberes». Es menos grato, naturalmente, e implica molestias y obligaciones; pero los derechos no son otra cosa que la contrapartida de los deberes. Unos y otros son inseparables. ¿No es la primera obligación del hombre respetar los derechos legítimos de los demás? ¿De qué sirve proclamar que el hombre tiene derechos, si no se obliga a los demás a respetarlos?

J. Quignard,
París.

...CUANDO NO LOS DERECHOS MISMOS

El pie de la foto de la carátula correspondiente al número de esa revista de enero pasado dice: «Al redactarse en San Francisco, en 1945, la Carta Orgánica de Naciones Unidas, los fundadores de éstas definieron en el primer párrafo del Preámbulo el fin fundamental que perseguían: salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra.» ¿Qué podemos decir ahora al pensar en lo que ha ocurrido en el Vietnam, en el Tibet, en Israel y tantos otros sitios? ¿Dónde queda el derecho fundamental de todos los hombres y todas las naciones a disfrutar de una existencia pacífica, libre de la constante amenaza de la guerra? Y el derecho de las mujeres de todo el mundo a no ver más derramada la sangre de sus hijos, maridos y hermanos en guerras insensatas, ¿dónde queda? ¿Qué significan esos derechos humanos de que tanto se habla cuando no se puede garantizar el más fundamental de todos?

Ida Schlapbach,
Thun, Suiza.

UNA PAGINA PARA LOS JOVENES

¿No podrían Vds. reservar todos los meses en esa revista una página para hablar a los jóvenes de los problemas actuales y dar cuenta de las encuestas que ellos mismos hagan sobre esos problemas (con temas que Vds. mismos podrían proponer en cada número)? Para nosotros los estudiantes tendría un gran interés asistir a ese cambio de ideas. Y en la página de noticias ¿no podrían Vds. señalar a los jóvenes uno de los caminos que pueden seguir luego de concluir sus estudios y las salidas que pueden abrirle sus exámenes? Hay muchos chicos y chicas que, como yo, leen la revista de Vds. y que piensan así.

Marie-Louise Gonzalès,
Talence, Francia.

APLAUSO A LUC IONESCO

Fieles lectores de «El Correo de la Unesco», hemos disfrutado viendo con otros socios de la Asociación de Amigos Franceses del Oriente, en el número de Diciembre de 1967, las fotografías realmente notables debidas a la cámara de Luc Ionesco que ilustran el artículo sobre el «teatro de sombras».

Muriel Latscha,
París.

Latitudes y Longitudes

Tradiciones artesanales y arte moderno

Suaves sedas de Tailandia, calabazas adornadas del Chad, finos bordados de la India, jarros cincelados de Marruecos: tales son algunos de los objetos típicos de la artesanía tradicional presentados en una serie de diapositivas que acaba de aparecer en la Colección Unesco de educación artística. Pero las técnicas antiguas de la artesanía sirven también para crear objetos de un estilo decididamente moderno, de los que podemos ver aquí algunos ejemplos: cerámica experimental de Italia, cristal de Checoslovaquia, joyas de plata de Bolivia, muebles de Dinamarca.

La serie comprende treinta imágenes en color que muestran creaciones originales de treinta países. En un momento en que se deplora la decadencia de la artesanía, estos cuantos ejemplos muestran que ese tipo de arte sigue aún vivo y que, si los artesanos no tienen ya la misma importancia que antes como productores de objetos de uso corriente, están recuperando su verdadera función de artistas creadores.

Desalamiento del agua de mar

En Las Palmas se va a construir la planta de desalamiento de agua de mar más importante de todas las creadas por los países europeos. Con una capacidad de producción de 20.000 metros cúbicos, esta planta ha de comprender dos evaporadores de 10.000 m^3, costando su instalación 450 millones de pesetas. El precio del metro cúbico, que en las plantas del mismo tipo alcanza la suma de 15 pesetas, oscilará en la de las Islas Canarias entre 1.80 y 2.40 pesetas solamente. El kilovatio de electricidad costará, por su parte, 0.70 pesetas.

Un parque nacional para el Perú

En el altiplano andino se destinarán unas 48.000 hectáreas de terreno a la creación del primer parque nacional del Perú, estableciéndose allí una reserva de vicuñas en vista de que la matanza ilegal de éstas las ha reducido a unos 1.500 ejemplares. La FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) lleva a cabo en este momento un inventario de todos los animales existentes en la zona al tiempo que prepara, dentro del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, al personal que se encargará de la administración y cuidado del parque.

En comprimidos...

■ *El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo ha destinado 400.000 dólares a los estudios de suministro de agua y electricidad y construcción de carreteras necesarios a la explotación de minas de cobre y de níquel en Botswana.*

■ *La integración de los sistemas africanos de transporte por carretera en una red continental ha motivado la realización de una Conferencia sobre Carreteras de Africa, que se inaugura el 20 de Octubre en Adis Abeba.*

■ *El Premio Kalinga, que un jurado internacional elegido por la Unesco acuerda todos los años a los escritores dedicados a una obra de divulgación científica, se ha acordado este año al Profesor británico Fred Hoyle, de cuyos méritos y trabajos nos ocuparemos más «in extenso» en otro número.*

JOYAS DE LA LITERATURA JAPONESA PUBLICADAS EN LA COLECCION UNESCO DE OBRAS REPRESENTATIVAS

En traducción francesa:

RASHOMON ET AUTRES CONTES, por Ryunosuke Akutagawa, trad. A. Mori. Gallimard, París, 1965.

LE BOUDDHISME JAPONAIS (textos fundamentales), trad. G. Renondeau, Albin Michel, Paris, 1965.

LE PAUVRE CŒUR DES HOMMES, por Natsume Soseki, trad. G. Bonneau. Gallimard, Paris, reeditado en 1957.

CINQ AMOUREUSES, por Ihara Saikaku, trad. G. Bonmarchand, Gallimard, Paris, 1959.

NOTES DE CHEVET, por Sei Shonagon, trad. A. Beaujard. Gallimard, París, reeditado en 1966.

LA TRADITION SECRETE DU NO, seguida de **UNE JOURNEE DE NO.** Trad. R. Sieffert. Gallimard, París, 1960.

En traducción inglesa:

MAJOR PLAYS, por Shikamatsu, trad. D. Keene. Columbia University Press, Nueva York, 1961.

THE AUTOBIOGRAPHY OF YUKICHI FUKUZAWA, trad. E. Kiyooka. Columbia University Press, Nueva York, 1966.

THE LIFE OF AN AMOROUS WOMAN, por Ihara Saikaku, trad. I. Morris. New Directions, Nueva York, 1963.

UKIGUMO, por Futabatei Shimey, trad. M. Tyan. La primera novela moderna del Japón. Columbia University Press, Nueva York, 1967.

TALE OF GENJI (Genji Monogatari) por Natsume Soseki, trad. A. Waley. Allen and Unwin, Londres, 1965.

THE DIARY OF A MAD OLD MAN, por Junichiro Tanizaki, trad. H. Hibbett. Knopf, Nueva York, 1965.

La Unesco no responderá a pedidos de ninguna de estas obras, que se encuentran en venta en todas las librerías.

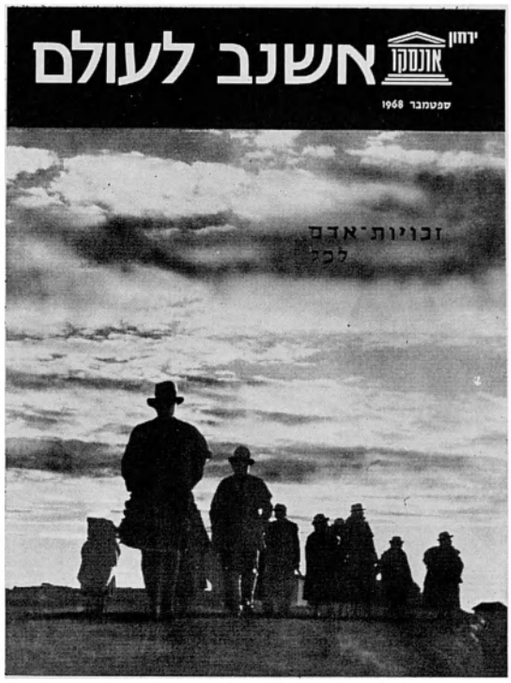
Una ciudad de Cathay

En los cinco sellos que se ven arriba, puestos recientemente en circulación por la Dirección de Correos de la República de China, se ven escenas de «Una ciudad de Cathay», especie de galería de arte en miniatura pintada por Chang Tse-tuan en un rollo de pergamino. Hay allí una teoría de personajes vestidos de la manera más diversa, y tiendas, calles y callejuelas, portales y puertas de una ciudad china como era hace siglos, con sus puentes y embarcaciones, cosas todas que forman en conjunto un testimonio pictórico-sociológico de la época. De este pergamino se hicieron muchas copias. Una de ellas, debida a cinco artistas de la corte del Emperador Chien Lung en 1736, ha servido de base a los dibujos para estos sellos de correo: cinco de un dólar de Taiwan (o Formosa) y dos más grandes, de cinco y ocho dólares respectivamente.

Imp. GEORGES LANG, PARIS. IMPRIMÉ EN FRANCE. — Dépôt légal 4e trimestre 1968 - C 1

UNA EDICION EN HEBREO

"El Correo de la Unesco" aparece ahora en once idiomas



Tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros lectores la creación de una nueva edición de EL CORREO DE LA UNESCO. Esta edición se publica en lengua hebraica en Jerusalén (Israel) y su primer número lleva la fecha de setiembre 1968.

EL CORREO DE LA UNESCO aparece así, a partir de ahora, en once idiomas: español, francés, inglés, ruso, alemán, árabe, japonés, italiano, hindi, tamul y hebreo. El número total de nuestras ediciones, contando la que se prepara especialmente para los Estados Unidos, asciende así a doce.

La publicación de la edición en lengua hebrea se debe a la iniciativa de la sociedad Massada Press Ltd., 1 King David Street, Jerusalem, con el acuerdo de la Comisión de Israel para la Unesco.

Suscripción anual : 15 libras israelíes.
Precio del ejemplar : 1,50 libras israelíes.

La edición hebrea de "El Correo de la Unesco" puede comprarse en todas las librerías de Israel. En los demás países se deberá pedirla a los agentes de venta cuya lista damos abajo.

PARA RENOVAR SU SUSCRIPCION

y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. (Fl. 5,25). — **ARGENTINA.** Editorial Sudamericana, S.A., Humberto I No. 545, Buenos Aires. — **ALEMANIA.** Todas las publicaciones: R. Oldenburg Verlag, Rosenheimerstr. 145, Munich 8. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 12). — **BOLIVIA.** Comisión Nacional Boliviana de la Unesco, Ministerio de Educación y Cultura, Casilla de Correo, 4107, La Paz. Sub-agente : Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — **BRASIL.** Livraria de la Fundaçao Getulio Vargas. 186, Praia de Botafogo, Caixa postal 4081-ZC-05, Rio de Janeiro, Guanabara. — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Bogotá; Ediciones Tercer Mundo, Apto. aéreo 4817, Bogotá; Distrilibros Ltda., Pío Alfonso García, Carrera 4a 36-119, Cartagena; J. Germán Rodríguez N., Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Librería Universitaria, Universidad Pedagógica de Colombia, Tunja. — **COSTA RICA.** Todas las publicaciones: Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200, San José. Para «El Correo»: Carlos Valerín Sáenz & Co. Ltda., «El Palacio de las Revistas», Aptdo. 1924, San José. — **CUBA.** Instituto del Libro, Departamento Económico, Ermita y San Pedro, Cerro, La Habana. — **CHILE.** Todas las publicaciones: Editorial Universitaria S.A., Casilla 10 220, Santiago. «El Correo» únicamente : Comisión Nacional de la Unesco, Mac Iver 764, Depto. 63, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a. Calle Oriente N° 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Todas las publicaciones: Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli 4, Madrid 14. «El Correo» únicamente: Ediciones Ibero-americanas. S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid. Sub-agente «El Correo»: Ediciones Liber, Aptdo. 17, Ondárroa (Vizcaya). (180 ptas.) — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unesco Publications Center. 317 East 34th. St., Nueva York N.Y 10016 (U$S 5.00). — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 928 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila. — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, Place de Fontenoy, Paris, 7°. C.C.P. Paris 12.598-48 (12 F). — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a Calle 9.27 Zona 1, Guatemala. — **HONDURAS.** Librería Cultura, Apartado postal 568, Tegucigalpa, D.C. — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd, P.O. Box 366, 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie «Aux belles Images», 281, avenue Mohammed-V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45). — **MÉXICO.** Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. ($ 30). — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — **NICARAGUA.** Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — **PARAGUAY.** Melchor García, Eligio Ayala, 1650, Asunción. — **PERU.** Distribuidora Inca S. A. Emilio Althaus 470, Apartado 3115, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Lda., Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — **PUERTO RICO.** Spanish-English Publications, Calle Eleanor Roosevelt 115, Apartado 1912, Hato Rey. — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569 ,Londres, S.E.I. (20/-) — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A., Colonia 1060, Teléf. 8 75 61, Montevideo. — **VENEZUELA.** Distribuidora de Publicaciones Venezolanas (DIPUVEN), Avenida del Libertador, Edificio La Línea, Local A. Apartado de Correos 10440, Tel. 72.06.70 y 72.69.45 Caracas.

Foto © Teruo Yamada - Orion Press, Tokio

LUNA DE MIEL POR HELICOPTERO

Un espectáculo que se va haciendo común en el Japón actual es el del helicóptero que espera en el patio a una pareja de recién casados para llevarla, por la módica suma de 4.000 yen (once dólares) al sitio donde ha de pasar su luna de miel.